



INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE DESARROLLO Y COOPERACIÓN INTERNACIONAL
NAZIOARTEKO LANKIDETZA ETA GARAPENARI BURUZKO IKASKETA INSTITUTUA

Máster en Globalización y Desarrollo

Máster en Globalización y Desarrollo

Hegoa

Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional
Nazioarteko Lankidetzta eta Garapenari Buruzko Ikasketa Institutua

Trabajo Fin de Máster

La transformación neoliberal del Imperialismo:

Hegemonía y sistema multipolar en el siglo XXI

Davide Angelilli

(Curso 2014/2015)



Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

Tutor

Luis Guridi Aldanondo

Diciembre/2016

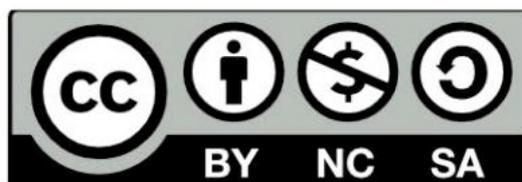
Hegoa. Trabajos Fin de Máster, nº 24

Hegoa
www.hegoa.ehu.es
✉ hegoa@ehu.es

UPV/EHU. Edificio Zubiria Etxea
Avenida Lehendakari Agirre, 81
48015 Bilbao
Tel.: (34) 94 601 70 91 --- Fax.: (34) 94 601 70 40

UPV/EHU. Biblioteca del Campus de Álava.
Nieves Cano, 33
01006 Vitoria-Gasteiz
Tfno. / Fax: (34) 945 01 42 87

UPV/EHU. Centro Carlos Santamaría.
Plaza Elhuyar, 2
20018 Donostia-San Sebastián
Tfno.: (34) 943 01 74 64



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/)
Atribución-NoComercial-Compartirigual 3.0 Unported

Trabajo Fin de Máster
HEGOA
Globalización y Desarrollo
Curso 2014/2015

**LA TRANSFORMACIÓN
NEOLIBERAL DEL
IMPERIALISMO**

**Hegemonía y sistema multipolar
en el siglo XXI.**

Autor: Davide Angelilli

Director: Luis Guridi

La transformación neoliberal del imperialismo

Hegemonía y sistema multipolar
en el siglo XXI

Autor: Davide Angelilli

Director: Luis Guridi

Trabajo Fin de Máster
Globalización y Desarrollo

2014/2015

HEGOA

*Alle mie compagne e ai miei compagni di viaggio di Hegoa;
a Itsasne, perché senza di lei non ce l'avrei fatta;
a Euskal Herria che m'ha offerto una casa e un popolo da amare.*

Índice general

Índice general.....	5
Índice de siglas.....	6
1. INTRODUCCIÓN	7
2. IMPERIALISMO, EL SENTIDO HISTÓRICO DE UN CONCEPTO.	14
2.1 Origen del concepto y debates en torno al significado de imperialismo.....	14
2.2 El imperialismo: fase capitalista de expansión geográfica.....	22
2.3 El Estado-nación y la expansión capitalista.	27
3. EL “IMPERIALISMO SIN COLONIAS” Y LA HEGEMONÍA DE LOS ESTADOS UNIDOS	33
3.1 Las nuevas condiciones del imperialismo.....	33
3.2 Bretton Woods y el nuevo orden internacional.....	39
3.3 Estados Unidos y la hegemonía internacional.....	47
4. EL ORDEN NEOLIBERAL.....	56
4.1 La crisis del imperialismo y la respuesta neoliberal.	56
4.2 La gestión imperial de la mundialización capitalista.	64
4.3 El “pensamiento único” y el espíritu de la globalización neoliberal.....	73
5. IMPERIALISMO Y SISTEMA MULTIPOLAR EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN.....	81
5.1 Estado e Imperio en el neoliberalismo.	81
5.2 Estados Unidos, China y el sistema en movimiento.	91
5.3 Relaciones imperiales y sistema multipolar.....	103
6. CONCLUSIONES	115
Bibliografía	119

Índice de siglas

BM	Banco Mundial
ETN	Empresas Transnacionales
EEUU	Estados Unidos
FMI	Fondo Monetario Internacional
GATT	Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles
MPC	Modo de Producción Capitalista
ONU	Organización de Naciones Unidas
OMC	Organización Mundial del Comercio

1. INTRODUCCIÓN

1.1 Justificación

Setenta años después del fin de la II Guerra Mundial, el mundo parece vivir una aguda etapa de tensiones que -a diferencia de la confrontación entre el sistema occidental y soviético de la Guerra Fría- se dan entre actores que comparten un régimen político capitalista. Este mismo año, el Estado ruso ha celebrado el aniversario de la victoria contra el nazismo y el fascismo con uno de los desfiles militares más grandes de la historia, donde han participado numerosos jefes y jefas de Estado, pero no el presidente de Estados Unidos. Algunos meses más tarde, en China, doce mil unidades del “ejército popular” marchaban para conmemorar los setenta años de la resistencia antimperialista contra la invasión de Japón. También en esta ocasión fue impresionante el despliegue militar, una demostración de la potencia bélica del Dragón Asiático y, otra vez, resultó ausente el presidente Barack Obama. La interpretación política de estos actos obviamente no ha sido unívoca, sin embargo y a pesar de las distintas perspectivas, hay un consenso común sobre la creciente agudización de las controversias entre Estados Unidos y potencias, como Rusia y China, que no entran en sus alianzas políticas y militares. Una señal de la crisis de hegemonía internacional de Washington.

El resultado de esta creciente tensión geopolítica es que la cuestión imperial se está convirtiendo en uno de los temas más candentes en los estudios sobre las relaciones internacionales, y en general para los debates políticos de la actualidad. Tras el fin de la Guerra Fría y de la confrontación bipolar, la supremacía indiscutible de Estados Unidos parecía haber erradicado las preocupaciones políticas y académicas sobre el choque entre Estados. Al contrario, en estos últimos años, la percepción de la realidad política internacional ha cambiado radicalmente. La decisión de Estados Unidos de atacar Iraq y Afganistán, y el surgimiento de China como potencia económica capaz de liderar la hegemonía internacional, han reavivado las investigaciones académicas y las preocupaciones políticas sobre el orden internacional y sus equilibrios. Además, es preciso señalar que en la región latinoamericana en las últimas dos décadas, diferentes países o áreas viven un proceso de emancipación del yugo imperial, liderado por movimientos sociales (como el zapatista) o por coaliciones y gobiernos (en los países del ALBA) que se definen abiertamente antimperialistas. Todos estos procesos que sacuden la realidad internacional han hecho necesaria una reflexión profunda sobre el imperialismo, sobre el conjunto de relaciones económicas, políticas y sociales que se dan entre los diferentes grupos sociales, los pueblos y los Estados que conforman el sistema internacional.

Pues bien, si los acontecimientos geopolíticos y geoeconómicos han reavivado el interés por la problemática del imperialismo, la reestructuración neoliberal del sistema económico, y su increíble impacto sobre las lógicas y las dinámicas del desarrollo internacional del capitalismo, han motivado un fuerte debate sobre el significado

mismo del concepto. Nadie puede negar que la revolución neoliberal ha modificado la forma de los Estados y de las relaciones entre ellos, sin embargo el sentido y la dirección de estas transformaciones concitan fuertes discrepancias académicas y políticas.

Con el amanecer del nuevo siglo, muchas autoras y autores han cuestionado la validez de las teorías clásicas sobre el imperialismo, algunas corrientes han afirmado lo contrario, otras han llegado hasta a cuestionar la vigencia del concepto mismo de imperialismo. El resultado es que se está dando dentro de los ámbitos de la izquierda una “batalla de las ideas” entre corrientes y visiones diferentes sobre el significado contemporáneo de imperialismo. Pero, más allá de su trascendencia en la nueva coyuntura política, el debate sobre el tema debe su intensidad actual a la necesidad de realizar una actualización del concepto. En efecto, puesto que el *pensamiento único* neoliberal y la proclamación del “fin de la historia” había provocado un estancamiento sobre el estudio del imperialismo, la vivacidad intelectual en este ámbito se debe evidentemente a la necesidad de cubrir las carencias teóricas sobre los impactos del neoliberalismo en las relaciones imperiales.

Así ha surgido un debate conceptual y político alrededor del significado de imperialismo y de imperio que, más o menos directamente, se ve reflejado en las más importantes experiencias políticas y sociales del nuevo siglo. De hecho, el estudio del imperialismo es para la teoría marxista el análisis del desarrollo internacional del Modo de Producción Capitalista (MPC) y de sus efectos en las relaciones sociales. En consecuencia, la investigación en este ámbito tiende intrínsecamente a ser una reflexión sistémica, es decir que abarca el estudio de la sociedad entera.

La investigación sobre la cuestión imperial en la era de la globalización neoliberal inevitablemente dialoga y se alimenta de los procesos políticos y sociales que animan la realidad social. Así mismo, una u otra interpretación del imperialismo contemporáneo tiene implicaciones políticas trascendentales en las luchas de los grupos políticos subalternos, tanto en los países del capitalismo avanzado como en el *Sur político* del mundo. Desde el levantamiento zapatista en el Chiapas mexicano de 1994, hasta la ola progresista de los gobiernos latinoamericanos iniciada con la elección de Hugo Chávez en 1999, todas las fuerzas insurgentes en la globalización neoliberal han dialogado y continúan dialogando constantemente con las teorías y las percepciones sobre la cuestión nacional, el papel del Estado, y las relaciones de la periferia con los centros de poder. Por lo tanto, la evolución teórica del concepto imperialismo –que se compone de dichas cuestiones- no puede entenderse como algo totalmente abstracto, ya que necesita nutrirse y beber de las realidades sociales y de sus dinámicas.

En suma, en primer lugar, el interés académico deriva de la necesidad de poner el rigor científico al servicio de la comprensión de las turbulencias que están desordenando la realidad internacional contemporánea; en segundo lugar, se debe a la importancia de participar en el debate orientado a cubrir las carencias sobre la actualización del concepto. Por otro lado, el interés político y social del trabajo se debe

al hecho de que las actuales investigaciones sobre el imperialismo tienen implicaciones trascendentales para la comprensión del movimiento de las sociedades modernas, y también para la orientación de los movimientos que las atraviesan. Un ejemplo es el tema de la inmigración: si la narración del orden constituido tiende a descontextualizar el fenómeno de la realidad internacional, una indagación sobre las relaciones imperiales permite comprender los factores estructurales que influyen sobre este, y también reflexionar sobre posibles líneas de incidencia. Mi interés personal sobre el tema se debe a la voluntad de vincular las temáticas de la cooperación internacional y el desarrollo (ya ampliamente tratadas en mi experiencia universitaria) con una crítica profunda a la dimensión internacional del sistema capitalista. Además, la implicación en espacios de participación política y social vinculados a la solidaridad internacional me ha proporcionado conocimiento y generado nuevas inquietudes para una investigación rigurosa del tema.

1.2. Objetivos e hipótesis

El objeto de la investigación es analizar las transformaciones provocadas por el modelo neoliberal en el sistema internacional de relaciones económicas y políticas, para explicar las nuevas formas de imperialismo que están surgiendo en el orden mundial contemporáneo. El marco cronológico del trabajo se extiende desde el inicio del siglo XX hasta la actualidad, cubriendo así toda la evolución histórica del concepto de imperialismo.

A partir de mis inquietudes y conocimientos previos, he formulado dos hipótesis que me han guiado a lo largo del trabajo. La primera es que el imperialismo sigue siendo un rasgo dominante del sistema internacional, aunque el neoliberalismo ha transformado sus lógicas políticas, militares, culturales. La otra hipótesis es que el pasaje al modelo neoliberal ha determinado una consolidación de la dominación de los Estados Unidos, pero también el cuestionamiento de su hegemonía, que se encuentra actualmente amenazada por la transición a un sistema multipolar.

La primera cuestión incita a iniciar el estudio con un análisis de las interpretaciones clásicas del marxismo sobre el tema (a inicios del siglo XX), para luego revisar las innovaciones teóricas más importantes, que se dan tras el nuevo orden mundial establecido en Bretton Woods en el 1945 y posteriormente a la caída de la URSS, con la llegada de la globalización. Finalmente, se analizarán las teorías más importantes sobre el imperialismo contemporáneo. La segunda hipótesis convoca a retomar los estudios de Giovanni Arrighi, Immanuel Wallerstein, y otras y otros intelectuales sobre la “hegemonía internacional” en el sistema-mundo, para aplicarlos al caso estadounidense. Pero estos estudios serán solo una base para retomar el propio concepto de hegemonía estudiado y definido por Antonio Gramsci, antes y durante su encarcelamiento por parte de la dictadura fascista en Italia. Es decir, se aplicará la

definición gramsciana de hegemonía al contexto actual, apoyándose también en un estudio, más o menos crítico, de las teorías más importantes sobre la hegemonía internacional, y con el objetivo de explicar las tendencias que parecen manifestarse en el orden mundial.

1.3. Metodología

En cualquier caso, en ambos planes la metodología de la investigación se basa sobre una lectura crítica de las teorías más relevantes sobre la cuestión imperial en el desarrollo histórico del capitalismo, elaboradas en el ámbito de la economía y de las relaciones internacionales, para luego realizar interpretaciones originales del tema. El marxismo (en sus diferentes interpretaciones) y el materialismo histórico constituyen los dos métodos de análisis privilegiados para realizar esta lectura crítica. Esto quiere decir, por un lado, que las reflexiones sobre el orden mundial se basarán en un estudio de la dimensión estructural del sistema internacional, por el otro, que las dinámicas estructurales no se indagarán dentro de un marco economicista: como reflejo de leyes sobrenaturales o de mecanismos automáticos, sino considerando la lucha de las clases sociales y de los pueblos como el motor real de transformación de la realidad social. Esto significa también intentar adoptar un enfoque interdisciplinario. Por ejemplo, a lo largo del texto se pasará del estudio de la filosofía política de Gramsci, a otros puntos enfocados sobre la interpretación puramente geoeconómica de David Harvey.

El hecho de que esta investigación se base en el marxismo y en el materialismo histórico no significa que no se dialogará a lo largo del texto con autores y autoras de distinta impostación teórica. Como apreciará el lector, la confrontación entre distintas corrientes y visiones de la realidad internacional será un método recurrente para enriquecer las reflexiones, y avanzar con más rigor científico.

En línea con la metodología adoptada, las fuentes de información principales del trabajo son manuales de autores y autoras prevalentemente marxistas, pero también liberales y neoliberales, que han dedicado su labor política y académica al estudio del imperialismo. Además de libros, se hará referencia a diversos artículos académicos, o transcripciones de ponencias sobre el tema realizadas por intelectuales. Especialmente en las últimas partes (las más actuales), se utilizarán artículos de periódicos y de revistas como base para el análisis de acontecimientos contemporáneos, y para captar las percepciones de organizaciones y movimientos políticos de la realidad social. También, se citarán algunos documentos de convenios políticos y académicos, o declaraciones de exponentes de instituciones públicas y de partidos.

1.4. Estructura

Como la mayoría de los trabajos de investigación académica no muy extensos, este también hay que leerlo siguiendo el orden propio de los capítulos. A tal respecto, es necesario señalar que se ha decidido adoptar una perspectiva históricamente dinámica, y que entonces los capítulos de los libros están más o menos en orden cronológico. La decisión de usar la perspectiva de largo plazo responde a la voluntad de usar el materialismo histórico como método de análisis, y entonces de considerar el “problema del presente como un problema histórico”¹, contrariamente a cuanto suelen hacer las teorías económicas convencionales. Por lo tanto, en la estructura del trabajo la primera parte constituye una introducción histórica y conceptual al estado actual del tema, que se abordará en la segunda.

En el primer capítulo, se analiza el concepto de imperialismo y cuál ha sido su papel en la expansión mundial del capitalismo. Después, se estudia la diferencia sustancial entre las formas de dominación del imperialismo capitalista y los modelos de expansión territorial colonialista y, en general, de las sociedades precapitalistas. El último apartado del capítulo es una reflexión sobre el papel de los Estados y de la ideología nacionalista en la fase histórica del imperialismo clásico. No es ésta la ocasión para estudiar en profundidad las interpretaciones del fenómeno que realizaron diversas corrientes en la primera mitad del siglo pasado, pero el primer capítulo sirve como una base conceptual, y al mismo tiempo histórica, de las sucesivas partes de la investigación. Es por ello que aquellas cuestiones relativas a las fases más recientes se abordan antes de una manera más somera, y se profundizan en la parte central y final del trabajo.

Continuando con la primera parte, el tercer capítulo inicia con una reflexión sobre las transformaciones estructurales que se dan en el escenario internacional, que no solamente influyen, sino también se ven influenciadas por la posición de superioridad que alcanzan los Estados Unidos al terminar la II Guerra Mundial. Además, se reflexiona brevemente sobre la naturaleza de la competición entre el sistema capitalista y el bloque soviético, que más allá de determinar la dimensión militar y política del imperialismo, también condicionan la reestructuración del MPC global. En el segundo capítulo también se desarrolla un debate esencial para la parte conclusiva de la investigación: el de la “hegemonía internacional”, vinculado al uso del concepto gramsciano para el espacio internacional. Por último, la aplicación de este concepto al estudio del liderazgo estadounidense sobre las potencias capitalistas será el objeto del análisis del tercer apartado de este capítulo. Aunque pueda parecer una distorsión en la lógica temporal de la investigación dedicar el apartado central a una reflexión teórica y conceptual sobre el significado de “hegemonía internacional”, se ha tomado esta decisión para delinear el marco lógico con el que se estudiarán las problemáticas actuales de la “cuestión imperial”.

En la segunda parte, la investigación ya se adentra en el objeto central del trabajo. En efecto, en el cuarto capítulo, se realiza un análisis de los factores que (a principio de la década 1970) determinaron la erosión del equilibrio jerárquico en las

¹ Del célebre libro de Paul M. Sweezy “El presente como historia” (1953).

relaciones internacionales, y entonces de todo el orden imperialista establecido en Bretton Woods. Puesto que la consolidación del orden neoliberal capitalista se ocasiona por la crisis del modelo imperialista liderado por Estados Unidos en la posguerra, se trata entonces de explicar la superación del modelo keynesiano precisamente con algunas interpretaciones sobre la crisis de la hegemonía de EEUU. Después, coherentemente con esta postura, se estudia la extensión geográfica del capitalismo -la denominada “Globalización neoliberal”- como una (de las tantas posibles) forma de gestionar la mundialización del MPC por parte de las fuerzas sistémicas. En particular, se indaga el efecto globalizador sobre las relaciones centro-periferia y la arquitectura imperial. En el último apartado del, el objeto de estudio es la dimensión ideológica y cultural de la “Globalización neoliberal”. Sin el ánimo de agotar un tema tan amplio y tan complejo, simplemente se presentan algunos rasgos esenciales de la superestructura neoliberal con el objetivo de hacer de este cuarto capítulo una introducción completa e integral del edificio imperial en su estado actual.

Finalmente, el quinto y último capítulo intentan sacar las conclusiones sobre los dos ejes centrales de la indagación científica. El primer apartado está orientado a interpretar la lógica de acumulación internacional del capital mediante una lectura crítica de las publicaciones más relevantes sobre el tema, y con el apoyo de las conclusiones de los anteriores capítulos. Además, se reflexiona sobre las mutaciones en las formas de los Estados en el orden neoliberal. Por otro lado, el objeto del segundo apartado es estudiar los impactos de las transformaciones del sistema económico internacional, y de los propios Estados, sobre el sistema interestatal, esto es, sobre el conjunto de las relaciones que los vinculan. Para hacerlo, se analizarán obviamente las políticas exteriores de los actores estatales más influyentes en el espacio internacional, de China como potencia emergente, y de Estados Unidos en cuanto potencia dominante. En conclusión, se sobreponen los dos planes: el de las lógicas de reproducción internacional del capital y el de las tensiones que presionan actualmente el orden internacional, con el objetivo de ver cómo los dos fenómenos se retroalimentan de forma mutua, determinando conjuntamente la realidad internacional contemporánea.

Primera Parte

2. IMPERIALISMO, EL SENTIDO HISTÓRICO DE UN CONCEPTO.

2.1 Origen del concepto y debates en torno al significado de imperialismo.

“La civilización necesitaba ahora el elemento exótico. El desarrollo tecnológico dependía de materias primas que por razones climáticas o por azares de la geología se encontraban exclusiva o muy abundantemente en lugares remotos.”

Eric Hobsbawm, “La era del Imperio: 1875-1914”.

Como ha sido costumbre a lo largo de la historia, las grandes innovaciones conceptuales del pensamiento político tienen sus raíces en las transformaciones estructurales que ocurren a nivel social. Con el amanecer del siglo XX, el gran crecimiento económico favorecido por una época de innovaciones tecnológicas llevó consigo prosperidad y riqueza para las metrópolis europeas y mundiales. Las grandes conquistas imperiales de Inglaterra rompían los equilibrios europeos; en 1898, la victoria militar sobre el Reino de España de los Estados Unidos favorecía su expansión hacia el Pacífico y su consolidación como polo competidor de los Estados europeos; Japón derrotaba China convirtiéndose en un actor primordial en Extremo Oriente. Estos fuertes movimientos de las placas tectónicas del sistema mundo se debían a un hecho bien preciso: la necesidad de muchos Estados de expandirse territorialmente. Y de esta necesidad derivaba, precisamente, el acontecimiento más importante que sucedió en el siglo XIX: la creación de una economía global (Hobsbawm E., 2009).

El factor fundamental de la situación económica general era el hecho de que una serie de economías desarrolladas experimentaban de forma simultánea la necesidad de encontrar nuevos mercados. Cuando eran suficientemente fuertes, su ideal era el de la “puerta abierta” en los mercados del mundo subdesarrollado; pero cuando carecían de la fuerza necesaria intentaban conseguir territorios cuya propiedad situara a las empresas nacionales en una posición de monopolio o, cuando menos, les diera una ventaja sustancial (Hobsbawm E., 2009, p. 37).

Sin lugar a duda, el surgir del debate sobre el imperialismo respondió precisamente a la imposibilidad de negar un creciente y dramático incremento de la confrontación entre los Estados y sus capitales nacionales. La percepción de la imposibilidad del capitalismo de superar las contradicciones sin recurrir a las conquistas coloniales acompañó las teorías de las varias corrientes de estas décadas, hasta la explosión del primer conflicto mundial y también después.

En este contexto, la creación del concepto de imperialismo no fue obra de un/a autor/a marxista, ni de ninguna de las varias corrientes anticapitalistas. Fue en el 1902, cuando un liberal inglés, John Atkinson Hobson, creó dicho concepto con la publicación de su famoso libro “Imperialism: a study”, comprobando así que el concepto no tiene origen en las necesidades ideológicas de una u otra corriente política, sino más bien en la inevitable toma de conciencia de la creciente tendencia a la expansión violenta de los Estados coloniales. Al mismo tiempo, el concepto de colonialismo dejaba de ser apropiado para describir las relaciones asimétricas y de dominación entre diferentes grupos sociales o países.²

La corriente liberal, reflejada en la citada obra de J.A. Hobson, veía el imperialismo como una distorsión del capitalismo en su avance histórico. Una distorsión derivada de un problema de subconsumo interior de las economías más avanzadas, a la cual se podía “meter mano” con medidas económicas específicas orientadas al aumento salarial de la clase trabajadora.³ No ampliándose el poder de compra del mercado interno por el bajo crecimiento de los salarios, las oligarquías capitalistas buscaban nuevos mercados, y para ganarlos utilizaban la guerra y todo género de conflicto, siguiendo una estrategia política que Hobson definió precisamente como “imperialista”. Según el político inglés, unas reformas redistributivas y de ajuste interno responderían a los intereses generales de las sociedades europeas. Pero, siempre según Hobson, estas reformas no se implementaban por la existencia de oligarquías antidemocráticas y rentistas, que gozaban de una gran influencia en los aparatos estatales. De este modo, las mismas oligarquías que impedían reformas internas hacían de todo para aprovecharse de las políticas imperialistas y de las “ventajas comparativas” ofrecidas por la economía mundial.

Cuando las/los marxistas recogieron el trabajo del liberal inglés, y la definición de imperialismo por él inaugurada, comenzaron a realizar rigurosos estudios sobre las causas estructurales de la intensificación de los conflictos imperiales. Sin embargo, la corriente marxista en general, y Lenin en particular, criticaron radicalmente las soluciones antimperialistas planteadas por Hobson.

En efecto, desde su postura pacifista y humanista Hobson realizó una apasionada denuncia de la dominación imperialista, de la ideología colonialista y militarista de las oligarquías. Pero, por otro lado, según la crítica marxista el liberal inglés “no logra ver que el imperialismo no es tan solo la política de una minoría sin escrúpulos (...) sino el resultado históricamente necesario de la evolución del propio capitalismo (...), la práctica exterior del capitalismo monopolista” (Vidal Villa, 1980, p. 57).

Partiendo de esta premisa, el pensamiento marxista dio lugar a diferentes conclusiones e interpretaciones de esta “práctica exterior del capitalismo monopolista”. Como ilustra con gran agilidad Claudio Katz (2011), estas distintas

² Estudiaremos esta cuestión en el próximo apartado.

³ Por la elaboración de estas estrategias “ocupacionales”, Hobson se convierte en el pionero de las teorías keynesianas de ocupación, y no solamente del análisis marxista del imperialismo como desarrollo internacional del capitalismo. (Vidal Villa, 1980)

posturas “dividieron categóricamente” los/as pensadores/as de las II Internacional. Fue así que se rompió la unidad socialdemócrata en el movimiento marxista. Por un lado, estaban las/los “revisionistas” que no se oponían categóricamente al imperialismo, porque veían una posibilidad de despegue pacífico del desarrollo internacional capitalista.⁴ Contra estas teorías revisionistas, de las cuales Bernstein y Kautsky fueron seguramente los más importantes exponentes, Vladimir Lenin escribió el célebre libro “Imperialismo: fase superior del capitalismo”.

Uno de los objetivos del líder de la Revolución Rusa fue precisamente “demostrar la total falsedad de los *socialpacifistas* respecto a la democracia mundial” (Lenin, 2012, p. 9). Lenin se basó en los estudios realizados por Hobson (1902) y por el marxista de origen austriaco Rudolf Hilferding (1910) para elaborar una teoría de las relaciones internacionales basada en los estudios económicos de Marx. En primer lugar, explicó las transformaciones de los capitalismos avanzados europeos y occidentales; solo en la segunda mitad de su libro se puede leer sobre el desarrollo internacional de este “nuevo capitalismo”.

Uno de los planteamientos más revolucionarios contenidos en el libro era que la “libre competencia provoca la concentración de producción, concentración que, en cierta fase de su desarrollo, conduce al monopolio” (Lenin, 2012, p. 25). Ahora, en síntesis, lo que viene a decir Lenin (2012, p. 27) es que estos monopolios pasaron a ser un “hecho histórico” a finales del siglo XIX. Así es cómo reconstruye el proceso de su consolidación:

- I. Décadas de 1860 y 1870: cénit del desarrollo de la libre competencia. Los monopolios están en un estado embrionario, apenas perceptible.
- II. Tras la crisis de 1873, largo periodo de desarrollo de los carteles, que son todavía una excepción. No están aún consolidados, son todavía un fenómeno pasajero.
- III. Auge de finales del siglo XIX y crisis de 1900-1903: los carteles se convierten en un fundamento de la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.

Es en esta tercera y última fase de consolidación de los monopolios fue cuando se realizó un pasaje crucial. La concentración del capital industrial aumentó el volumen bancario en las manos de un grupo reducido de entidades financieras, permitiendo a estas tener el control de una cantidad ingente de actividades productivas, precisamente gracias a los flujos enormes de capital que gestionaban. Así, los bancos pasaron de ser meros intermediarios en los pagos a ser “monopolios bancarios”: un actor dominante del “nuevo capitalismo”. De hecho, fue en estos años cuando pasó a ser común el concepto de capital financiero en los análisis económicos marxistas.

⁴ El carácter revisionista de estas corrientes se debe precisamente a la “revisión” del postulado marxiano inherente a la inevitabilidad de la crisis y de naturaleza violenta del desarrollo capitalista, debido a sus contradicciones internas.

La publicación de “El capital financiero” del ya citado Hilferding (2010) es considerada “una verdadera continuación de los tomos II y III de El Capital”⁵, porque agrega al análisis de Marx el aumento de la importancia de las finanzas. Hilferding definió el capital financiero como aquel que está “controlado por los bancos y utilizado por los industriales”. Ya que las burguesías industriales se fusionaron con aquellas bancarias, una potente oligarquía financiera, unida por “vínculos personales” a los gobiernos, asumió el dominio político y económico de los Estados.

“El imperialismo –el dominio del capital financiero- es la fase superior del capitalismo (...). La supremacía del capital financiero sobre todas las demás formas del capital implica el predominio del rentista y de la oligarquía financiera, implica que un pequeño número de Estados financieramente poderosos destacan sobre el resto” (Lenin, 2012, p. 79).

De estas dos premisas profundamente entrelazadas (la consolidación de los monopolios y la supremacía del capital financiero en los países colonizadores), derivan una serie de transformaciones en las relaciones internacionales. Lenin vinculó esta nueva fase de desarrollo del capitalismo a las turbulencias que se realizaron en las relaciones internacionales entre los Estados. Afirmó que la supremacía del capital financiero, además de ser la consecuencia de los monopolios industriales, es también la causa última de las guerras, que son en realidad conflictos interimperiales.

En primer lugar, según Lenin la consolidación del nuevo “capitalismo financiero” provocó un salto cualitativo de las relaciones internacionales: “del imperio del intercambio de mercancías, se pasa a la preponderancia de la exportación de capitales” (Vidal Villa, 1980, p. 108). En coherencia con la lógica del máximo beneficio, los capitales que exceden al proceso productivo de los capitalismo avanzados se iniciaron a exportar a los países de la periferia, porque los bajos precios de la tierra, de los recursos, y de la mano de obra permitían mayores ganancias.

“La necesidad de exportar capital responde al hecho de que, en unos pocos países, el capitalismo ha “sobremadurado” y el capital (debido al atraso de la agricultura y la pobreza de las masas) no puede encontrar campo para la inversión rentable” (Lenin, 2012, p. 84).

Por supuesto, la exportación de capital es posibilitada por la “labor” realizada previamente por el desarrollo colonial del capitalismo. En otros términos, “es posible porque una serie de países atrasados ya han sido incorporados a las relaciones comerciales capitalistas mundiales: las principales líneas férreas han sido construidas o están en construcción, se han creado las condiciones elementales del desarrollo de la industria, etc.” (Lenin, 2012, p. 84).

De esta intensa e inevitable exportación de capital de las “asociaciones monopolistas”, que llegan literalmente a repartirse el mercado mundial, nacieron los

⁵ Cita de Kautsky en Vidal Villa (1980, 73).

carteles internacionales.⁶ Es decir, “el mercado mundial se convierte en el escenario de una lucha entre los diversos grupos monopolistas nacionales que, poco a poco, devienen internacionales.” (Vidal Villa, 1980, p. 111). En estos años, las potencias coloniales –dominadas socialmente por las poderosas oligarquías financieras- se expandieron territorialmente para acompañar y permitir el desarrollo internacional de esta nueva etapa monopolista del capitalismo histórico.

Ahora bien, el capital financiero que dominó esta nueva etapa poseía un poder mucho mayor del capital industrial: estaba “en condiciones de subordinar a sus intereses no tan sólo a las colonias política y militarmente controladas, sino incluso y también, a países que disfrutaban de independencia política” (Vidal Villa, 1980, p.113). Fue así como, de la competición global para la repartición de los recursos humanos y materiales entre los diferentes monopolios occidentales surgió el contemporáneo sistema-mundo conformado por las colonias, la semicolonias, y los países dependientes financieramente y diplomáticamente de las grandes potencias. Un sistema-mundo dominado esencialmente por las asociaciones internacionales de los carteles, que llegaron por primera vez en la historia a alcanzar un control casi total del planeta Tierra.

Resumiendo, en la teoría leninista, son estos cinco procesos anteriormente ilustrados los elementos básicos del imperialismo: 1) La creación de los monopolios como resultado de la concentración del capital; 2) la fusión del capital industrial con el bancario y, por ende, la supremacía de la “oligarquía financiera”; 3) la función central de la exportación de capital; 4) la configuración de asociaciones monopolistas internacionales; 5) la culminación del reparto territorial del mundo. (Lenin, 2012, p. 120-121).

Los tres primeros describen una serie de transformaciones ocurridas en las economías nacionales, mientras que los últimos dos se refieren directamente al sistema internacional. Pero, no se pueden separar los dos ámbitos, ya que según la filosofía marxista hay una relación dialéctica, es decir contradictoria, entre los dos espacios. De hecho, la teoría marxista-leninista define el imperialismo como “la evolución dialéctica de las contradicciones del MPC” fuera de los confines estatales. Sustancialmente, es de la *necesidad histórica* de superar estas contradicciones del capitalismo monopolista de donde surge el imperialismo moderno, como negación de estas en el espacio internacional (Vidal Villa, 1980).

Las cuatro “manifestaciones esenciales”, pruebas sustanciales del capitalismo monopolista serían: 1) la concentración de la producción; 2) el monopolio de las fuentes de materias primas y la agravación de los conflictos para su control; 3) la transformación de los bancos en monopolios financieros; y por último 4) los nuevos motivos de la política colonial: no ya vinculados solamente a la dominación política, sino a ampliar la “esfera de influencia” de los carteles internacionales (Lenin, 2012, p.

⁶ Será precisamente la diferente interpretación de la naturaleza política y de las distintas previsiones del desarrollo de estos carteles internacionales que se realizará la ruptura entre la socialdemocracia y la corriente leninista de la Segunda Internacional.

168-169). En conclusión, todas estos procesos políticos, según Lenin, serían el “resultado necesario de la evolución del capitalismo y no de una política voluntaria y creciente de una fracción de clase burguesa” (Vidal Villa, 1980, p. 102). Erradicar el imperialismo significaba luchar contra los monopolios, y no contra un proyecto político de las burguesías nacionales, como creían tanto el pensamiento liberal que la socialdemocracia.

Así como Lenin, también Rosa Luxemburgo usó sus publicaciones para transmitir este mensaje político al movimiento obrero. Resulta interesante que la dirigente polaca se posicionara con Lenin respecto a la imposibilidad de renunciar a la guerra sin destruir los monopolios, a pesar de que su análisis sobre el imperialismo es sustancialmente y metodológicamente distinto del leninista.

Si Lenin veía el imperialismo como la “política exterior del capital financiero”, Rosa Luxemburgo definió el fenómeno como: “la expresión política del proceso de la acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que no se hallen todavía agotados. Geográficamente, estos medios abarcan, todavía hoy, los más amplios territorios de la Tierra” (Luxemburg, 1912, p. 221).

La fundadora de la Liga Espartaquista no ubica, como su compañero ruso, las causas del imperialismo en los monopolios financieros, sino en las contradicciones internas al proceso productivo para la *reproducción ampliada* del capital.⁷ Como explica Vidal Villa (1980) Rosa Luxemburgo llegó a pronunciarse acerca de la inevitabilidad de un imperialismo violento dentro del sistema capitalista mediante una crítica directa al análisis marxista del proceso de acumulación. Sin profundizar en el estudio detallado que lleva a cabo en este ámbito, simplemente ilustramos las conclusiones de su profunda reflexión.⁸

En su investigación, el imperialismo no es nada más que la manifestación en política exterior de la contradicción fundamental intrínseca del MPC. Contradicción que Wallerstein (2004, p. 113-114) ilustra así: “mientras que la maximización del beneficio a corto plazo requiere minimizar la cantidad de excedente que consume

⁷ La pensadora marxista dedica el primer capítulo de su libro a la definición del significado de reproducción ampliada en el capitalismo. “En todas las formaciones sociales en que predomine o exista en toda su fuerza una economía natural (en una comunidad agraria de la India o en una villa romana esclavista o en el coto feudal del Medievo) el concepto y el fin de la reproducción ampliada se refieren medularmente a la cantidad de productos, a la masa de los artículos de consumo elaborados. El consumo como fin domina la extensión y el carácter, tanto del proceso de trabajo en particular como de la reproducción en general. Por el contrario, en el sistema capitalista la producción no está, esencialmente, encaminada a satisfacer necesidades: su fin inmediato es la creación de valor, dominando dicho fin todo el proceso de la producción y la reproducción. La producción capitalista no es producción de artículos de consumo, ni de mercancías en general, sino de plusvalía. Por tanto, para los capitalistas, reproducción significa tanto como incremento de la producción de plusvalía. Ciertamente que la producción de plusvalía se realiza bajo la forma de producción de mercancías, y, por tanto, en último término, de producción de artículos para el consumo. (...) Por regla general el aumento de la producción de plusvalía se logra invirtiendo más capital, y esto se logra transformando en capital una parte de la plusvalía apropiada. En este sentido es indiferente que la plusvalía capitalista se aplique a la ampliación de la antigua empresa o se destine a nuevas explotaciones independientes. Por tanto, la reproducción ampliada, en el sentido capitalista, expresa específicamente el crecimiento del capital por capitalización progresiva de la plusvalía, o como Marx lo llama, por acumulación de capitales” (Luxemburg, 1912, p. 9-10).

⁸ Para un profundo estudio de la crítica de Rosa Luxemburgo al análisis marxista del proceso de acumulación, ver los primeros capítulos de R. Luxemburg (2012).

inmediatamente la mayoría, a largo plazo la producción continua de excedente requiere una demanda de masas que sólo se puede crear redistribuyendo el excedente producido. Dado que estos dos factores se mueven en direcciones opuestas (“una contradicción”) el sistema sufre continuas crisis”⁹.

Lo que viene a afirmar Rosa Luxemburgo es que para evitar esta crisis en la realización de la reproducción ampliada, los capitalistas necesitan sacar la plusvalía en sectores extracapitalistas o precapitalistas, es decir, generar siempre más demanda fuera del circuito de capitalistas/fuerza de trabajo. Es una aportación importante al análisis económico marxista. Porque –ilustra Rosa Luxemburgo- si la necesidad de transformar el producto en mercancía, y de aquí sacar siempre más plusvalía, se puede satisfacer solamente incrementando cada vez más la demanda de bienes, esto “implica como primera condición un círculo de compradores fuera de la sociedad capitalista. (...) La plusvalía no puede realizarse ni por los obreros y tampoco por los capitalistas, sino únicamente por capas sociales o sociedades que no producen en forma capitalista” (Luxemburg, 1912, p. 170).

Ahora bien, estos sectores extracapitalistas, cuya conquista es imprescindible por el MPC, se encuentran tanto en los países capitalistas avanzados, como en los países con estructura económicas precapitalistas. La dominación de estas sociedades para su absorción al sistema en función de la realización de la reproducción ampliada sería -en síntesis- la esencia del imperialismo.

“En su impulso hacia la apropiación de fuerzas productivas para fines de explotación, el capital recorre el mundo entero; saca medios de producción de todos los rincones de la Tierra; cogiéndolos o adquiriéndolos de todos los grados de cultura y formas sociales. La cuestión acerca de los elementos materiales de la acumulación del capital, lejos de hallarse resuelta por la forma material de la plusvalía, producida en forma capitalista, se transforma en otra cuestión: para utilizar productivamente la plusvalía realizada, es menester que el capital progresivo disponga cada vez en mayor grado de la Tierra entera para poder hacer una selección cuantitativa y cualitativamente ilimitada de sus medios de producción. (...) De la misma manera que la producción capitalista no puede limitarse a los tesoros naturales y fuerzas productivas de la zona templada, sino que requiere, para su desarrollo, la posibilidad de disponer de todas las comarcas y climas, tampoco puede funcionar solamente con los obreros que le ofrece la raza blanca. El capital necesita, para aprovechar comarcas en las que la raza blanca no puede trabajar, otras razas; necesita poder disponer, ilimitadamente, de todos los obreros de la Tierra, para movilizar, con ellos, todas las fuerzas productivas del planeta, dentro de los

⁹ Dicho de otra forma, la contradicción esencial del sistema económico capitalista se da “entre producción y consumo, entre la tendencia a la producción ilimitada y el consumo limitado que entorpece la valorización del capital. Es, a fin de cuentas, el problema de la dinámica fundamental del capitalismo, la tendencia a la expansión permanente (la reproducción ampliada). Este problema debe enfocarse bajo el prisma de la dialéctica de los dos sectores de la producción social que son los dos sectores de la expansión capitalista: el sector de la producción de medios de producción y el de la producción de medios de consumo” (Mandel & Jaber, 1976, p. 79).

límites de la producción de plusvalía, en cuanto esto sea posible” (Luxemburgo, 2012, p. 173- 175).

Ahora bien, como hemos dicho, el estudio de la revolucionaria polaca entra en los detalles de la teoría marxiana y va más allá del objeto de este estudio. Pese a esto, interesa resaltar dos de sus aportaciones esenciales a la teoría del imperialismo que acabamos de describir esquemáticamente.

En primer lugar, según el análisis de Rosa Luxemburgo, el imperialismo es la *fase de la concurrencia mundial del capital* que se realiza mediante métodos diferentes: la construcción de infraestructura para el transporte de mercancías, los empréstitos internacionales, las guerras etc. “Los antiguos países capitalistas constituyen mercados cada vez mayores entre sí, y son cada vez más indispensables unos para otros, mientras al mismo tiempo combaten cada vez más celosamente, como competidores, en sus relaciones con países no capitalistas” (Luxemburgo, 2012, p. 178). Y esto porque “el fenómeno de la acumulación primitiva tiene lugar no sólo en los primeros momentos de la formación y consolidación del sistema de producción capitalista, sino que en todas y cada una de las fases históricas de acumulación de capital” (Arribas, 2010, p. 269).

En segundo lugar, del libro de Rosa Luxemburgo parece emanar un aura profética cuando prevé la inevitable mundialización del capitalismo. Y en ella el germen de su destrucción.

“El capitalismo es la primera forma económica con capacidad de desarrollo mundial. Una forma que tiende a extenderse por todo el ámbito de la Tierra y a eliminar a todas las otras formas económicas; que no tolera la coexistencia de ninguna otra. Pero es también la primera que no puede existir sola, sin otras formas económicas de qué alimentarse, y que al mismo tiempo que tiene la tendencia a convertirse en forma única, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo. Es una contradicción histórica viva en sí misma. Su movimiento de acumulación es la expresión, la solución constante y, al mismo tiempo, la graduación de la contradicción” (Luxemburg, 1912, p. 232).

En otros términos, si el imperialismo es la manifestación de la contradicción endógena del MPC, es también la prueba de su inevitable crisis estructural. Podría resultar una simplificación, pero la esencia de la visión de R. Luxemburgo es que el capitalismo está destinado históricamente a fracasar por su necesidad infinita de expandirse, también espacialmente, para realizar una incesante *acumulación primitiva*, en un sistema finito: la Tierra.¹⁰

¹⁰ En el capítulo 3 y 4 podremos ver la importancia de esta intuición para la elaboración de algunos entre los actuales enfoques del imperialismo en el siglo XXI.

2.2 El imperialismo: fase capitalista de expansión geográfica.

“Los historiadores... confrontados con el espectáculo de unos pocos capitalistas conduciendo sus búsquedas predatorias de nuevas inversiones... visten el imperialismo con la antigua grandeza de Roma y de Alejandro el Grande, una grandeza que haría más humanamente tolerable lo que estaba ocurriendo”.

Hannah Arendt, “Los orígenes del totalitarismo”.

Antes de volver al análisis de la “era de los imperialismos”, ocurre precisar algunos matices conceptuales y teóricos del concepto, ya que podría crear confusión hablar de imperialismo sin insertarlo en un marco lógico bien definido y sensato. En efecto, como nota Harvey (2004, p. 39) el “imperialismo es una palabra que se suele pronunciar con ligereza, pero tiene significados tan diferentes que para utilizarla como término analítico más que polémico precisa cierta clarificación”.

Por ejemplo, en sus estudios más antiguos, el economista egipcio Samir Amin divide la historia del capitalismo en tres etapas. Su prehistoria: la fase mercantil del capitalismo, que llegaría hasta la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX; la segunda etapa sería aquella de la consolidación del modo de producción capitalista (MPC) en las economías del centro. Y por último, a fines del siglo XIX, el capitalismo entraría en su fase propiamente imperialista (Amin, 1970). Pero, treinta años más tarde, refiriéndose a la histórica obra de Lenin, el mismo Samir Amin escribe: “El imperialismo no es una "fase" del capitalismo; de hecho, no es ni siquiera la más avanzada: desde el principio, forma parte de la expansión capitalista” (Amin, 2001, p. 2).

De la primera de las dos afirmaciones, llegamos a la conclusión de que el imperialismo es una simple etapa histórica del capitalismo; al contrario, en la segunda el concepto pierde su connotación histórica y asume el significado de una tendencia congénita a la expansión propia del capitalismo. Estas dos concepciones diferentes de imperialismo, expresadas por Samir Amin, reflejan dos interpretaciones distintas del concepto de imperialismo, cada una de ellas representa importantes corrientes de pensamiento.

Ciertamente, el imperialismo corresponde a una tendencia de expansión y de dominación de uno o más grupos sociales sobre otros. Pero, ¿es intrínseca al capitalismo esta tendencia de expansión del sistema económico más avanzado? O ¿ya existía anteriormente? Y más aún ¿podemos definir como imperialistas todas las formas históricas de expansión propias del MPC en sus diferentes estados de evolución? Podría resultar superfluo y banal contestar a la primera de estas cuestiones, pero nos sirve para avanzar con más rigor hacia la segunda.

La tendencia a la dominación del grupo social más potente, económicamente, militarmente, técnicamente etc., sobre otros grupos sociales no caracteriza exclusivamente el sistema capitalista. Y esto es un hecho histórico; sin necesidad de llegar a los imperios de la Edad Antigua, ya la historia del colonialismo -que caracterizaría la que acabamos de definir como prehistoria del capitalismo- nos muestra que la tendencia de expansión del sistema social más fuerte, con el fin de explotar los sistemas más débiles, precede el surgir del sistema capitalista. Así, cuando las naciones europeas conquistaron las civilizaciones americanas todavía no se habían transformado completamente en sociedades capitalistas.

“Los capitalistas estaban presentes en los modos de producción basados en los esclavos de los griegos y romanos (...) y en la época feudal de Francia, España, y Alemania. Pero estos capitalistas, incluso aquellos que tenían una gran influencia financiera y política en aquel tiempo (...) eran o actuaban individualmente o como clase subordinada. No eran una clase dominante” (Vasapollo, Hosea, & Galarza, 2005, p. 26).

Tal y como lo explicó Marx en el primer tomo de “El Capital”, el colonialismo no fue efecto de la natura capitalista de las sociedades europeas, sino que fue precisamente un factor esencial a la hora de determinar la transformación gradual de las estructuras feudales en capitalistas (Marx, 2014).

Por tanto, no es difícil afirmar que el colonialismo no nació con el capitalismo, sino que determinó, o por lo menos empujó, su mismo nacimiento. Como afirma el gran historiador marxista Eric Hobsbawm, la transición definitiva de la sociedad feudal en capitalista se da solamente en el último cuarto del siglo XVIII: cuando se realizan las dos revoluciones que rompen con el viejo orden: la industrial y la francesa (Hobsbawm, 1971). El capitalismo nace precisamente en las regiones del mundo donde se ubican los países colonialistas, y se realiza como un fenómeno esencialmente limitado geográficamente: en la Europa occidental y en una parte de la región mediterránea. Que la consolidación del modo de producción capitalista se concentre en unos pocos países se debe al hecho de que ya entonces había unos Estados explotados y otros explotadores. Pues el colonialismo significó, entre otras cosas, la “acumulación primitiva” -basada en el saqueo de recursos humanos y materiales-, una acumulación, que favoreció el surgimiento del capitalismo en las economías de las metrópolis coloniales. Con la transformación capitalista de las economías centrales se acentuó y reforzó la división en dos categorías de los países del sistema mundo.

“El efecto neto del ascenso del capitalismo europeo fue intensificar un desarrollo desigual y dividir el mundo de forma cada vez más clara en dos sectores, el de los países “desarrollados” y el de los países “subdesarrollados”, o en otros términos, los explotadores y los explotados. El triunfo del capitalismo a finales del siglo XVIII da la impronta de este desarrollo. Aunque no puede negarse que suministra las condiciones históricas para que se produzcan transformaciones económicas a lo largo y ancho de todo el planeta, de hecho el capitalismo las hace más difíciles que

antes en aquellos países que no pertenecen a su núcleo original de desarrollo o a sus alrededores” (Hobsbawn, 2005).

Ahora bien, más allá de la dimensión terminológica y especulativa de la cuestión, y entrando de lleno en la dimensión conceptual, debemos aclarar la diferencia entre las formas de dominación anteriores al capitalismo: “precapitalistas” y aquellas posteriores a la consolidación total del sistema capitalista, que definimos “procapitalistas”.

“En las (...) *formas de dominación precapitalistas* prevalecía la coerción extraeconómica, la conquista de territorios y el establecimiento de colonias. En las (...) *procapitalistas* predomina una modalidad de dominación opaca, impersonal y poco transparente. Las formas de opresión tampoco pueden subsistir en este caso sin acciones político-militares, pero su cimiento son las relaciones capitalistas” (Katz, 2011, p. 215).¹¹

Antes del capitalismo, las formas de dominación imperial estuvieron basadas en diversos modelos de opresión que poco tienen que ver con la explotación capitalista. El antiguo imperio romano, por ejemplo, se asentó sobre la absorción de la propiedad de las tierras dominadas y por ende en la absorción de los latifundios y de sus propietarios y propietarias dentro del sistema aristocrático imperial. Mil años más tarde de la caída del Imperio Romano, los imperios comerciales¹² consolidados por las repúblicas marítimas (Génova, Florencia, Venecia) esencialmente se fundaban sobre el imperativo de “comprar barato y vender caro”: mecanismos distintos *a los de las relaciones económicas propias del capitalismo*.¹³

Pasemos a la segunda cuestión. En su primera etapa de desenvolvimiento, ¿se puede definir el capitalismo colonialista como una forma de imperialismo? En otros términos ¿podemos asociar el concepto de “imperialismo” con todas las formas de opresiones capitalistas?

Hay diferentes interpretaciones, seguramente todas lógicas y dignas de ser estudiadas, analizadas y profundizadas. Pero, ya que no es tarea de este estudio describirlas e ilustrarlas todas, solo nos limitaremos a explicar por qué estimamos que no es correcto considerar imperialismo toda la historia del colonialismo capitalista.

En primer lugar, compartimos con el estudioso argentino Claudio Katz (2011, p. 217) la visión del colonialismo capitalista como una fase de opresión de tipo capitalista previa que no se puede identificar directamente con el imperialismo.

¹¹En todo el texto, cuando no está señalado el contrario, las cursivas de las citas son partes agregadas por el autor.

¹²Los imperios comerciales del Medioevo y de la Antigua Roma son solamente dos ejemplos de modelos precapitalistas de opresión y dominación. Claudio Katz (2011) ilustra diversos casos de modelos precapitalistas y dos modelos principales: uno basado en la propiedad, propio del Imperio Romano, Chino y de las conquistas españolas en América; el segundo basado en el comercio, como el de los imperios comerciales de la edad medioeval: además de las repúblicas marítimas, la república de Holanda y el sistema árabe-musulmán pertenecen a este modelo. Para una profundización de los diferentes modelos de opresión, ver Wood (2003).

¹³Que, afirma Katz (2011) son: la libre competencia de precios y la reducción de los costes, aumentando la productividad y explotando el trabajo asalariado.

“El colonialismo (...) asumió formas más próximas al capitalismo, especialmente en el modelo británico de establecimiento de poblaciones en las tierras apropiadas. (...) Esas modalidades procapitalistas sólo fueron instauradas por el colonialismo inglés en ciertas regiones. En el grueso del imperio se reconstituyó la esclavitud (Sur de Estados Unidos, Caribe) o se impuso la tributación colonial (India) para asegurar los mercados a la exportación manufacturera. El colonialismo constituyó un eslabón intermedio en el proceso de surgimiento del imperialismo clásico, que alcanzó dimensión mundial entre 1880 y 1914. Pero incluso en ese período ya capitalista, existían todavía regiones divorciadas de la norma de la acumulación y, por esta razón, la conquista territorial gravitaba frente a los imperativos económicos.”

Ahora bien, el pasaje desde el colonialismo a la era de los imperialismos (como hemos visto en el anterior apartado) deriva de las profundas transformaciones que se realizan dentro de las economías nacionales de los Estados “centrales”. Transformaciones que provocan un cambio profundo en las relaciones de dominación del centro sobre la periferia.

Por eso Vladimir Lenin veía una diferencia estructural entre las formas coloniales de dominación y el imperialismo. Y en función de esto explicó cómo a partir de la segunda mitad del siglo XIX y en las cinco décadas sucesivas, tras el máximo despegue de la libre competencia y del capitalismo mercantil (que había empujado y se había alimentado del colonialismo mercantil), se desarrollaron los cárteles, convirtiéndose en un eje esencial del MPC. Porque con la formación de estos cárteles, vinieron los monopolios; se realizó una fuerte concentración del capital y un significativo aumento del volumen de negocio bancario. Y todos estos elementos de transformación en el sistema capitalista llevaron al líder bolchevique a afirmar que el capitalismo había entrado en una nueva etapa.

“El viejo capitalismo, el capitalismo de la libre competencia, con su regulador absolutamente indispensable, la Bolsa, está pasando a la historia. En su lugar, ha surgido un nuevo capitalismo, con los rasgos evidentes de algo transitorio, que representa una mescolanza de libre competencia y monopolio” (Lenin, 2012, p. 51).

Con la transición a este “nuevo capitalismo” se realizó ya una profunda transformación en las relaciones económicas internacionales: “del imperio del intercambio de mercancías se pasa a la preponderancia de la exportación de capitales” (Vidal Villa, 1980, p. 108). De esta manera, como el colonialismo había empujado la Revolución Industrial en las metrópolis europeas, a su vez la industrialización economías llevó a la consolidación de un capitalismo monopolista en sus economías. Las contradicciones de este capitalismo monopolista e industrializado desembocaron en el imperialismo a finales del siglo XIX. “De una era colonial inicialmente mercantilista (que facilitó la industrialización europea), se había saltado a una expansión manufacturera de las grandes potencias (en torno a los mercados internos).

Esta evolución quedaba ahora superada por la nueva fase de exportación de capitales” (Katz, 2011, p. 29). En síntesis, el capitalismo entró en una nueva fase, modificando tanto las estructuras socioeconómicas de los estados colonizadores como el sistema de relaciones internacionales y de opresión colonial.

“Los análisis “generales” sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones socioeconómicas, se convierten inevitablemente en trivialidades huecas o en fanfarronerías, tales como la de comparar “la Gran Roma con la Gran Bretaña”. Incluso la política colonial capitalista de las fases previas del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero” (Lenin, 2012, p. 111).

La idea de “imperialismo” pertenece al mundo de la modernidad. No solamente por la cantidad de Estados que se proyectaron en estrategias imperialistas a finales del siglo XIX, sino por la naturaleza sustancialmente diferente del modelo de opresión imperialista de las relaciones coloniales. Su surgimiento “puede fecharse en el intervalo entre 1874 y 1914. En aquellos años se concretó una nueva fase del dominio capitalista mediante el control directo (como en las colonias), con el control indirecto (con las instituciones locales, los llamados protectorados) y la explotación económica como sucedió en América Latina por parte de Estados. Las condiciones macroeconómicas empujaban a los “imperios” a la explotación desenfadada” (Vasapollo, Hosea, & Galarza, 2005, p. 59).

Diferenciar el imperialismo del colonialismo, por tanto, no responde a criterios exclusivamente económicos o cuantitativos, sino a otros de natura cualitativa, que abarcan la dimensión económica, social y política de las relaciones humanas, y que nos permiten movernos en un terreno conceptual más oportuno para el objeto de nuestro estudio. Al contrario, la “idea de una variedad de imperialismo con anterioridad al siglo XX diluye la especificidad de este concepto, en comparación al colonialismo y debilita su conexión con una época de creciente consolidación del capitalismo” (Katz, 2011, p. 160). Pues, el imperialismo –lo veremos más abajo- es una forma de opresión que surge solamente al final del siglo XIX, y que presenta tratos diferentes a la opresión colonial porque diferentes son las “necesidades internacionales” de los capitalismoes todavía nacionales y de los Estados que defienden su intereses.

Aclaradas estas dos primeras premisas: a) la diferencia sustancial entre las formas de dominación precapitalistas y las formas de expansión de la sociedad capitalista y b) la especificidad del imperialismo dentro de este último modelo, tenemos que dar una primera definición de imperialismo capitalista. Una definición que nos sirva como marco lógico a lo largo de nuestra investigación y que nos permita pasar del análisis “histórico” a la dimensión conceptual de la cuestión.

En efecto, más allá de las distintas teorías y visiones sobre el imperialismo, podemos afirmar que -en su acepción estrictamente analítica- el concepto representa una

fusión contradictoria de la “política estado-imperial” (el imperialismo como proyecto político específico, propio de agentes cuyo poder se basa en el control sobre un territorio y la capacidad de movilizar sus recursos humanos y naturales con finalidades políticas, económicas, y militares) con los “procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo” (el imperialismo como proceso político-económico difuso en que lo primordial es el control sobre el capital y su uso) (Harvey, 2004, p. 39).

Evidentemente estos dos vectores de la definición son *contradictorios*. El primero (que sigue una lógica territorial) se refiere al imperialismo como una estrategia política, económica, o militar, elaborada por un sujeto instituido: un Estado, una asociación de Estados, una organización política, etc.; mientras “el segundo vector atiende a los flujos del poder económico que atraviesan un espacio continuo y, por ende, entidades territoriales (como los Estados o los bloques de poder regionales)” (Harvey, 2004, p. 34) mediante las relaciones productivas, comerciales, financieras, culturales, en fin sociales. Y entonces sigue una lógica más propia del capital. En efecto, en el primer vector la centralidad “imperialista” recae sobre una entidad político/territorial; en el segundo, al contrario, es el capital -como flujo dinámico en el espacio- el que está en el centro del “sistema imperialista”. Por estas razones, definimos la primera lógica de poder: “territorial” y la segunda: “capitalista” (Arrighi, 1999).

Parafraseando la fórmula marxista de la producción capitalista (DMD’) y sintetizando el análisis de Arrighi (1999, p. 49), podemos explicar con la lógica de expansión territorial y la capitalista, evidenciando así la diferencia entre ellas. En la primera, el dinero (D) se convierte en un medio, “en el eslabón intermedio de un proceso dirigido a la adquisición de territorios adicionales (T’ menos T= ΔT)”. Entonces, podemos definirla con la fórmula TDT’. Al contrario, en la segunda es el territorio el eslabón intermedio de un proyecto orientado a la acumulación de capital, simplificando de dinero. Entonces, su fórmula más representativa será DTD’.

2.3 El Estado-nación y la expansión capitalista.

En la identidad, esto es, la esencia espiritual del pueblo y de la nación, hay un territorio cargado de significaciones culturales, una historia compartida y una comunidad lingüística; pero además está la consolidación de la victoria de una clase, un mercado estable, el potencial para la expansión económica y nuevos espacios para invertir en ellos o para expandir la propia civilización.

Michael Hardt y Antonio Negri, “Imperio”.

Reflexionemos ahora brevemente sobre cómo las primeras teorías encajan con la definición conceptual del imperialismo que hemos ilustrado en la conclusión del

anterior apartado. En particular, sobre cómo los dos vectores contradictorios que componen el fenómeno imperialista aparecen en las primeras aproximaciones teóricas al tema, tomando como referencia para la teoría liberal el trabajo de Hobson y para la marxista los de Lenin y Luxemburgo¹⁴.

Evidentemente, las conclusiones a las que llega el liberal Hobson ponen de relieve las carencias de su propio análisis. Hobson llega a considerar el imperialismo un simple proyecto político de las oligarquías imperiales, las cuales impiden una redistribución de los ingresos y prefieren remediar los problemas de subconsumo mediante la búsqueda de nueva demanda fuera de los Estado. Su teoría del imperialismo no consigue apreciar las transformaciones estructurales que se dan en su propia base: los capitalismo avanzados de los países europeos.

No se puede negar que unas medidas de redistribución económica habrían sido suficientes para parar la necesidad tan urgente de nuevos mercados. Negarlo equivaldría a ocultar la centralidad de las “relaciones de clase” en la cuestión imperial. En este sentido, no es equivocado afirmar que el despegue de la expansión imperial fue debido también a “la falta de voluntad política demostrada por la burguesía a la hora de renunciar a alguno de sus privilegios a fin de absorber la sobreacumulación internamente mediante reformas sociales en su propio país” (Harvey, 2004, p. 104). Pero, esta consideración solamente toca un aspecto secundario de la cuestión.

Más profundamente, el esquema de “reproducción ampliada” que presenta la obra de Rosa Luxemburgo en su estudio, concreta las causas de la expansión imperialista en la dependencia del MPC respecto a sociedades no capitalistas¹⁵. El hecho de que ese problema no desaparezca tampoco en las versiones redistributivas del capitalismo (por ejemplo en las economías administradas por la socialdemocracia), evidencia que el problema no deriva de una situación de subconsumo, sino de sobreacumulación. Es decir, de una falta de vías rentables para las inversiones capitalistas dentro de la lógica de máximo beneficio, y en consecuencia de la contradicción intrínseca al MPC¹⁶. (Harvey, 2004).

Si bien el político inglés realiza una atenta investigación sobre la expansión territorial de los Estados coloniales, *de facto*, no logra ver que ella va ligada a la expansión de los capitales de origen de estos países, que ya venía realizándose antes del auge de la expansión territorial. En su análisis, el imperialismo se convierte en un proyecto estratégico de expansión territorial de unas pequeñas oligarquías rentistas. Al contrario, hay una relación mucho más estructural, sistémica diríamos, entre la lógica territorial y capitalista de expansión, una relación que el pensador liberal no intuye. Por eso, la influencia de la obra de Hobson sobre el pensamiento marxista fue política más que conceptual (Vidal Villa, 1980); la inteligencia marxista compartió y recogió

¹⁴ Podemos decir que en sus obras, sobretodo en la Lenin, se encuentra una síntesis política de los análisis marxistas sobre el imperialismo.

¹⁵ Véase el apartado 2.1

¹⁶ Así como la hemos descrita en el primer apartado.

la postura antimperialista, pero señalando que fueron otras las causas económicas de la expansión territorial.

En efecto, Vladimir Lenin y Rosa Luxemburgo fundaron sus estrategias revolucionarias precisamente desde la convicción de que la expansión territorial era una consecuencia directa de la lógica inevitablemente violenta y expansiva de la “acumulación molecular” de capital. (Harvey, 2004) En este sentido, el imperialismo para las/os clásicas/os marxistas representaría una solución al problema de sobreacumulación mediante una “expansión geográfica y una reorganización espacial” (Harvey, 2004). Una solución, pues, que derivaba de la misma lógica endógena al MPC. Hegel (1999) ya había señalado que la sociedad burguesa tiende a buscar la solución de sus contradicciones económicas (que provocan una polarización lacerante en el tejido social) en su exterior, precisamente a través de las relaciones imperiales y del comercio internacional.

La cuestión de la relación entre las dos lógicas de expansión es muy compleja, pero merece la pena profundizarla. Ya que es la clave para comprender en profundidad las dinámicas imperiales. Es por eso que a su alrededor gira el eje central de esta investigación en todas sus diferentes etapas, desde las relaciones imperiales, hasta sus manifestaciones actuales. Como explica Harvey (2004, p. 41): “aunque resulta fundamental la distinción entre las lógicas territorial y capitalista de poder, también es innegable que ambas se combinan de forma compleja y a veces contradictoria. (...) La dificultad para los análisis concretos de situaciones reales estriba en mantener simultáneamente en movimiento ambos polos de esta dialéctica y no caer en formas de argumentaciones únicamente políticas o predominantemente económicas”.

Además, el mismo autor señala que fue Hannah Arendt quien puso de manifiesto la relación entre estas dos lógicas contradictorias en la primera etapa imperialista, que inicia con la consolidación de los monopolios en Europa y llega hasta el segundo conflicto mundial (1870 a 1945). En la segunda parte del libro “Orígenes del Totalitarismo” –escrito a distancia de unas décadas y con finalidades más analíticas de las obras esencialmente políticas de Lenin- la filósofa alemana ilustra con gran precisión el surgir del imperialismo.

A mediados del siglo XIX, se produjo la primera gran crisis de sobreacumulación de capital que provocó las revueltas burguesas y populares del 1848. En otras palabras, explica Harvey (2004, p. 50), se generó por primera vez en la historia un excedente de capital que no se podía invertir rentablemente. “La vía de escape de esta primera crisis capitalista consistió, por un lado, en inversiones infraestructurales a largo plazo (...) y por otro en expansiones geográficas centradas particularmente en el comercio atlántico”. Ahora bien, estas dos vías no consiguieron encontrar una solución estructural al problema de rentabilidad del excedente capitalista. Además, la guerra civil en los Estados Unidos debilitó el comercio atlántico con fuertes repercusiones económicas y sociales en los Estados europeos.

¿Cuál era, entonces, la única solución para los capitalistas europeos frente a esta grave crisis económica? La expansión de los comercios, de las inversiones, la

exportación de capitales: en suma síntesis, la expansión de la lógica y de las relaciones capitalistas a lo largo y ancho de la tierra. Que tenía inevitablemente que ser apoyada y protegida por una expansión política de los Estados.

“La expansión como objetivo permanente y supremo de la política es la idea política central del imperialismo. Como no implica un saqueo temporal ni una asimilación de conquista más duradera, es un concepto enteramente nuevo en la larga historia del pensamiento y de la acción políticos. La razón de esta sorprendente originalidad —sorprendente porque los conceptos enteramente nuevos son muy raros en política— es simplemente la de que este concepto no es realmente político, sino que tiene su origen en el terreno de la especulación comercial, donde la expansión significa el permanente aumento de la producción industrial y de las transacciones económicas, característico del siglo XIX” (Arendt, 1998, p. 118).

La necesidad de apoyar y proteger esta solución espacial del capitalismo con la acción estatal estableció la consolidación del poder político de los capitalistas, es decir de la burguesía, frente a viejas clases sociales (Arendt, 1998). Como explica Harvey (2004), las burguesías nacionales necesitaban romper las viejas estructuras imperiales o reconvertirlas en función de la necesidad del MPC. Fue imprescindible recalibrar la política exterior de los Estados-naciones sobre una lógica específicamente capitalista. Por eso, H. Arendt (1998, 127) afirmó con tanta exactitud que “el imperialismo debe ser considerado como la primera fase de la dominación política de la burguesía más que como última fase de capitalismo”. Las burguesías europeas tomaron conciencia de que “el pecado original de simple latrocinio, que hacía siglos que había hecho posible la «acumulación original de capital» (Marx) y que había iniciado toda acumulación ulterior, tenía que ser eventualmente repetido, so pena de que el motor de la acumulación se desintegrara súbitamente. Frente a este peligro, que no sólo amenazaba a la burguesía, sino a toda la nación, con una catastrófica ruptura de la producción, los productores capitalistas comprendieron que las formas y las leyes de su sistema de producción «desde el comienzo habían sido calculadas para toda la Tierra»¹⁷ (Arendt, 1998, p. 135).

Por eso, en este periodo histórico la burguesía rompió completamente los resquicios feudales de las sociedades europeas y transformó las viejas estructuras políticas de los Estados europeos, convirtiéndose así en el sujeto político económico y dominante de los Estados-naciones. La consecuencia política del imperialismo más incisiva “en el interior de Europa fue la emancipación política de la burguesía, que hasta entonces había sido la primera clase en la Historia en lograr una preeminencia económica sin aspirar a un dominio político”. (Arendt, 1998, p. 116).

Por tanto, podemos concluir que la lógica de expansión territorial en la etapa clásica del imperialismo no es nada más que la consecuencia de la inevitable

expansión geográfica del MPC. Los Estados-naciones europeos protegen, acompañan, empujan la expansión geográfica porque la burguesía capitalista se convierte en la clase dominante de las relaciones de poder estatales. En efecto, cabe recordar que: “la exportación de dinero y las inversiones en el exterior como tales no son imperialismo ni conducen necesariamente a la expansión como un medio político. Mientras que los propietarios de capital superfluo se contentaban con invertir «grandes porciones de su propiedad en países extranjeros» (...) simplemente confirmaban su alienación del cuerpo nacional, en el que de cualquier manera eran parásitos. Sólo cuando exigieron protección gubernamental para sus inversiones (después de que la fase inicial de estafas abriera sus ojos a la posibilidad de emplear la política contra los riesgos del juego), volvieron a penetrar en la vida de la nación” (Arendt, 1998, p. 136).

Entonces, tenían razón las/os seguidoras/es de Marx en afirmar el carácter sistémico del imperialismo, y fue brillante la forma en que explicó este pasaje histórico Hannah Arendt. La autora, además, llegó a analizar las transformaciones ideológicas que derivan de la mutación imperial del capitalismo. De hecho, la reconfiguración de las instituciones y de las lógicas de los Estados-naciones en función del sistema imperial no fue algo mecánico.

Al mismo tiempo que se apoderaban de los Estados-naciones, las clases burguesas (los dueños de los medios de producción y del capital mercantil) se enfrentaron a una contradicción política y social entre la lógica del sistema económico que representaban y aquella de las estructuras políticas de los Estados¹⁸. Como explica Sonia Arribas (2010, p. 266) resumiendo la profunda reflexión histórica de Arendt, se presentaba “una contradicción (o disimetría) entre la estructura política (y jurídica, habría que añadir) desde la que se establecían y funcionaban las operaciones industriales y financieras de la clase burguesa (es decir, el estado-nación) y la expansión económica requerida por el imperativo capitalista de la productividad y el crecimiento por el crecimiento mismo”¹⁹.

“En contraste con la estructura económica, la estructura política no puede ser extendida indefinidamente, porque no está basada en la productividad del hombre, que es, desde luego, ilimitada. De todas las formas de gobierno y organizaciones del pueblo, la Nación-Estado es la menos adecuada para el crecimiento ilimitado, porque el genuino asentimiento que constituye su base no puede ser extendido indefinidamente, y sólo rara vez, y con dificultad, se obtiene de los pueblos conquistados” (Arendt, 1998, p. 119).

¹⁸ Precisamente en referencia a este aspecto, Sonia Arribas (2010, p. 268) ilustra sintéticamente otro aspecto señalado por Arendt que distingue el imperialismo capitalista de formas anteriores de expansión territorial, “La diferencia que se da entre el imperialismo y el imperio también se traduce en el plano económico: es decir, una cosa es el comercio y la conquista marítima en pro del comercio (propios del imperio), otra muy distinta la expansión por la expansión misma (característica fundamental del imperialismo). El primero no genera la susodicha contradicción entre la estructura estable del estado-nación y las necesidades del comercio (y Arendt argumenta al respecto que se puede exportar el nacionalismo sin que vaya en detrimento del imperio) y el segundo, por el contrario, sí que genera la contradicción.”

¹⁹ “El concepto imperialista de la expansión, según el cual la expansión es un fin en sí mismo y no un medio temporal, hizo su aparición en el pensamiento político cuando resultó obvio que una *de* las más importantes funciones permanentes de la Nación-Estado sería la expansión del poder” (Arendt, 1998, p. 126).

Es decir, la contradicción entre la lógica de “expansión por expansión misma” propia del imperialismo capitalista y la estructura del Estado-nación no solamente presentaba una dimensión económica, sino también social y cultural. Entonces, ¿cómo se podría satisfacer la “necesidad de expansión”, (debida al problema de sobreacumulación de capital) dentro de este marco socio-político caracterizador por comunidades y barreras definidas por el Estado-nación? En primer lugar, podemos afirmar que la “ideología progresista” destacó un papel esencial en la solidificación del proyecto imperial.

“Este proceso de inacabable acumulación de poder necesario para la protección de una inacabable acumulación de capital determinó la ideología «progresista» de finales del siglo XIX y anticipó la aparición del imperialismo. Lo que hizo al progreso irresistible no fue la ingenua ilusión de un limitado crecimiento de la propiedad, sino el advertir que la acumulación de poder era la única garantía para la estabilidad de las llamadas leyes económicas” (Arendt, 1998, p. 131).

Pero esta idea de progreso tenía que ajustarse a una dimensión global, internacional, más allá de las fronteras de las naciones y de la soberanía popular propias de la época. Pues, “la solidaridad política que suponía la idea de nación no se podía extender fácilmente a los “otros” sin diluir lo que se suponía que representaba. El Estado-nación no proporciona por sí mismo una base coherente para el imperialismo” (Harvey, 2004, p. 50).

La única, trágica, solución que pudieron encontrar las burguesías nacionales fue el llamamiento al chovinismo y al racismo para forjar sobre esta ideología de violencia y muerte una alianza entre el capital y las clases trabajadoras, entre las/os propietarias y propietarios de los medios de producción y las masas explotadas. Así, “el periodo 1870-1945 supuso el desarrollo de imperialismos que sólo podían basarse en la movilización del racismo y la construcción de solidaridades nacionales favorables al fascismo en el interior de cada país y que tendían a la confrontación violenta en el exterior (Harvey, 2004, p. 52)”²⁰. Estos imperialismos –que definiremos nacionalistas– inevitablemente causaron conflictos entre las burguesías nacionales, hasta desencadenar los dos terribles conflictos mundiales que provocaron la muerte de casi cien millones de seres humanos.

²⁰ “La alianza entre el capital y el populacho se encuentra en la génesis de cada consecuente política imperial” (Arendt, 1998, p. 141).

3. EL “IMPERIALISMO SIN COLONIAS” Y LA HEGEMONÍA DE LOS ESTADOS UNIDOS

3.1 Las nuevas condiciones del imperialismo.

“Se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi”

Giuseppe Tomasi di Lampedusa, “Il Gattopardo”.

La primera etapa del imperialismo se acabó al culminar la Segunda Guerra Mundial. Como es bien notorio, la profunda mutación del escenario geopolítico global derivó del ascenso de los Estados Unidos a la supremacía económica y militar y a su posición dominante sobre todas las viejas potencias coloniales europeas y asiáticas. Para entender el porqué y el para qué de la supremacía de los “gringos”²¹ no basta con estudiar las cuestiones bélicas de los dos conflictos mundiales del siglo XX, hay que reflexionar, aun si brevemente, sobre algunas caracterizaciones del capitalismo estadounidense, su superestructura estatal, y en general sobre la historia del país²².

Harvey (2004) señala que los Estados Unidos presentaban importantes excepciones en comparación con las potencias imperiales europeas. Antes que todo, su configuración política: a diferencia de los Estados europeos, las fuerzas capitalistas norteamericanas no tenían que erradicar residuos del orden feudal y aristocrático para ajustar el cuerpo político del país a las necesidades y lógicas empresariales del sistema capitalista. Por otro lado, y como consecuencia de este factor, tras la guerra civil los Estados Unidos se habían convertido en una potencia económica y tecnológica, pudiendo contar también sobre un inmenso territorio interior para realizar una expansión geográfica (que funcionó como una especie de colonialismo interno)²³.

Además, durante el conflicto mundial el gobierno de Estados Unidos consiguió establecer una estrategia política exitosa, que supo satisfacer las necesidades económicas del capitalismo nacional. La elite política fue capaz de empujar con fuerza la consolidación de la burguesía en un contexto de paz social. Mediante la oposición a cualquier medida redistributiva de los recursos económicos que pudiera poner en peligro el liderazgo de la clase capitalista, y a través del fomento de la acumulación

²¹ Con este término usamos la palabra con la que las poblaciones hispanoamericanas llaman a los estadounidenses, sin darle una connotación despectiva, sino más bien para apoyarnos en la etimología popular que asocia la invención del término al uniforme verde (Green) del ejército norteamericano. <https://es.wikipedia.org/wiki/Gringo>

²² Para una reconstrucción de la trayectoria histórica de los Estados Unidos en el capitalismo internacional, véase Arrighi (1999, cap. 4).

²³ Otra característica peculiar de la sociedad norteamericana es que nació como una sociedad multiétnica de migrantes donde era prácticamente imposible producir un nacionalismo étnico así como lo hicieron las burguesías europeas. Veremos cómo esto influenciará las formas de imperialismo norteamericano.

economica orientada hacia el consumo con el fin de fortalecer el bienestar, la estabilidad economica y la ausencia de conflictos sociales internos (Williams, 1980). Por ende, cuando los acontecimientos bélicos hicieron que los Estados Unidos salieran de la guerra como la potencia más fuerte militarmente, la clase capitalista norteamericana, además de gozar de vigor y buena salud, estaba perfectamente preparada a desarrollar enérgicamente sus fuerzas productivas y comerciales fuera de los confines estatales²⁴.

Fue en este contexto que el gobierno y las elites norteamericanas dibujaron una novedosa estrategia internacional, que consintió al Estado aprovechar la posición de superioridad para reconstruir el orden posbélico según sus necesidades²⁵.

“En lugar de demoler a los rivales derrotados, auspiciaron la reconstrucción económica y el sometimiento político-militar de sus adversarios. El auxilio multimillonario concedido a Europa y Japón fue la contracara de la actitud asumida por Gran Bretaña y Francia (frente a Alemania) al concluir la Primera Guerra Mundial. En lugar del Tratado de Versalles se introdujo un Plan Marshall. Mediante esta combinación de reconstrucción económica, subordinación, política y protección militar, Estados Unidos consolidó el sistema de alianzas subalternas” (Katz, 2011, p. 37).

Esta estrategia internacional consiguió crear un nuevo orden internacional, un sistema imperialista multilateral pero unipolar gestionado por Washington, en que los conflictos que iban encendiéndose se realizaban lejos de los centros neurálgicos de la economía global, y no alteraban el funcionamiento del sistema. En otros términos, el nuevo sistema internacional liderado por Estados Unidos impidió el renacimiento del antagonismo entre potencias europeas que había provocado los dos trágicos choques mundiales.

“La vieja identificación del imperialismo con el choque entre potencias capitalistas quedó desactualizada y este cambio transformó el paisaje europeo. En lugar de rivalizar por las posesiones coloniales, los competidores del Viejo Continente iniciaron un proceso de unificación regional” (Katz, 2011, p. 36).

Veremos más adelante la cristalización de este nuevo orden internacional que redefinió la geometría del imperialismo en sus múltiples dimensiones. Pero ahora cabe notar que hay diferentes interpretaciones al respecto. ¿La nueva situación había realmente erradicado el problema de los conflictos entre países imperialistas?

A tal propósito, Wallerstein (2004) afirmó que la confrontación imperialista entre potencias persistió también en esta etapa de posguerra, bajo la lógica de la Guerra Fría

²⁴ El PIB de los Estados Unidos pasó a ser 192,9 mil millones de dólares en el 1938 a 361,3 mil millones de dólares en 1944 (Vasapollo, Hosea, & Galarza, 2005, p. 111)

²⁵ Volveremos en el próximo apartado sobre el significado de hegemonía.

entre Estados Unidos y la URSS. Ahora bien, pese al compartir buena parte del análisis sobre el capitalismo histórico del sociólogo estadounidense (se ha mencionado y se volverá a citar en diversos puntos más adelante), no se considera apropiado encajar la confrontación bipolar de la Guerra Fría dentro de los cánones de la competición imperialista. En efecto, la disputa por el control geopolítico global entre el bloque socialista y capitalista presentaba una diferencia sustancial en comparación con los conflictos imperiales anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aunque se pueda considerar como acertado el análisis de Wallerstein sobre un único sistema-mundo capitalista (y entonces de la ausencia de un efectivo bloque socialista antagonista a Estados Unidos), carecería de una visión integral identificar la Unión Soviética como un actor que basó su *modus operandi* en el espacio internacional sobre las lógicas expansiva del capitalismo. “La capa dirigente de ese país tenía ambiciones expansionistas y reforzaba su presencia global, chocando con Estados Unidos en el manejo de las áreas de influencia. (...) Pero esas pretensiones de mayor poder regional no convertían al régimen de la Unión Soviética en una variante “social-imperialista” de la expansión colonial. El uso contemporáneo del término imperialismo sólo tiene sentido para aquellas potencias que actúan bajo el mandato del capital. No se aplica a situaciones ajenas a ese principio” (Katz, 2011, p. 37-38).

Por supuesto, no se quiere afirmar que la potencia soviética no efectuó ninguna prevaricación o dominación sobre otros países. Simplemente se considera que la lógica territorial de la URSS no estaba vinculada a la lógica espacial del capitalismo, y por tanto no sería correcto encajarla en el concepto analítico de “imperialismo capitalista”²⁶.

Samir Amin (2005, p. 72-73) explica cómo la sociedad rusa no era de tipo socialista, “sino que constituía una forma particular de capitalismo”: *un capitalismo sin capitalistas*, lo define el intelectual egipcio. Hablando del bloque soviético – explica- “las relaciones entre Rusia –nación preponderante numérica e históricamente- y las otras naciones no eran de naturaleza “colonial”. Prueba de ello son los flujos de redistribución de las inversiones y de los beneficios sociales a favor de las regiones periféricas.”

Al contrario, la potencia norteamericana sí que actuó como expresión de una sociedad dominada por una clase capitalista con intereses imperialistas. A tal propósito, resulta extremadamente aclaradora la explicación de uno de los máximos exponentes de la escuela marxista en la posguerra, Paul Sweezy. En el marzo del 1953, en un ensayo publicado en la histórica revista *Monthly Review*, Sweezy ilustró cómo – tras el fin de la guerra- no hay ninguna ruptura en las relaciones imperiales entre los países atrasados y las potencias capitalistas.

Aunque después de la distancia de muchos años su reflexión pueda parecer inútil, al contrario en aquel momento histórico resultaba de gran importancia. Porque la gran transformación posbélica ocurrida en el sistema internacional llevó muchas y

²⁶ No entra en el objeto del estudio profundizar el análisis sobre las lógicas imperiales que caracterizaron la expansión territorial de la URSS.

muchos teóricos a hablar del *fin del imperialismo*. Hay que recordar que en estos años en China se había realizado una revolución socialista; muchos países de Europa oriental se quedaron en la órbita soviética; Alemania y Japón fueron expulsados del rango de potencias imperiales; y que ante este nuevo escenario la hegemonía estadounidense venía cargada de retórica liberal y anticolonial.

Justo cuatro años antes de la publicación de Sweezy, el 20 de enero de 1949, Truman pronunció uno de los discursos más celebres de la historia, ilustrando el plan de su recién elegido gobierno. Uno de los nodos más innovadores en su discurso era el *Punto Cuarto*, que se refería precisamente al papel de Estados Unidos en el sistema económico mundial. “Ya no hay espacio para el viejo imperialismo –explotación para beneficio extranjero- en nuestros planes”, afirmó Truman en aquella ocasión.

What we envisage is a program of development based on the concepts of democratic fair-dealing. All countries, including our own, will greatly benefit from a constructive program for the better use of the world's human and natural resources. Experience shows that our commerce with other countries expands as they progress industrially and economically. Greater production is the key to prosperity and peace. And the key to greater production is a wider and more vigorous application of modern scientific and technical knowledge. Only by helping the least fortunate of its members to help themselves can the human family achieve the decent, satisfying life that is the right of all people.²⁷

Más allá de la retórica cargada con lenguaje progresista y democrático, Sweezy (1962) analizó en detalle la sustancia del *Punto Cuarto* y del plan económico norteamericano para el desarrollo internacional. Y explicó algunos puntos esenciales para entender el carácter imperialista del programa. Entre estos, señaló que: a) la asistencia técnica estaba finalizada a crear las condiciones para la rentabilidad del capital exportado; b) el capital privado tenía un papel central en los flujos de dinero; c) la asistencia y el fomento de la economía de acogida estaba vinculada a específicos tratados para proteger el capital norteamericano y las inversiones privadas. En conclusión -afirmó el intelectual- el desempeño estadounidense respondía a la lógica expansiva del capitalismo nacional y no constituía una verdadera reestructuración de las relaciones económicas y de poder internacional. “El Punto cuarto debe ser realísticamente interpretado como el fundamento del imperialismo americano y un incentivo a su ulterior desarrollo (...). Las relaciones que existen entre Estados Unidos y los países atrasados son típicamente imperialistas. El Punto Cuarto, en la medida en que se hará efectivo, podrá extender e intensificar, y no modificar estas relaciones” (Sweezy, 1962, p. 99 y 102).

El nuevo programa de Washington escondía tras un lenguaje nuevo los mismos intereses que las potencias coloniales (en este caso Estados Unidos) tenían en consolidar relaciones económicas con los países de la periferia, dentro del mismo

²⁷ H. Truman, discurso de Investidura en 1949 en lengua original.

modelo político-económico que Lenin definió imperialismo²⁸. En todo caso, aunque no modificaba el carácter imperialista del sistema internacional, lo de Truman no era un simple mimetismo hipócrita, sino el reflejo de una clara metamorfosis –eso sí- del “orden capitalista internacional” que las elites norteamericanas realizaron en la posguerra. Este nuevo modelo basado en la ayuda para el desarrollo, la asistencia técnica, la abertura comercial, fue asumido por prácticamente todas las potencia.

En un sentido *gatopardiano*, en el sistema internacional todo cambiaba para que nadie tuviera realmente que cambiar. Las nuevas condiciones comportaban que el imperialismo así como se conoció hasta la primera guerra mundial ya no existía. Pero, ¿cuáles fueron los cambios principales que ocurrieron en el escenario internacional tras la II Guerra Mundial? Aquí, nos limitaremos a ilustrar los que se consideran los dos cambios más importantes de carácter político y económico.

a) En primer lugar, la *ausencia de los conflictos interimperiales* y la *centralización internacional de los capitales* constituyen dos modificaciones geopolíticas y económicas fundamentales que transformaron radicalmente el sistema interestatal (Katz, 2011). Si bien pudieran parecer dos fenómenos distintos, en este estudio se considera que las dos cuestiones son profundamente entrelazadas, tanto da conformar un único elemento de cambio que explicaremos con más detalle en los siguientes apartados de este capítulo.

“La novedad aportada a partir de la reconstrucción capitalista de la segunda posguerra fue que la exacerbada competencia económica entre los países metropolitanos jamás se tradujo en los últimos cincuenta años en un enfrentamiento armado entre los mismos. Le cabe a Kautsky el mérito de haber sido el primero en atisbar estas nuevas realidades, lo cual no quita que su tesis del “ultra-imperialismo” adolezca de graves defectos. Uno de ellos, tal vez el principal, es el de haber concluido que la coalición entre los monopolios imperialistas de las grandes potencias inauguraría una era de paz. Si el mentor ideológico de la Segunda Internacional pudo entrever con precisión esta tendencia hacia la convergencia interimperialista, su acendrado eurocentrismo le impidió anticipar que aquélla no traería una kantiana “paz perpetua”. La guerra continuaría, sólo que ahora se concretaría en los escenarios Tercer Mundo y se libraría en contra de los pueblos” (Boron, 2004, p. 73)

b) Otra importante novedad que ponía en crisis la teoría clásica del imperialismo tiene que ver con la fase de expansión del MPC: la denominada “edad de oro” del capitalismo que inicia en los años ‘40 desmentía las previsiones de Lenin del imperialismo como señal del agotamiento del régimen económico del capital²⁹. De hecho,

²⁸ El mismo Sweezy (1962, p. 92) señala tres razones principales que empujan los países coloniales en sus relaciones imperiales: a) fuentes de recursos primarios; b) salidas para la exportación de capitales; 3) mercados para las manufacturas.

²⁹ También este tema será objeto de estudio en las partes sucesivas de este capítulo.

“los marxistas clásicos habían identificado el imperialismo como un “mecanismo por el cual el capitalismo maduro resolvía transitoriamente las crisis generadas por el aumento en la composición orgánica del capital y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. El período que se inicia con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, pone flagrantemente en crisis esa relación. (...) Pero, contrariando los postulados de la teorización clásica, dicho período fue al mismo tiempo uno de los más agresivos desde el punto de vista de la expansión imperialista, especialmente norteamericana, por toda la faz de la tierra. La clásica conexión entre crisis capitalista y expansión imperialista quedaba de ese modo rota, sumiendo en la perplejidad a quienes aún se aferraban a las formulaciones clásicas del imperialismo. El capitalismo estaba en auge y el imperialismo se extendía cada vez con más fuerza” (Boron, 2004, p. 73).

c) Se considera aquí que hay un tercer elemento de ruptura con la fase clásica del imperialismo. Ante este nuevo escenario internacional, quedó excluida la explosión de una expansión territorial de las viejas potencias coloniales, que en la primera mitad del siglo había provocado los choques bélicos. Como se ha afirmado en los anteriores apartados, el imperialismo se constituye por la tensión entre la lógica de expansión territorial del poder político y la lógica de expansión espacial del MPC. En esta nueva fase la segunda encuentra vías y herramientas para la expansión distintas de los cañones y los ejércitos nacionales. Sin eliminar los mecanismos de explotación económica, no hay en estas décadas una nueva carrera a la conquista de nuevas colonias, en parte porque la expansión colonialista ya había alcanzado buena parte de las regiones del globo, en parte porque los mecanismos de explotación cambian radicalmente de forma³⁰. Con la nueva dominación estadounidense, “la expansión geográfica de acumulación de capital quedó asegurada mediante la descolonización y el “desarrollismo” como objetivo generalizado para el resto del mundo” (Harvey, 2004, p. 59).

A raíz de estas transformaciones, el autor argentino C. Katz nota como las teorías sobre el imperialismo no podían ignorar que los cambios ocurridos iban más allá de la dimensión coyuntural. El mismo sistema capitalista parecía entrar en una nueva fase de desarrollo internacional, determinada no solamente por fluctuaciones y dinámicas económicas, sino por acontecimientos de carácter político y militar.

“El ensayo de Lenin describía un contexto ya inexistente de guerra interimperialistas. También la primacía de las rivalidades económicas había quedado neutralizada por la interpenetración mundial de los grandes capitales. La preeminencia norteamericana contradecía, además, el escenario clásico. (...) El diagnóstico de Lenin había quedado anacrónico por estar referido a una etapa ya concluida del desarrollo capitalista. Las tendencias de 1880-1914 no tenían vigencia en 1945-75 y, por esta razón,

³⁰ Veremos en los próximos apartados como el proceso de descolonización que se realiza en estos años, principalmente en África y Asia, está íntimamente relacionado con este último aspecto.

las principales reflexiones de posguerra giraban en torno a otros problemas” (Katz, 2011, p. 40-41).³¹

3.2 Bretton Woods y el nuevo orden internacional.

En 1944, en el paraíso turístico de Bretton Woods, se confirmó que estaban en gestación los hermanos gemelos que la humanidad necesitaba. Uno iba a llamarse Fondo Monetario Internacional y el otro, Banco Mundial. Como Rómulo y Remo, los gemelos fueron amamantados por la loba, y en la ciudad de Washington, cerquita de la Casa Blanca, encontraron residencia.

Eduardo Galeano, “Gemelos”.

La nueva fase de desarrollo internacional del capitalismo se vio profundamente afectada y orientada por la potencia estadounidense. Ya antes de culminar los acontecimientos bélicos, la diplomacia estadounidense inició a trabajar para dar unas bases sólidas a su supremacía económica y militar, mediante la conformación de lo que vendría a ser el “nuevo orden mundial” de la Guerra Fría.

Las nuevas reglas del juego deberían responder a la nueva jerarquía establecida por los países capitalistas, así como a la necesidad del capital a escala internacional. Pero, a la vez, deberían tener en cuenta la nueva realidad del bloque socialista, estructurado en torno a una Unión Soviética fortalecida tras su decisivo papel durante la guerra (Unceta & Zabalo, 1994, p. 5).

Esto suponía encontrar una geometría de las relaciones internacionales que a) garantizara estabilidad al sistema capitalista; b) reflejara su distribución interna de poder; y que al mismo tiempo c) podría beneficiar a la dinámica de reproducción

³¹ Frente a estas modificaciones importantes, el pensamiento marxista reaccionó de forma diferente. Una parte de las autoras y autores no consiguieron adaptar el análisis a la nueva realidad, actuando de forma dogmática y no consiguiendo ver en la obra de Lenin la preminencia del mensaje político contra el pacifismo de la socialdemocracia en la II internacional, y las necesarias innovaciones a aporta en la dimensión analítica. Hay muchos documentos sobre las teorías del imperialismo de este periodo. En particular, se señala la obra de Vidal Villa (1980). Katz (2011, p. 41) considera que los mejores estudios sobre el imperialismo en esta etapa se dividen en tres corrientes: a) la primera (superimperial) fue empujada por Sweezy, Magdoff o Jale se concentró en el estudio del papel de Estados Unidos como gendarme del imperialismo; b) la segunda, profundizó el estudio de las asociaciones ultraimperial entre los capitales nacionales y fue encabezada por Hymer, Murray y Nicolas; c) por último, autores/as como Mandel criticaron las tesis superimperialistas señalando como la supremacía de EEUU a largo plazo no constituía una forma de dominación económica diferente a las viejas relaciones coloniales, y al mismo tiempo subrayaron la persistencia de la competencia económica también en el nuevo contexto de distensión militar.

ampliada del capital en el ámbito financiero, comercial, económico (Unceta & Zabalo, 1994). Como en cualquier orden, las relaciones de poder en la nueva geometría del poder internacional se caracterizaron por una fuerte jerarquía. En particular, el capitalismo estadounidense ocupó la posición dominante de este sistema, que ya hemos denominado multilateral pero unipolar. Con esta expresión, queremos indicar que la dominación norteamericana se basaba sobre un conjunto de organizaciones e instancias multilaterales, que pero no impedían al polo estadounidense de ocupar una posición de dominación.

De acuerdo con las interpretaciones de A. Borón (2004) y J. Nye (2003), se considera que esta nueva geometría de las relaciones imperialistas se despegó en un plano tridimensional: el “militar”, el “económico”, y el tercero que aquí se define como “ideológico”³². De este sistema de dominación quedaba fuera, ajena, la URSS y el bloque de países alineados con la potencia soviética.

Los líderes de la Revolución Rusa, reivindicando el derecho de los pueblos a la autodeterminación (“antimperialismo”) y la primacía de los derechos de subsistencia por encima de los derechos de propiedad y de gobierno (“internacionalismo proletario”), erigieron el espectro de una participación mucho más radical en el funcionamiento del sistema interestatal (Arrighi, 1999, p. 84)

Por tanto, cuando se habla de nuevo orden imperialista en la posguerra, no se puede olvidar el hecho que el sistema internacional estaba caracterizado por una bipolarización. El sistema multipolar pero unipolar creado por los Estados Unidos no alcanzaba el área de dominio soviético. De hecho, si las bombas de Hiroshima y Nagasaki ya habían demostrado la cara y los fundamentos (nucleares) de la dominación militar estadounidense sobre las otras potencias capitalistas europeas y asiáticas, que cinco años más tarde (en 1949) se “regularizó” con la creación de la OTAN, también evidenciaban los fundamentos del equilibrio militar entre los dos polos del sistema internacional. Fue también gracias a su armamento nuclear que la Unión Soviética no acabó siendo otra potencia subalterna en el sistema militar estadounidense.

Al contrario, la OTAN, además de contener el “peligro de la expansión comunista”, cristalizó la dominación de los Estados Unidos sobre los Estados del Viejo Continente: los únicos –en el bloque capitalista- que podían disputar, a medio y largo plazo, la supremacía bélica tras la criminal acción nuclear en Japón. Como subraya S. Amin (1999), la creación de la OTAN no solo respondía a la necesidad de enfrenar militarmente la URSS en el terreno más importante geopolíticamente: Europa, también servía para impedir que las potencias europeas no pudieran actuar

³² A. Borón (2004, p. 79) parafraseando Nye (2003) define este tercer ámbito de dominación “de la sociedad civil internacional”. Aquí, se considera más oportuno utilizar el término “ideológico” porque remite directamente a una dominación de las culturas de masas mediante la *popularización* del pensamiento capitalista.

autónomamente en esta dirección, sino como actor subalterno en un contexto de dominación militar de Estados Unidos.

“Ningún Estado de la OTAN tiene la posibilidad de independizarse de Estados Unidos sin consecuencias concretas. El Reino Unido es un claro ejemplo. Gran Bretaña dispone del mejor ejército de Europa, pero su *capacidad nuclear* depende de Estados Unidos y, teniendo en cuenta los tratados, la perdería si se independizara de Washington. (...) En grados diversos, Bélgica, Alemania y Francia, están ligadas de manera orgánica a Estados Unidos, a través de numerosas organizaciones intergubernamentales” (García-Mauriño, 2006, p. 1).

Por otro lado, los cimientos de la superioridad estadounidense en el ámbito económico se materializaron en la conferencia de Bretton Woods en 1944. El gobierno de Washington no sólo tenía la posibilidad de imponer al mundo un nuevo orden económico, sino que lo necesitaba para dar seguimiento a la evolución de las fuerzas capitalistas que procedían de su interior. En efecto, “si la II Guerra Mundial había demostrado que los Estados Unidos podían enriquecerse e incrementar su poder en una situación de creciente caos sistémico, también había evidenciado que el aislamiento estadounidense había alcanzado el punto en que los rendimientos habían comenzado a ser decrecientes” (Arrighi, 1999, p. 332).

Ante este escenario, se podría afirmar que los Estados Unidos usaron su posición de fuerza para modelar las nuevas reglas financieras, comerciales y monetarias del orden económico internacional según sus necesidades. En el curso de las tratativas fue descartado el “Plan Keynes”, propuesto por Gran Bretaña, que planteaba la creación de un sistema de estabilización basado en mecanismos globales para el ajuste de los desequilibrios. Esto significaba una coordinación verdaderamente multilateral a través de instancias internacionales compartidas entre los Estados deudores y acreedores, con el fin de evitar la inestabilidad de la economía internacional. Al contrario, Washington planteó e incluso impuso el “Plan White” porque “hacía descansar el peso de los ajustes en aquellas economías con déficits de balanza de pagos, lo que, en las circunstancias de la época, suponía que los EE.UU. quedaban libres para poder ejecutar su política económica al margen de compromisos internacionales” (Unceta & Zabalo, 1994, p. 7).

Más concretamente, las negociaciones establecieron la creación de organismos intergubernamentales orientados hacia actividades monetarias, financieras y comerciales.

El Fondo Monetario Internacional (FMI) fue instituido como principal agente para garantizar la estabilidad monetaria. Por un lado, el organismo tenía la función de regular las revaluaciones y devaluaciones de las monedas nacionales, por el otro, funcionaba como acreedor para los Estados que necesitaban hacer frente a dificultades coyunturales, causas de eventuales desestabilizaciones del sistema (Unceta & Zabalo,

1994)³³. Estas dos funcionalidades del FMI, *de facto*, quedaron estructuradas alrededor del dólar. Pues, se asignó únicamente a la Reserva Federal estadounidense el papel de convertir la moneda nacional en oro, lo que quiere decir que se otorgó a Washington el poder de controlar y maniobrar la producción del dinero circulante en la economía global. Así, “los EE.UU. se convertían en juez y parte interesada, quedando los otros países obligados no sólo a defender sus propias monedas, sino también a evitar las fluctuaciones del dólar” (Unceta & Zabalo, 1994, p. 8). Además, la estructura política del FMI consentía al gobierno norteamericano y a los otros países ricos imponer sus condiciones, ya que el peso en las decisiones de la organización estaba (y está todavía) distribuido en función de las cuotas de participación de los Estados.

La creación del sistema monetario tal y como fue ideada en Bretton Woods, representó una importante novedad en el sistema internacional. Según la interpretación de Arrighi (1999), el plan White elaborado por el gabinete de Roosevelt no representó un simple pasaje del control monetario de una clase capitalista nacional a otra. En efecto, “si Bretton Woods hubiera sido tan sólo esto, el nuevo régimen monetario simplemente habría restaurado el patrón-oro internacional vigente a finales del siglo XIX, con el dólar y la Reserva Federal ocupando el puesto de la libra y del Banco de Inglaterra” (Arrighi, 1999, p. 334). Al contrario, el gobierno de Estados Unidos optó para asumir el control directo del sistema monetario. La producción del dinero quedaba en mano de una red de instituciones gubernamentales, y era la primera vez en la historia del sistema capitalista que ocurría eso. Resulta imprescindible señalar este detalle, porque nos da la idea del inmenso poder que acumula el gobierno de Estados Unidos con estos acuerdos.

“En todos los anteriores sistemas monetarios mundiales, incluido el británico, los circuitos y las redes de las altas finanzas se habían hallado firmemente en manos de banqueros y financieros privados, que lo organizaban y gestionaban con la intención de obtener beneficios. En el sistema monetario mundial establecido por Bretton Woods, por el contrario, la “producción” de dinero mundial era asumida por una red de organizaciones gubernamentales motivadas básicamente por consideraciones de bienestar, seguridad y poder: en teoría, el FMI y el Banco Mundial; en la práctica el Sistema de la Reserva Federal estadounidense actuando de acuerdo con los bancos centrales de los aliados más próximos e importantes de los Estados Unidos. El dinero mundial se convertía, por lo tanto, en un subproducto de las actividades de construcción del Estado” (Arrighi, 1999, p. 334-335).

Por otro lado, el control financiero se asignó al Banco Mundial (BM). Si bien el BM fue pensado y creado principalmente para financiar la reconstrucción de los países

³³ En las primeras décadas de su trayectoria, la función crediticia del Fondo Monetario Internacional no tuvo un peso importante en las actividades de la organización. Solamente a partir de los años '80, el FMI inició a actuar como importante agente creador en el sistema internacional, hasta llegar a convertirse un elemento central en las dinámicas de reproducción ampliada del capitalismo contemporáneo.

Europeos, literalmente arruinados por el conflicto mundial, como explican K. Unceta y F. Zabalo (1994), muy pronto sus actividades se reorientaron hacia los países del llamado “Tercer Mundo”. Sintetizando, las causas económicas y políticas de esta reorientación eran en parte las mismas del “viejo imperialismo”: la búsqueda afanosa de materias primas baratas en la periferia para los procesos de industrialización en el centro. Pero es más, respondían también a la necesidad de remodelar la lógica de expansión del capital al nuevo contexto geopolítico.

En efecto, los países del Sur habían asumido una importancia geoestratégica esencial dentro de la confrontación bipolar de la Guerra Fría. Así, la filosofía desarrollista fue el principal método de captación de las voluntades políticas de las oligarquías que gobernaban las ex colonias ahora formal y políticamente independientes. Prometer “desarrollo” quería decir ofrecer financiación para un supuesto proceso de modernización e industrialización de las economías³⁴. El Banco Mundial se convirtió entonces en una herramienta de la expansión de los capitales procedentes de las economías avanzadas, que “buscaban un empleo” en las regiones periféricas.

Paralelamente a la creación del BM y del FMI, las negociaciones de la posguerra se orientaron a la creación de un nuevo organismo para la regulación de las relaciones comerciales entre países. Como señalan K. Unceta y P. Zabalo (1994, p. 6) “desavenencias entre los EEUU y los países europeos impidieron que se creara la (...) organización”. De hecho, solamente en 1947 se pudo llegar a un Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles (GATT). Sin embargo, el acuerdo no iba más allá de la constitución de un foro para coordinar el comercio internacional de forma multilateral y bilateral, sin llegar a la efectiva constitución de un organismo intergubernamental.

Según G. Arrighi (1999, p. 333), este hecho no se debió solamente a conflictos entre Washington y las potencias europeas: fue el mismo Congreso de EE.UU. quien quiso rechazar la pérdida de soberanía en cuestiones comerciales “incluso a favor de un organismo que en un futuro posible iba a estar controlado por los intereses, la ideología y el personal estadounidense”. Porque –señala el pensador italiano– “los Estados Unidos nunca adoptarían unilateralmente el libre comercio como había hecho Gran Bretaña desde la década de 1840”. Ya que su “Congreso y comunidad empresarial eran demasiado “racionales” en sus cálculos de los costes y beneficios financieros derivados de la política exterior estadounidense como para ofrecer los recursos necesarios para ejecutar un plan tan poco realista”³⁵.

El autor señala que tras la posguerra en lugar de una verdadera apertura al libre comercio se realiza una *internalización* del comercio internacional: un elemento completamente nuevo en el sistema económico internacional que provocó la aparición de las corporaciones transnacionales (muy diferentes de las compañías

³⁴ Volveremos sobre la cuestión del desarrollismo más adelante.

³⁵ En su potente obra “El largo siglo XX”, G. Arrighi afirma que precisamente la falta de una apertura total al libre comercio es uno de los aspectos que diferencia la hegemonía estadounidense de aquella ejercida por la Gran Bretaña en el siglo XIX

semigubernamentales que “tiraban” el imperio comercial británico o el holandés)³⁶. Y que ha sido quizás “el resultado más específico de la hegemonía estadounidense”.

“Existe una diferencia fundamental entre las compañías estatutarias por acciones de los siglos XVII y XVIII y las corporaciones transnacionales del siglo XX. Las primeras eran organizaciones semigubernamentales, semiempresariales, que se especializaron territorialmente para excluir a otras organizaciones similares. Las compañías transnacionales del siglo XX, por el contrario, son organizaciones estrictamente empresariales que se especializan funcionalmente en líneas específicas de producción y distribución a través de múltiples territorios y jurisdicciones, en cooperación y competencia con otras organizaciones similares” (Arrighi, 1999, p. 94).

La naturaleza de estas corporaciones transnacionales les convierte en un “factor de erosión del poder de los Estados”. El autor nota que la creciente centralidad de las ETN “da un punto de inflexión decisivo en el proceso de expansión y sustitución del Sistema de Westfalia, y puede haber iniciado realmente el proceso de extinción del moderno sistema interestatal como sede primaria del poder mundial” (Arrighi, 1999, p. 94).

Las ETN ejercieron un papel decisivo a la hora de realizarse otro esencial cambio en el MPC global. La forma de organización típica del capitalismo hasta la época sucesiva a la primera guerra mundial se basaba en una simbiosis casi perfecta entre los monopolios nacionales y el Estado. Por eso, como hemos visto en el primer capítulo, Lenin evidencia una relación directa entre el trust nacional y la lógica expansiva de los Estados imperiales. En esta nueva etapa, la simbiosis entre capitales nacionales y Estados vino en parte a romperse, dejando lugar a un fuerte proceso de *centralización internacional* del capital (Mandel, 1974).

“Hasta la segunda guerra mundial, la concentración internacional de capitales no estaba acompañada, más que excepcionalmente, de una centralización internacional. (...) Después de la segunda guerra mundial, es la centralización internacional de los capitales la que toma, poco a poco, la delantera. (...) La compañía multinacional experimenta un auge” (Mandel, 1974, p. 27-28).

La centralización del capital internacional se debió también a una reorientación de los flujos internacionales de capitales. Hay una disminución en los flujos que van de los países imperialistas a los países periféricos como consecuencia de la inestabilidad para la inversión extranjera y la exportación de capitales en las viejas colonias. La causa de este cambio es de naturaleza política. Los movimientos de liberación nacional que surgen en esta década en el Sur luchan para realizar

³⁶ De hecho, sería este otro importante aspecto (el segundo) que diferencia la hegemonía estadounidense de la británica.

nacionalizaciones y expropiaciones en nombre del desarrollo nacional, así amenazando y poniendo en peligro la exportación de capitales en sus países. Se realizó así inevitablemente un giro en los flujos económicos. “Los vastos movimientos internacionales de capitales se dirigen de un país imperialista a otro, favoreciendo, evidentemente, las absorciones, las fusiones y la eliminación de firmas competidoras, conduciendo así a nuevas formas de división internacional de trabajo” (Mandel, 1974, p. 28).

El creciente gigantismo de las empresas –que subrayaba el líder bolchevique– volvió a cobrar importancia con la expansión de los oligopolios en desmedro de las pequeñas compañías. La necesidad de ampliar mercados, reducir costos y aumentar la productividad acentuó la preeminencia de las corporaciones frente a las empresas de pequeño porte. Pero a diferencia del período precedente, las alianzas entre grandes firmas no quedaron restringidas a compañías del mismo origen nacional. Irrumpió un nuevo tipo de empresa multinacional, que asoció a los capitalistas norteamericanos, japoneses y europeos, alterado la vieja divisoria entre bloques de competidores nacionales (Katz, 2011, p. 38).

Además del proceso de descolonización, esta reestructuración en las dinámicas de la reproducción ampliada del capitalismo se debió a las nuevas estrategias económicas, caracterizadas por la intervención de los Estados y la carrera a los armamentos, e influenciadas por la necesidad de reconstruir el continente europeo. Se dio en estos años una “expansión interior (interimperialista) del sector productor de medios de producción, basada también en la que Ernest Mandel definió como la “innovación tecnológica permanente” (Mandel & Jaber, 1976, p. 81)³⁷.

El último tablero de la dominación estadounidense, como ya queda apuntado, fue el “ideológico”. Contemporáneamente a este proceso de fusión y absorción entre los capitales europeos, japoneses y estadounidense (caracterizado por la supremacía y la dominación de los actores económico con base en EEUU), la ya citada teoría de la modernización y el “mito del desarrollo” identificado con el modelo de sociedad capitalista avanzada se “encargaron” de proporcionar al proyecto estadounidense el consentimiento de las varias y distintas burguesías nacionales.

Fue en el mismo discurso de H. Truman para su toma de posesión (que citamos anteriormente) cuando el concepto de “Desarrollo” asumió formalmente un significado

³⁷ Como explica Arturo Guillén R. (2013), en su teoría sobre el *capitalismo tardío*, Mandel “distingue tres grandes revoluciones tecnológicas en la historia del modo de producción capitalista. 1. La revolución industrial de finales del siglo XVIII que acompañó el surgimiento del capitalismo industrial y que se caracterizó por la introducción de la máquina de vapor y la sustitución de la manufactura por la gran industria maquinizada. 2. La segunda revolución tecnológica de la última década del siglo XIX que acompañó el ascenso del imperialismo y del capital monopolista, caracterizada por el surgimiento de los motores eléctricos y de combustión interna; y 3. La tercera revolución tecnológica efectuada después de la Segunda Guerra Mundial, que señaló el ascenso del capitalismo a una nueva fase de su desarrollo que el autor define como capitalismo tardío, y que estaría caracterizada por la “producción maquinizada de los aparatos movidos por la energía nuclear y organizados electrónicamente”

político y económico bien preciso. Dejando atrás el “viejo imperialismo”, la administración estadounidense se prefijo el objetivo de crear las condiciones políticas para la expansión del capitalismo occidental, impidiendo al mismo tiempo no solamente las confrontaciones imperialistas, sino también el conflicto entre el Norte/Centro y el Sur/Periferia. Esto fue posible gracias al concepto de Desarrollo, que si no hizo su aparición histórica en esta fase, vino a asumir en este contexto un papel y un significado completamente nuevo en la posguerra. Este nuevo significado se manifestaba en la “invención del Subdesarrollo”: entendido como estado inicial de un supuesto recorrido a etapas que llevaba una sociedad atrasada a desarrollarse. Esta nueva contraposición que superaba la confrontación colonizadores/colonizados consolidó una nueva concepción de las relaciones entre el Centro y la Periferia del sistema internacional (Silva, 2009). De esta nueva concepción, es útil resaltar dos elementos principales: “En primer lugar, es importante destacar la centralidad de la dimensión económica. La brecha entre subdesarrollados y desarrollados se podía eliminar siempre y solo con el crecimiento económico. (...) En segundo lugar, el discurso de H. Truman afirmaba que la desigualdad mundial era consecuencia solamente de los modelos atrasados del Sur, sin mencionar la injusticia del sistema económico internacional. Los obstáculos que impedían a los Estados subdesarrollados a alcanzar altas tasas de crecimiento económico eran de naturaleza endógena, ello oscurecía los mecanismos asimétricos del orden internacional. Se precisaba la causa del subdesarrollo en los atrasos tecnológicos, la corrupción, y el neopatrimonialismo de los Estados del Sur que, en consecuencia, debían tomar el “exitoso” sistema occidental como modelo” (Angelilli, Embaló Sokhna, & Duran Placencia, 2015, p. 4).

En este contexto, la “Teoría de la Modernización” de Rostow, ilustrada en su famosa obra “The Stages of Economic Growth: a Non-Communist Manifesto” más allá de sus contenidos económicos representaba un poderoso discurso que daba a los Estados Unidos un fuerte poder de penetración ideológica en las diversas sociedades nacionales, dicho de otra forma en la *sociedad civil internacional*. Se ofrecía a los países económicamente atrasados asistencia técnica y ayuda para alcanzar en las cinco etapas ilustradas por Rostow el “desarrollo”, la modernización.

En realidad, era otra forma –bajo un paraguas filantrópico y desarrollista- de legitimar la expansión del capital estadounidense y de proveer mano de obra y materias primas baratas para las industrias occidentales. De hecho, como explica E. Goldsmith (1996, p. 253): “existe una continuidad impresionante entre la era colonial y la era del desarrollo, tanto en los métodos usados para lograr sus objetivos como en las consecuencias ecológicas y sociales de aplicarlos”.

Así como lo fue en pasado el concepto de “civilización” y de progreso, a partir de la segunda mitad del siglo XX, al concepto de “Desarrollo” le tocó el papel de construir una legitimidad al proyecto estadounidense de un “imperialismo sin más colonias”, pero sí caracterizado por estructuras, relaciones y herramientas de explotación imperial (Silva, 2009). El hecho de que fue la administración estadounidense quien se hizo responsable de expandir esta nueva ideología a lo largo y

ancho del globo, con una poderosa y multifacética propaganda, es otra inocultable prueba de la fuerte dominación de Washington en el sistema internacional.

3.3 Estados Unidos y la hegemonía internacional.

Gran Bretaña, como iniciador de la revolución industrial, se convirtió en el taller del mundo, el conductor de los bienes del mundo; el mayor ariete del control imperialista desde la City de Londres. (...) Las dos guerras mundiales fueron una prueba de su fuerza contra los más viejos países capitalistas establecidos y entre sí. Los Estados Unidos salieron triunfantes dos veces. La City va dejando paso lentamente a Wall Street como símbolo del poder monetario mundial.

K. Nkrumah “Neo-colonialismo. Última etapa del imperialismo” (1966)

Sin la pretensión de agotar el objeto del análisis, en el interior apartado se ha ilustrado cómo tras la II Guerra Mundial los Estados Unidos alcanzaron una posición de primacía en el sistema internacional. Y como esta superioridad se basó sobre una dominación militar, económica e ideológica ejercida por el gobierno de Washington, de alguna forma cristalizada en la nueva arquitectura del poder internacional que se construye en aquellos años.

Ahora bien, es extremadamente útil reflexionar brevemente sobre la cuestión de si más allá de una dominación sobre los otros países, las políticas del gobierno de Washington consiguieron establecer una “hegemonía internacional” de la potencia estadounidense. En efecto, profundizar sobre el significado de hegemonía y su aplicación al contexto internacional nos permite acercarnos con rigor al estudio de la actual situación de poder global. De hecho, como nota Arrighi (1999), es precisamente el actual declive experimentado por los EEUU que ha generado un fuerte interés académico y político para el análisis de las “hegemonías”. El profesor italiano está entre los pensadores y pensadoras que más en profundidad han abordado el tema de la “hegemonía” en una óptica vinculada al estudio del imperialismo.

Sin ánimo de entrar en profundidad en las reflexiones de Arrighi (1999) sobre las sucesiones hegemónicas, aquí se quiere realizar una aproximación crítica a su utilización del concepto gramsciano de “hegemonía”, para en seguida destacar algunas importantes conclusiones.

Cuando el autor habla de hegemonía a nivel internacional, es decir en un sistema de relaciones interestatales, es perfectamente consciente de estar hablando de un *poder adicional* a la dominación (que no la sustituye) y de estar efectuando una transposición del concepto de Gramsci (pensado por las sociedades nacionales modernas) que conlleva distintos problemas teóricos³⁸. En sus cuadernos escritos en una cárcel de la Italia fascista, Gramsci define hegemónico un grupo social que tiene la capacidad de ejercer un “liderazgo”, en el sentido de que está en la condición de conducir un conjunto de fuerzas políticas hacia una dirección sin recurrir a la fuerza. Y que, además, consigue proyectar en el *sentido común* una identificación entre la dominación que ejerce sobre la sociedad nacional y el *interés general* de las clases sociales que la constituyen. Estas son las dos condiciones *sine qua non* un actor dominante no puede ser hegemónico.

Aclarado esto, en el pensamiento gramsciano el concepto de hegemonía tiene múltiples apellidos: es un concepto ubicuo, hay una hegemonía económica, política, comercial y financiera, intelectual (Burgio, 2014). Pero, la hegemonía gramsciana radica esencialmente en las relaciones económicas, más profundamente en la “función social de las formas de relaciones productivas” (Gramsci, 1975 cit. en Burgio, 2014, p. 227). Esto confirma la impostación histórico materialista del político italiano. En el pensamiento gramsciano la dimensión cultural, ética, jurídica de un orden social es una superestructura de la base económica, entonces, no se puede modificar una situación de hegemonía cultural sin revolucionar la estructura económica de una sociedad.

La condición necesaria para que un grupo social pueda convertirse en hegemónico es su posición dominante en las relaciones económicas que se dan dentro de la sociedad nacional. Condición necesaria pero no suficiente. En efecto, el grupo económicamente dominante tiene inevitablemente que construir un proyecto económico que le permita conjugar y atraer los intereses de diferentes clases sociales subalternas. Solo a raíz de estas concesiones y alianzas, que llegan a constituir un determinado paradigma económico, los grupos oprimidos pueden percibir el dominante como defensor del *interés general*. Ésta es, entonces, la hegemonía económica: fundamento de cualquier hegemonía ético-política.

Ahora bien, la estructura económica es determinante y central en la cuestión de la hegemonía, pero (y porque) ésta puede ser determinada por la acción y la deliberación política. Significa que, según Gramsci, lejos de cualquier interpretación economicista de la realidad social, el Estado burgués en las modernas sociedades nacionales no solamente interviene en el mercado para conseguir la funcionalidad de la reproducción del capital, sino también con el fin de construir la hegemonía de la clase dominante. En efecto, alcanzar la hegemonía es una condición imprescindible para dominar las sociedades capitalistas modernas, esencialmente por dos razones vinculada entre ellas:

a) en la sociedad contemporánea el poder no se basa solamente en el monopolio de la violencia estatal contra los subalternos; es imprescindible el consentimiento de la sociedad civil;

³⁸ Véase G. Arrighi (1999, p- 44-45)

b) además de favorecer la consolidación del poder, la hegemonía permite la máxima expansión de poder para la clase dominante. (Gramsci, 1975). Parafraseando el análisis de Hannah Arendt sobre el imperialismo, podemos notar que siendo el capitalismo un sistema económico que tiende a la expansión infinita, la clase de capitalistas necesita expandir infinitamente su poder político.

Tomando como referencia el concepto de hegemonía gramsciana para el estudio del sistema internacional, Arrighi (1999, p. 44) afirma que un “Estado dominante ejerce una función hegemónica si dirige el sistema de Estados en la dirección deseada y ello se percibe como la prosecución del interés general. Este tipo de liderazgo es el que hace hegemónico al Estado dominante”.

Teniendo en cuenta que “es más difícil definir el interés general en el ámbito del sistema interestatal que en el ámbito de los Estados individuales”, el autor explica que el poder hegemónico de un Estado jamás puede llegar a involucrar todo el sistema internacional. Al contrario, solamente puede “incrementarse para un grupo particular de Estados a expensas de todos los restantes... la hegemonía del líder de ese grupo es a lo sumo, “regional” o “coalicional”, no constituyendo una verdadera hegemonía mundial” (Arrighi, 1999, p. 45).

Por ende, Arrighi (1999, p. 42-43) adopta el concepto de “hegemonía mundial” para indicar

“el poder de un Estado para ejercer funciones de liderazgo y gobierno sobre un sistema de Estados soberanos. En principio, este poder puede implicar tan sólo la gestión ordinaria de ese sistema tal como se encuentra instituido en un momento dado. Históricamente, sin embargo, la autoridad sobre un sistema de Estados soberano ha implicado siempre cierto tipo de acción transformadora, que ha cambiado el modo de funcionamiento del mismo de forma fundamental”.

Si bien el autor es hábil en el realizar la trasposición teórica del concepto (de las sociedades nacionales al sistema interestatal), al contrario, no parece desarrollar una argumentación coherente con la esencia última del concepto gramsciano de “hegemonía”. Veamos el porqué.

Arrighi sitúa los orígenes de la hegemonía internacional en la tendencia sistémica a la generación de una situación de caos: entendido como la ausencia de una organización en el espacio internacional, y en la capacidad de un Estado de “imponer un nuevo orden internacional” como solución a estas situaciones que se repiten en la historia. “Cuando el caos sistémico se incrementa, la demanda de “orden” (...) tiende a generalizarse cada vez más entre quienes ejercen la dominación, entre los sujetos sometidos a la misma o entre ambos. Al Estado o al grupo de Estados que se hallen en condiciones de satisfacer esta demanda sistémica de orden se les presenta la oportunidad de convertirse en potencias hegemónicas mundiales” (Arrighi, 1999, p. 46).

Así interpretada, la hegemonía parece ser el producto de unos ciclos económicos que mecánicamente llegan a situaciones de caos y de la capacidad de un Estado de *poner orden*. Al contrario, Gramsci utiliza el concepto de “hegemonía” precisamente para polemizar contra las tesis economicistas, por el hecho de no entender un aspecto esencial de la dinámica económica en la sociedad moderna: “el ser determinada por la acción política” y en absoluto solamente por leyes mecánicas, ajenas al factor humano, en este caso político. (Burgio, 2014, p. 228).

Lejos de ser una mera especulación académica, esta diferente interpretación terminológica esconde dos universos filosóficos bien distintos. La acepción gramsciana de “hegemonía” considera la lucha de clase un elemento esencial para las relaciones de poder. Al contrario, como notan J. Chingo y G. Dunga (2001, p. 3), en la teoría de las *sucesiones hegemónicas* de Arrighi desaparece la lucha política del análisis económico internacional. “El cambio ocurre como resultado de la acumulación estructural de contradicciones. Es una visión de la historia en donde no hay posibilidad de ruptura y transformación revolucionaria de la sociedad, sino una repetición cíclica - aunque cada vez más complejizada- de las unidades estatales y de la empresa capitalista. La dialéctica estado-capital son las únicas agencias de cambio dentro del proceso histórico que percibe Arrighi. El “caos sistémico”, que se genera cuando finaliza el momento de acumulación capitalista y comienza la expansión financiera de la potencia hegemónica, y que genera una exacerbación de la competencia interestatal entre las potencias del centro y de los procesos sociales, siempre se resuelve con el reemplazo de la antigua hegemonía por un nuevo poder estatal y económico emergente”.

De hecho, si Arrighi hubiera considerado con mayor atención esta cuestión, se hubiera interrogado sobre otro aspecto del problema de la “hegemonía” en ámbito interestatal. ¿Se pueden considerar las dinámicas de competición entre gobiernos para la “hegemonía mundial”, idénticas, o por lo menos parecidas, a la lucha entre clases sociales para el poder político que se desarrolla en un “Estado individual”?

A tal propósito, resulta interesante la visión de Samir Amin, y en particular el núcleo central de su análisis de la “acumulación mundial” en un sistema dividido por “centro y periferia”. El pensador egipcio opina que la cuestión del imperialismo tiene que interpretarse esencialmente como un problema entre *formaciones capitalistas* (las sociedades nacionales) diferentes³⁹, donde lo político es dominante y por eso no se puede realizar una interpretación economicista del problema (Amin, 1970).

Siguiendo esta visión, podríamos afirmar que las *formaciones sociales* ocupan en la lucha por la hegemonía mundial el sitio que ocupan en el método gramsciano las clases sociales en competición para el poder estatal. En cualquier caso, hay que tener bien en cuenta que el método propio de la geopolítica para analizar el sistema internacional a menudo tiende a considerar los Estados como última entidad de análisis de la realidad, ocultando así las diferencias y las luchas de clase interiores a las fronteras estatales. Al contrario, todo lo que ocurre en el interior de una sociedad

³⁹ Para una reflexión detallada sobre esta cuestión, véase el capítulo VIII.2 de Vidal Villa (1980)

nacional es imprescindible para el estudio del espacio internacional, ya que hay una relación dialéctica entre la lucha de clases que se realizan dentro un Estado y sus políticas internacionales (Cueva, 1974).

En conclusión, se considera sumamente útil usar, o por lo menos inspirarse en el concepto de “hegemonía” elaborado por Gramsci también en un ámbito internacional, pero siempre que se respete su significado original (histórico-materialista se podría decir). Aclarado esto y teniendo en cuenta todas las observaciones hechas, nos preguntamos si es posible hablar de una posición de hegemonía internacional de los Estados Unidos tras el segundo conflicto mundial.

El ya citado experto internacionalista Joseph S. Nye (2015) es muy escéptico con quienes contestas afirmativamente a la pregunta. “quienes hablan de la hegemonía americana a partir de 1945 no tienen en cuenta que la Unión Soviética tuvo un poder militar equiparable al de los EE.UU. (...) Algunos analistas califican el período posterior a 1945 de orden jerárquico encabezado por los EE.UU. con características liberales, en el que los EE.UU. brindaban bienes públicos dentro de un sistema poco rígido de normas e instituciones multilaterales que dejaba voz y voto a otros Estados más débiles. (...) Pero, por lo que se refiere a la era de una supuesta hegemonía de los EE.UU., siempre ha habido mucha ficción mezclada con la realidad. Más que un orden mundial, fue un grupo de países con una mentalidad similar, la mayoría de ellos situados en el continente americano y en la Europa occidental, que comprendía menos de la mitad del mundo y sus efectos para con los que no eran miembros de él – incluidas potencias importantes como China, la India, Indonesia y el bloque soviético– no siempre fueron benignos. En vista de ello, sería más preciso llamar “semihegemonía” la posición de los EE.UU. en el mundo”.

Si bien es oportuno recordar que el bloque soviético queda fuera, no parece ser equivocado hablar de una hegemonía estadounidense en el sistema capitalista posbélico. A respecto, Arrighi (1999, p. 85) explica como: “los Estados Unidos lograron desempeñar una función hegemónica, en primer lugar, dirigiendo el sistema interestatal hacia la restauración de los principios, normas y reglas de Westfalia y, posteriormente, gobernando y remodelando el sistema que habían restaurado. (...) Esta capacidad de rehacer el sistema interestatal se basaba en la opinión, ampliamente difundida entre los gobernantes y los sometidos al sistema, de que los intereses nacionales del poder hegemónico concretizaban el interés general. Esta opinión se vio estimulada por la capacidad demostrada por los gobernantes estadounidenses de plantear y de proporcionar una solución a los problemas alrededor de los que había girado la lucha por el poder entre fuerzas revolucionarias, reaccionarias y conservadoras desde 1917”.

La solución a estos problemas (el derecho a la autodeterminación nacional y la emancipación proletaria) serían a) la creación de la comunidad nacional materializada en la formación de las Naciones Unidas, para resolver las cuestiones nacionales; y b) que “la provisión de medios de vida a todos los individuos se convirtió en el objetivo primordial que debían perseguir los miembros del sistema interestatal” para atenuar los

conflictos sociales. “La ideología de la hegemonía estadounidense ha elevado el bienestar de todos los individuos (“un consumo de masas elevado”) por encima de los derechos absolutos de propiedad y los derechos absolutos de gobierno” (Arrighi 1999, p. 86).

Coherentemente con las reflexiones anteriormente desarrolladas, resulta fundamental analizar un aspecto esencial que trasciende la dimensión interestatal y llega al corazón de las relaciones productivas (vinculada con el segundo punto que acabamos de ilustrar).

La supremacía estadounidense significó la supremacía del modelo fordista de la reproducción capitalista, no solamente sobre el viejo modelo económico del libre comercio británico, sino también sobre los proyectos económicos de los fascismos europeos. En efecto, Gramsci (1975) consideraba el fascismo como una versión italiana del fordismo (que llama americanismo). Tanto el americanismo como el fascismo fueron interpretados por el comunista sardo como un conjunto de modificaciones -más o menos profundas- de las estructuras económicas y de transformaciones políticas, orientadas a solucionar la crisis del capitalismo pero sin eliminar la explotación burguesa en contra de las clases trabajadoras (Burgio, 2014).

Gramsci definió el fordismo, como el fascismo, una *revolución pasiva*: una reestructuración profunda del sistema político y económico del paradigma capitalista, y de las relaciones entre sociedad y economía, que cristaliza las jerarquías sociales, en lugar de erradicarlas como se plantean las revoluciones socialistas. (Burgio, 2014).

El taylorismo se había centrado sobre la descomposición del proceso productivo para minimizar los tiempos improductivos; el fordismo parte de esta intuición de parcelación del trabajo e introduce la cadena de montaje junto a una centralización de las funciones que están relacionadas con la valorización del capital (Burgio, 2014, p. 299). Las innovaciones que provocó incidieron profundamente no solamente en el sistema económico; Gramsci se centrará prevalentemente en las consecuencias sobre la *subjetividad obrera*, pero en sus estudios subrayará también el carácter necesario para el capitalismo de la expansión internacional de este modelo (Burgio, 2014).

Estas observaciones son esenciales a la hora de reflexionar sobre la hegemonía de los Estados Unidos en el mundo capitalista tras la posguerra. No solamente la peculiaridad del sistema político, libre de residuos parasitarios del feudalismo, sino también su proyecto económico, basado en el nuevo paradigma tecnológico fordista, permitió al Estado norteamericano de conseguir la hegemonía internacional. Todas las otras burguesías nacionales de Occidente encontraron en el apoyo y en el modelo industrial de EEUU una forma de relanzar las economías y permitirse un pacto con las clases trabajadoras gracias a los altos niveles de producción industrial.

En el contexto y en las lógicas de la Guerra Fría, los Estados Unidos se concentraron en tres áreas geográficas: a) en Europa occidental se adoptó el Plano Marshall para poner en pie la gigantesca recuperación de las economías y de las industrias; b) América Latina se convirtió en área reservada para la inversión estadounidense, excluyendo las otras potencias; c) en el Sur, la descolonización de

diversos países de Asia, de Oriente Próximo y de África permitió movilizar nuevos capitales productivos ahogados por el vejeo colonialismo o administrados por las metrópolis europeas (Wallerstein, 2004).⁴⁰

Podríamos afirmar que el nuevo paradigma consiguió de alguna forma encontrar soluciones temporales a la crisis estructural del capital en los países centrales. “La especulación financiera se mantuvo relativamente restringida y confinada territorialmente. La concepción “keynesiana” del gasto público se correspondía con la dinámica de lucha de clases existente en cada Estado-nación y se orientaba hacia los problemas de redistribución de la renta. (Harvey, 2004, p. 59)

Por otro lado, en las áreas periféricas, y entonces con los nuevos países independientes, la Casa Blanca “tomó como modelo su larga experiencia en el trato con las Repúblicas Independientes de América Latina durante el periodo de entreguerras. Relaciones comerciales privilegiadas, clientelismo, patronazgo y coerción encubierta fueron (...) los principales instrumentos de control” (Harvey, 2004, p. 57). Así, la descolonización no significó el culmine de la explotación imperial, sino que el inicio de una nueva etapa imperialista.

Gracias al “desarrollismo” (que hemos ilustrado en el anterior apartado), la expansión geográfica del capital encontró nueva vitalidad, sin recurrir al uso de las armas y mediante la consolidación de un sistema de alianzas más o menos voluntarias con las burguesías de los países del Sur, que se convierten así en oligarquías al servicio del imperialismo. El desmantelamiento de los viejos imperialismos europeos respondía a la necesidad estadounidense de crear un orden internacional más funcional y oportuno para una nueva dinámica de reproducción ampliada del capital basada en el desarrollo, el comercio y la inversión privada (Harvey, 2004, p. 59). Esta nueva situación de dependencia y subyugación de las viejas colonias, vino poco a poco denominada como “neocolonialismo”.

Como señala D. Strangio (2011, 126) en la Tercera Conferencia de los pueblos panafricanos (El Cairo 1961) el neocolonialismo se definió como “la supervivencia del sistema colonial no obstante el reconocimiento formal de la independencia política en los Países emergentes, convertidas en víctimas de una sutil e indirecta dominación por parte de fuerzas políticas y sociales militares y tecnológicas”. Pero, como nota la misma autora, resulta extremadamente interesante la puntualización de Archje Mafeje quien polemiza con las definiciones que ofuscan la diferencia entre las relaciones coloniales y neocoloniales. El sociólogo sudafricano explica lucidamente que el neocolonialismo, no obstante sea acompañado por presiones, injerencias y prevaricaciones, no acaba de ser una relación contractual. Es decir, una alianza entre el imperialismo y las nuevas burguesías locales. De hecho, el líder del proceso de liberación nacional de la Guinea Bissau, Amílcar Cabral subrayó en su escrito sobre la estructura social de su país la convicción de que la descolonización consistió en una estrategia imperialista para solucionar contradicciones con las burguesías locales y consolidar su dominación económica (Strangio, 2011, p. 27).

⁴⁰ Veremos con más detalles esta cuestión en el apartado 3.3

Otro gran político africano, Kwame Nkrumah explicó hábilmente los mecanismos imperiales de las relaciones neocoloniales, dentro de la nueva estrategia de expansión internacional del capitalismo liderada por Estados Unidos.

La aparición de nuevos Estados del surgimiento colonial hizo surgir el problema de cómo retener a estos países dentro de las relaciones coloniales una vez suprimido el control abierto. Esto inició una nueva fase del imperialismo: la de la adaptación del colonialismo a la nueva condición de eliminación del señorío político de las potencias coloniales, la fase de que el colonialismo ha de mantenerse por otros medios (N'krumah, 1966, p. 43)

Además, el líder gánense ilustró en su obra “Neocolonialismo. Última etapa del imperialismo” (1966) la lógica depredadora de los monopolios europeos y estadounidenses con los países africanos. “Son los países menos desarrollados los que continúan llevando la carga del desarrollo en aumento de los más desarrollados. (N'krumah, 1966)”. Todas las viejas colonias que se rebelaban, como Cuba, a las nuevas condiciones del imperialismo, se enfrentaron (con resultados muy diferentes) a la vieja violencia imperialista.

En definitiva, la hegemonía internacional de Estados Unidos fue la base de la denominada “edad de oro” del capitalismo, caracterizada por el crecimiento keynesiano en el centro y nuevas formas de colonialismo en la periferia. Harvey (2004, p. 59) con razón define esta fase como la “segunda etapa de dominio político de la burguesía, bajo la hegemonía global estadounidense”. Si bien esta fase se caracterizó por un fuerte éxito del proyecto capitalista occidental, no fue libre de problemas y contradicciones. Entre las contradicciones más importantes –señala siempre Harvey (2004)- está la consolidación de un “complejo militar-industrial” dentro de la economía dominante, (señalado en el famoso discurso de despedida de Eisenhower y consecuencia del explotar de la confrontación entre Washington y Moscú). En otros términos, en estos años surgió en Estados Unidos una industria militar, de la cual depende fuertemente la estabilidad económica del país, con una peligrosa influencia sobre los aparatos estatales. Pero, también otro importante problema se presentaba para el liderazgo de la Casa Blanca. La concentración de los flujos de capitales en el mundo capitalista avanzado (descrita en los anteriores apartados) determinó una fuerte y rápida recuperación de potencias como Alemania y Japón, que lenta pero inexorablemente hacía la economía de Estados Unidos más vulnerable a la competencia internacional.

Parte Segunda

4. EL ORDEN NEOLIBERAL

4.1 La crisis del imperialismo y la respuesta neoliberal.

"El neoliberalismo no es una teoría del desarrollo, el neoliberalismo es la doctrina del saqueo total de nuestros pueblos."

Fidel Castro, Discurso en la clausura del IV Encuentro del Foro de Sao Paulo, 1993.

En la segunda mitad de los años '60 el sistema económico creado por los Estados Unidos en Bretton Woods entró en una crisis irreversible. Así como escribía Ernest Mandel en 1971, el síntoma principal del empeoramiento de las condiciones de acumulación internacional del imperialismo se manifestó en "el serio deterioro de la situación de la economía capitalista internacional" (Mandel, 1974, p. 119). Ese deterioro se concretizó dentro de los países capitalistas avanzados como un problema de "estanflación": tasas de desempleo crecientes se presentaban contemporáneamente a una fuerte inflación, poniendo fin a las dos décadas de alto crecimiento⁴¹.

La estanflación de las economías imperialistas (Estados Unidos, Japón y Europa) golpeaba profundamente la reproducción ampliada del capitalismo internacional en una fase histórica caracterizada por niveles de gastos militares que no tenían ningún precedente. Tanto los Estados Unidos, como los países europeos, habían emprendido en los años precedentes una carrera armamentista en nombre de la oposición al bloque soviético y a la expansión del comunismo. Como ya queda apuntado en los últimos pasajes del anterior apartado, el Estado norteamericano se veía atrapado en un complejo tejido industrial militar de un peso enorme. También la economía de Japón (el brazo asiático del sistema hegemónico por Washington) vivía en aquellos años una fuerte fase de militarización. Es por eso que era imposible buscar una solución temporal a la crisis mediante una ulterior expansión capitalista en el rearme de los Estados. En efecto, "con objeto de lograr esta recuperación, el gasto militar debía incrementarse hasta llegar a un nivel en que incluso Estados Unidos no podría sostenerlo en épocas de paz" (Mandel, 1974, p. 122).

De hecho, uno de los factores principales que había provocado la inflación en Estados Unidos estaba vinculado precisamente al exceso de gasto militar. Los costes de la invasión a Vietnam resultaron fatales, y dentro de un paradigma económico que no podía renunciar a hinchar e hinchar cada vez más el consumo de la población éstos

⁴¹ La solución a esta situación de estanflación no se encontraba dentro de las medidas anticíclicas del modelo keynesiano. Ya que la teoría de Keynes no consideraba que el problema de un alto desempleo pudiera presentarse simultáneamente a una fuerte inflación, y viceversa.

se convirtieron en insostenibles. Destinar los capitales a la compra de armas podía ser una solución a corto plazo, sin embargo no solucionaba el problema estructural de sobreacumulación. Se volvía a hacer presente, entonces, una falta de opciones para realizar inversiones rentables, y no quedaba más solución que reestructurar profundamente el “desarrollo internacional” del MPC.

En definitiva, “el resultado fue una crisis presupuestaria del Estado desarrollista vigente en Estados Unidos, que se intentó contrarrestar de modo inmediato mediante el ejercicio del derecho al señoreaje y a la emisión de más dólares, lo que dio lugar a presiones inflacionistas a escala mundial que generaron (...) una explosión del capital ficticio en circulación sin ninguna perspectiva de realización” (Harvey, 2004, p. 61). Por ende, todas las tentativas de Washington por salir de la crisis a través de una inflación voluntaria tenían consecuencias graves sobre los sistemas monetarios de los aliados imperialistas, e incluso de los no aliados.

En el plano monetario, los límites del imperialismo estadounidense se manifestaban bajo una “contradicción inextricable entre el dólar, instrumento de lucha anticrisis en Estados Unidos y en el mundo capitalista de una parte, y el dólar, moneda de reserva del sistema monetario internacional de otra parte” (Mandel, 1974, p. 186). Pero, no era solo ésta la grieta que desestabilizaba los fundamentos monetarios del orden internacional. Había también una segunda contradicción entre las dos funciones que tenía el dólar: la de medio de cambio y la de pago (al mismo tiempo) de la economía imperialista. “Dentro del primer papel, el dólar *debía* ser tan abundante como fuera posible (...) *al contrario*, dentro del segundo papel, debía ser tan estable como fuera posible” (Mandel, 1974, p. 186).

Estas contradicciones eran el reflejo de un conflicto de intereses entre segmentos diferentes de la burguesía mundial⁴². La estrategia imperial de la hegemonía norteamericana para impedir atritos y fricciones en el campo imperialista manifestaba sus límites.

Además, la oposición al proyecto de quien quedaba fuera de las alianzas de Washington ponía en peligro la conservación del estatus quo en la mitad capitalista del mundo bipolar. En efecto, en aquellos años, el gobierno de Estados Unidos no solamente no consiguió aplastar la resistencia popular en la lejana tierra asiática del Vietnam, sino que ya había sufrido un fracaso en el intento de derrotar la Revolución Cubana en su “patio trasero” latinoamericano. Así, la hegemonía estadounidense y su red de alianzas subalternas estaban amenazadas.

Por otro lado, en los Estados Unidos como en todo el mundo capitalista avanzado, las concesiones hechas a la clase trabajadora en cuanto a derechos laborales y retribuciones salariales habían limitado inevitablemente los márgenes de beneficios

⁴² En particular, en la segunda se reflejó un conflicto entre diversos actores capitalistas. “Quien *vendían* y *compraban* productos a Estados Unidos, principal sector del mercado mundial, *estaban* interesados en un aprovisionamiento abundante, es decir inflacionista, en dólares (...). Pero aquellos que *tenían* haberes en dólares (...) evidentemente *estaban* interesados al máximo en la estabilidad del poder de compra del dólar. Los bancos centrales del mundo entero y la mayor parte de los bancos privados se *encontraban* en la segunda categoría; una buena parte de los trust industriales se *encontraban* dentro de la primera” (Mandel, 1974, p. 186).

de las clases burguesas. Sin olvidar que “una condición del acuerdo posbélico en casi todos los países fue que se restringiera el poder económico de las clases altas y que le fuera concedida a la fuerza de trabajo una mayor porción del pastel económico”(Harvey, 2007, p. 21). Tal como lo expresa el economista ecuatoriano Pedro Páez (2014), “en aquellos años de crecimiento keynesiano los mismos salarios se habían convertido en mercado: los aumentos de los sueldos para la clase trabajadora de las economías capitalistas avanzadas se transformaban -gracias al consumismo fordista- en incremento de los consumos domésticos”.

Pero, este paradigma había entrado en crisis. Mientras los Estados (también por las razones antes ilustradas) ya no podían hacerse cargo de financiar las industrias a través del endeudamiento; a causa de los bajos rendimientos las burguesías no invertían más y el desempleo crecía. Después de haber gozado de dos décadas con el viento en popa, las élites capitalistas tenían que enfrentar un importante problema político debido a la mala coyuntura económica. “Tener una participación estable de una tarta creciente es una cosa. Pero cuando en la década de 1970 el crecimiento se hundió, los tipo de interés real fueron negativos y unos dividendos y beneficios miserables se convirtieron en la norma, las clases altas de todo el mundo se sintieron amenazadas” (Harvey, 2007, p. 22). El pacto social del capitalismo entró en un callejón sin salida.

En definitiva, las razones de las turbulencias del sistema imperialista se encontraban en la crisis del modelo keynesiano, del crecimiento fordista y de la expansión intraimperialista del New Deal: verdadero fundamento de la hegemonía internacional estadounidense. “El descontentos se extendió y la unión del movimiento obrero y de los movimientos sociales en gran parte del mundo capitalista avanzado parecía apuntar hacia la emergencia de un alternativa socialista al compromiso social entre el capital y la fuerza de trabajo que de manera tan satisfactoria había fundado la acumulación capitalista en el periodo posbélico. En gran parte de Europa, los partidos comunistas y socialistas estaban ganando terreno, cuando no tomando el poder, y hasta en los Estados Unidos las fuerzas populares se movilizaban exigiendo reformas globales así como intervenciones del Estado” (Harvey, 2007, p. 20).

Ahora bien, en su extensa obra “La economía de la turbulencia global”, Robert Brenner (2009) explica cómo a la hora de referirse a la crisis de aquellos años el peso de las relaciones de clase no debería ocultar otros importantes factores que incidieron. Se puede afirmar que si bien el avance del movimiento obrero ocasionó la reacción de las burguesías nacionales a la crisis de “estanflación”, fue la reaparición de la competición interimperialistas quien la causó.

Tal y como hemos explicado anteriormente, el deterioro de la economía internacional fue una expresión de la inestabilidad económica norteamericana; tanto las medidas inflacionistas, como las políticas de estabilización del dólar, que intentaban poner fin a la crisis de los presupuestos estatales y a la estanflación provocaban un efecto negativo en cadena en todo el mundo capitalista avanzado.

Pero, ¿cuál fue el problema que causó desempleo e inflación al mismo tiempo, bloqueando el motor “made in USA” de la época dorada del capitalismo keynesiano? ¿Por qué las burguesías nacionales no podían seguir permitiéndose llegar a pactos con los sindicatos? “El origen del problema de rentabilidad no era una mala distribución de poder o de los ingresos en favor de los trabajadores, sino más bien la prolongada incapacidad para deshacerse del exceso de capacidad y de producción en el sector industrial al que se debió su inicio” (Brenner, 2009, p. 301).

Y esto, como hemos anticipado, estaba vinculado a la competición interimperialista; en particular a la contradicción entre los monopolios industriales con origen en Estados Unidos y aquellos de Alemania y Japón. Las máquinas industriales alemana y japonesa se habían reavivado precisamente gracias al New Deal incluido en el “paquete” de la hegemonía internacional norteamericana, provocando efectos indeseados a largo plazo. En efecto,

“la masiva inyección de productos industriales de bajo coste japoneses y alemanes en el mercado mundial durante la segunda mitad de la década de 1960 precipitó un exceso internacional de capacidad y de producción, presionando a la baja sobre la rentabilidad industrial en el conjunto de los países capitalistas avanzados, aunque fueran los fabricantes estadounidenses los que soportaran en un primer momento lo más pesado de la carga” (Brenner, 2009, p. 287).

En definitiva, la crisis que empieza en la segunda mitad de la década de 1960 en Estados Unidos -y que debido a la posición neurálgica del país se propagó a todos los centros económicos- estaba vinculada a la competencia entre los monopolios industriales. Y era el resultado de la misma estrategia imperial de Estados Unidos.

El modelo keynesiano y fordista, que Estados Unidos había ofrecido al capitalismo avanzado para impedir el renacimiento de los conflictos interimperialistas, no había podido evitar el resurgimiento de una nueva competencia entre los actores globales. Como nota Berberoglu (1995), las ventajas del Plano Marshall y de la reavivación del capitalismo japonés se habían acabado. Ahora, la economía europea y la japonesa crecían más que la estadounidense. Además, “los problemas derivados del exceso de capacidad y de producción industrial en los países capitalistas avanzados se exacerbaban durante la década de 1980 por la incorporación acelerada de los cuatro países asiáticos recientemente industrializados (Corea, Taiwán, Singapur y Hong-Kong) y de Asia oriental en general al mercado mundial” (Brenner, 2009, p. 349-350).

Otra vez, se verificaba la intuición de Lenin de una imposible realización armoniosa y sin conflictos del desarrollo internacional del capitalismo monopolista⁴³. Pero, todas las modificaciones económicas y políticas ocurridas al interior del sistema imperialista en la posguerra, así como la presencia de la URSS como bloque

⁴³ El capítulo 11 de la ya citada obra de Robert Brenner representa un análisis agudo de la panorámica general que llevó al declive del keynesianismo durante la década de 1970. En esta parte del libro, el autor se centra en el estudio de la economía norteamericana, japonesa y alemana.

alternativo dentro del sistema-mundo capitalista, hicieron que la reacción fuese radicalmente distinta a la que provocó la Gran Guerra de inicio siglo.

Los conflictos entre los diferentes polos se daban ahora en un contexto de centralización del capital internacional y de gran interdependencia entre las economías nacionales. Por ejemplo, el capital europeo estaba fuertemente vinculado a (si no en las manos de) las fuerzas industriales norteamericanas. Se podría decir que la crisis era nacional por la forma en que se manifestaba, pero por su alcance y raíces era esencialmente transnacional, de todo el mundo capitalista en general. Finalmente, fue este el telón de fondo que abrió el ascenso del orden neoliberal en el sistema internacional, a partir de dos centros estratégicos como Estados Unidos y Gran Bretaña.

“La “revolución” de Reagan-Thatcher se presentó, en aquellas circunstancias, como proyecto destinado a solventar los problemas económicos subyacentes que el keynesianismo había disimulado y perpetuado. Se proponía, mediante la restricción del crédito y del endeudamiento público, no sólo contener la escalada salarial, sino también destruir el reducto de empresas de alto coste y bajo beneficio apuntalado por la expansión keynesiana del crédito durante la década anterior, que obstruía la restauración de la rentabilidad global media, y pretendía elevarla para las empresas más lozanas aliviándolas de las cargas por el lado de la oferta constituidas supuestamente por unos sindicatos todopoderosos, salarios excesivamente altos, impuestos abrumadores y una exagerada regulación estatal” (Brenner, 2009, p. 345).

En otros términos, el programa neoliberal se propuso golpear directamente los obstáculos a la reproducción ampliada del capital internacional, disminuyendo la capacidad industrial para salir de la crisis de sobreacumulación y por ende de la reducción de la rentabilidad. Pero, si por un lado las medidas monetaristas neoliberales consiguieron reducir la capacidad de producción (condenando a muerte las empresas menos eficientes y competitivas), por el otro contrajeron de manera excesiva la demanda global. El resultado fue una falta de estímulos necesarios para nuevas inversiones productivas. Paradójicamente, “el monetarismo sólo pudo salvar la economía destruyéndola” (Brenner, 2009, p. 346). En definitiva, “la puesta en práctica del thatcherismo-reaganismo, que recibió un respaldo ideológico y material abrumador con la caída de la Unión Soviética, debía supuestamente desencadenar energías empresariales previamente constreñidas por los elevados impuestos, un mercado laboral inflexible (...) *Pero* parece incapaz de comportarse ni la mitad de bien que durante la década de 1960, quizás haya que cuestionar el dogma de que cuanto más libre es un mercado mejor es su rendimiento económico” (Brenner, 2009, p. 417)

En realidad, más que liberar las energías de las fuerzas empresariales, la reestructuración neoliberal de la economía

“desmanteló progresivamente los vínculos legislativos que impedían al capital financiero y transnacional de obtener la importancia económica y política necesaria para reorientar la gestión de la crisis hacia soluciones más favorables a sus estrategias de acumulación” (Vasapollo, Hosea, & Galarza, 2005, p. 132).

Con la subyugación al capital financiero y transnacional, se cayó el sistema de gestión estatal que en el modelo keynesiano y fordista de las dos décadas posbélicas permitían a los Estados realizar una mediación y regulación del conflicto social. En otros términos, la liberación del capital financiero como forma de enfrentar la caída de la tasa de beneficio en la producción industrial y la destrucción del pacto social keynesiano son las dos caras de la misma moneda: el neoliberalismo (Vasapollo, Hosea, & Galarza, 2005). En definitiva, la restructuración neoliberal fue una ofensiva patronal (Brenner, 2009), un proyecto de clase (Harvey, 2007)⁴⁴ y al mismo tiempo una solución de Estados Unidos a las contradicciones internas del campo imperialista, y como veremos con las periferias del sistema.

Para sobrevivir, la arquitectura de la hegemonía internacional de los Estados Unidos tuvo que cambiar inevitablemente de forma. En primer lugar, el gobierno de Washington decidió terminar unilateralmente con el respeto de las reglas del sistema monetario que había impuesto en Bretton Woods. Como bien se sabe, la ruptura del sistema monetario internacional se da con la decisión de abolir el tipo de cambio fijo en el 1971. Con esta medida, “se abandonó el oro como base material del valor de las monedas y a partir de entonces el mundo tuvo que vivir con un sistema monetario desmaterializado” (Harvey, 2004, p. 62). Así, los Estados Unidos descargaban sobre las finanzas internacionales la crisis de su industria y de su balanza comercial.

En los últimos meses de 1973, el shock petrolífero debido a las políticas de presión de los países exportadores hizo explotar el precio del oro negro. Se generó así el famoso fenómeno de la inundación de los petrodólares en los bancos estadounidenses y europeos, que en una situación de inflación galopante los reciclaron en los países de la periferia capitalista (especialmente en las economías latinoamericanas), endeudándola y subyugándola así a las necesidades del capital financiero.

En este contexto, (hemos llegado ya al 1979), a través del denominado shock de Paul Volcker (entonces presidente de la Federaar Reserve y hoy hombre de confianza de la administración Obama) el gobierno de Estados Unidos sofocó la inflación, *a cualquier coste*. “El antiguo compromiso del estado-liberal demócrata estadounidense con los principios del New Deal, que en términos generales implicaba políticas fiscales y monetarias keynesianas que tenían el pleno empleo como objetivo primordial, fue abandonado para ceder el paso a una política concebida para sofocar la inflación con

⁴⁴ En sus obras, ambos los autores aportan datos y estadísticas sustanciales sobre la brusca acentuación de las desigualdades sociales que advienen en aquellos años de reajuste neoliberal dentro los países del capitalismo avanzado.

independencia de las consecuencias que pudiera tener sobre el empleo” (Harvey, 2007, p. 30).

Esta drástica transformación monetarista era un primer paso para el reajuste imperial de Estados Unidos. Con la elección de Reagan se completó el nuevo aseo político ya iniciado por Nixon y Carter. “La Administración de Reagan proporcionó entonces el indispensable apoyo político mediante una mayor desregulación, la rebaja de los impuestos, los recortes presupuestarios y el ataque contra el poder de los sindicatos y de los profesionales” (Harvey, 2007, p. 31).

Se realiza aquí un pasaje trascendental en las dinámicas imperialistas. En la posguerra la alianza interimperial basada en la expansión fordista y el modelo keynesiano había encontrado una forma de proteger y promover la lógica de expansión de los capitales. Cuando el gobierno de Washington ve socavarse su posición dominante dentro de ese paradigma de crecimiento industrial contrataca reafirmando su primacía en el sector financiero (Vasapollo, Hosea, & Galarza, 2005) (Harvey, 2004). Esta decisión, además de ser la consecuencia de su creciente vulnerabilidad a la competición internacional en la producción industrial y en el comercio, también fue un factor fundamental a la hora de determinar su ulterior declive. “En 1980 quedó claro que el sector industrial estadounidense no era sino un complejo entre muchos otros que operaba en un entorno global altamente competitivo, y que su única forma de sobrevivir era consiguiendo cierta superioridad (normalmente temporal) en la productividad y el diseño y el desarrollo de determinadas mercancías. En otras palabras, ya no era hegemónico” (Harvey, 2004, p. 64).

La Casa Blanca tenía larga experiencia en promover la expansión de su capitalismo sin recurrir, en la medida de lo posible, a las intervenciones militares directas⁴⁵. Ante estas nuevas condiciones geopolíticas y geoeconómicas, cuando no necesitaba implicarse en ninguna operación militar para conseguirlo (como en el caso del golpe al gobierno de Salvador Allende en Chile en el 1973), los mecanismos para expandir geográficamente el capital estadounidense empiezan a ser vinculados con estrategias financieras.

Cómo hemos explicado, los petrodólares habían invadido los bancos de los países del Sur endeudándolos gravemente; además el golpe de Volcker sofocando la inflación y subiendo drásticamente el tipo de interés real había transformado la deuda de los “países en vía de desarrollo” en una trampa de la que no se podía escapar. Puesto que los créditos estaban fijados en dólares, la excepcional subida del coste de la moneda estadounidense aumentó vertiginosamente su peso real, precipitando los países endeudados en una situación de impago. No les quedaba otra opción que pedir

⁴⁵ Ya hemos hablado en el precedente capítulo del neocolonialismo como mecanismo imperialista en la posguerra. Pero, como nota David Harvey (2009), ya desde la instauración controlada de la dictadura Somoza en los años '20 y '30 en Nicaragua el gobierno de Estados Unidos recurría a medidas alternativas a la invasión militar para hacer valer sus intereses. En esta ocasión, la invasión militar había sido derrotada por la resistencia del ejército del general de los “hombres libres” Cesar Augusto Sandino, y solo gracias a la estrategia de proporcionar el poder necesario a gobernar a Somoza los “gringos” pudieron mantener el país abierto al capital extranjero y a los intereses del capitalismo doméstico. Para un análisis detallado de la estrategia imperialista de EEUU en Nicaragua, véase Chomsky (2004, cap.2)

una refinanciación de la deuda que los bancos estadounidenses y europeos les concedieron a cambio de la imposición de “reformas neoliberales”. Que en extrema síntesis, quería decir abrir el país por todos los medios al capital financiero y transnacional.

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional ya no servían para financiar el desarrollo industrial y garantizar la estabilidad monetaria. “Se convirtieron a partir de entonces en centros para la propagación y la ejecución del “fundamentalismo del libre mercado” y de la ortodoxia neoliberal. A cambio de la reprogramación de la deuda, a los países endeudados se les exigía implementar reformas institucionales, como recortar el gasto social, crear legislaciones más flexibles del mercado de trabajo y optar por la privatización. Y he aquí la invención de los “ajustes estructurales” (Harvey, 2007, p. 36).

Como explica Joseph Stiglitz (2010) el primer caso de esta estrategia de imperialismo por medios financieros fue el de México en la primera mitad de la década de 1980⁴⁶. El caso mexicano demostró “una diferencia crucial entre la práctica liberal y la neoliberal, ya que bajo la primera los prestamistas asumen las pérdidas que se derivan de decisiones de inversión equivocadas mientras que, en la segunda, los prestatarios son obligados por poderes internacionales y por potencias estatales a asumir el coste del reembolso de la deuda” (Harvey, 2007, p. 36).

En un artículo escrito por el periódico español *El País* en el año 1985, Sergio Bitar, ministro de la minería en el gobierno chileno de Salvador Allende, señalaba con gran perspicacia cómo dos personajes tan influyentes como Henry Kissinger y Fidel Castro habían dedicado importantes discursos al tema de la deuda⁴⁷. Las condiciones entre acreedores y prestamistas no eran ya una cuestión marginal en las relaciones internacionales. Y tanto el líder de la Revolución Cubana como el Ministro de Washington tenían interés en elaborar en este ámbito oportunas estrategias políticas de sus diferentes bloques.

“Con anterioridad a 1973, la mayor parte de la inversión extranjera de Estados Unidos era de tipo directo y principalmente se encontraba relacionada con la explotación de recursos naturales (petróleo, minerales, materias primas, productos agrícolas) o con el cultivo de mercados específicos (telecomunicaciones, automóviles, etc.) en Europa y América Latina” (Harvey, 2007, p. 35). Después de aquel año (se recuerde el shock petrolífero y las enormes cantidades de dólares que inician a ser manejados por los bancos del capitalismo avanzado) se da un cambio de ruta. Los bancos de inversión en Nueva York cobraron mucha más importancia de la que ya tenían en las pasadas décadas, dedicándose ahora principalmente a conceder préstamos a gobiernos extranjeros.

⁴⁶ Entre 1982-1984, el gobierno de México declaró la imposibilidad de pagar la deuda.

⁴⁷ “Tanto Fidel Castro como Henry Kissinger han salido a la primera línea de la política, internacional para proponer un cambio sustantivo en la situación de la deuda externa de América Latina. Es notable esta coincidencia. Se trata de dos hombres de gran talento y percepción estratégica.” En *La deuda externa, Fidel Castro y Henry Kissinger*. 10 septiembre 1985, *El País*.

El imperialismo había entrado ahora en una nueva etapa, mediante el sector financiero podía subyugar los gobiernos de la periferia y maniobrar la expansión capitalista.

4.2 La gestión imperial de la mundialización capitalista.

La gente que vive en países desarrollados puede no darse cuenta de la devastación que traen las crisis financieras porque estas tienden a golpear mucho más fuerte a las economías en desarrollo que a los países industrializados. (...) Los fundamentalistas de mercado reconocen los beneficios de los mercados financieros, pero ignoran sus inconvenientes.

George Soros, “Globalización”.

Tras la caída de la URSS, en la década de 1990 el sistema capitalista se expandió a todo el territorio que hasta entonces era administrado por la potencia soviética. Además, puesto que los primeros pasos de la liberalización de la economía comunista de la República Popular de China habían iniciado con el entonces presidente Deng Xiaoping, en 1978 (un año antes de que Paul Volcker fuera puesto al mando de la Federal Reserve y que Margaret Thatcher fuera elegida Primera Ministra en Gran Bretaña) el Dragón asiático ya se había convertido en un vivaz polo del MPC. El capitalismo alcanzó entonces dimensiones efectivamente globales tras estos dos procesos, que representan dos ejemplos netamente diferentes de liberalización económica.

En un plano militar, la caída del gigante soviético dejó al gobierno de Washington en una condición de absoluta superioridad militar. El historiador E. Hobsbawm en el 2006 (p. 78) explicaba cómo “el principal activo para los proyectos imperiales... es el militar. El imperio estadounidense está más allá de cualquier competencia en el terreno militar y es probable que siga siendo así en el próximo futuro. Pero eso no quiere decir que sea absolutamente decisivo, como lo es en las guerras localizadas. (...) Evidentemente Estados Unidos no pretende ocupar el mundo entero; lo que pretende hacer es ir a la guerra, instaurar unos cuantos gobiernos amigos y volver a casa”.

Es cierto que los Estados Unidos hoy en día no tienen rivales en cuanto a fuerza militar (aunque esto no quiere decir que puedan ocupar todo el mundo, ya que persiste todavía el mecanismo de equilibrio nuclear con otros países, como por ejemplo Rusia). Pero, la cuestión militar parece hoy en día ser mucho más compleja que en el pasado. Ha cambiado enormemente la forma de la utilización de la violencia por parte de los Estados. Por lo tanto se considera que la cuestión de la dominación militar hay que

enmarcarla en las nuevas tipologías de conflicto que han aparecido en este amanecer turbulento del siglo XXI. De hecho, hoy en día la gestión militar de la dimensión mundial del capitalismo parecer tener más relación con la problemática del terrorismo que con las “viejas” confrontaciones interestatales. Se tratará de abordar el tema con más atención más adelante.

Otra reflexión se merece el impacto y la gestión económica del derrumbe soviético. En línea con la estrategia neoliberal, la transición de las viejas Repúblicas Soviéticas al capitalismo se realizó mediante la privatización de sus estructuras económicas. Éstas no solamente fueron absorbidas por el capital transnacional, sino que también puestas bajo sus intereses. En definitiva, estos países vivieron en la etapa de transición al capitalismo una reconversión de los tejidos productivos deformante y asimétrica para que fuera funcional a la lógica del capital dominante. Más que la realización de una verdadera transición a una “economía de mercado,” se podría hablar de extensión del imperialismo: los países del Este fueron subordinados a la incontenible necesidad de expansión del capitalismo más que a la libre competencia de los mercados. A tal propósito, Samir Amin (1998, p. 30-31) hace hincapié en la diferencia sustancial entre los conceptos de “economía de mercado” y de “economía capitalista”: “El capitalismo realmente existente no funciona como un sistema de competencia entre los beneficiarios del monopolio de la propiedad privada, ni entre sí mismos ni entre ellos y otros actores. Para funcionar el capitalismo requiere la intervención de una autoridad colectiva que represente al capital globalmente considerado”.

El caso de la incorporación de la vieja área soviética al mundo capitalista confirma esta idea del pensador egipcio: la transición fue gestionada para que estos países vinieran a constituir una nueva parte de la periferia, subordinada a los intereses del centro. Comparando el caso de la transición de la vieja URSS con la reconstrucción de la economía europea en la posguerra, las diferencias saltan a la vista. “Después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos inauguró el Plan Marshall, con beneficios duraderos para gran parte de Europa. Tras el desplome del imperio soviético no hubo ninguna iniciativa similar. La ayuda exterior sólo ha supuesto un mero 0,1 por ciento del PIB de Estados Unidos que, comparado con el 0,3 por ciento del Plan Marshall, se nos antoja escaso” (Soros, 2002, p. 37).

Sería demasiado reductivo afirmar que se instauró simplemente una economía de mercado, más bien el sistema imperialista utilizó los recursos humanos y materiales de aquellas tierras para consolidar su equilibrio. Sintetizando,

“el colapso del sistema soviético ha servido para ampliar el campo de expansión del capitalismo periférico” (Amin, 1998, p. 79).

Como ejemplo contrario tenemos la liberalización y la introducción al sistema económico internacional de la economía china, que fue realizado por el gobierno de

Pekín bajo una forma totalmente distinta, por no decir opuesta⁴⁸. Por lo tanto, si bien la tendencia a hacerse universal es intrínseca al propio sistema capitalista, la globalización parece ser (más que la evolución natural del MPC) únicamente una de las posibles formas de gestionar su expansión hacia inmensas áreas geográficas (anteriormente excluidas por razones prietamente políticas). Por supuesto, esta estrategia política partió de la necesidad de solucionar los procesos críticos que enfrentaba el campo capitalista en aquellos años. A estos problemas ya se hizo referencia en el anterior apartado; en línea con lo previamente ilustrado, Petras y Veltmeyer (2002, p.70) esquematizan así las tensiones más fuertes de esa fase:

1. crisis de hiperinflación
2. una contracción de los beneficios como resultado de las relaciones entre el trabajo y el capital
3. la intensificación de la competencia capitalista internacional, y
4. el enorme crecimiento de los mercados financieros como resultado de la desregulación.

Ahora bien, si se quiere abordar la desaparición integral del orden mundial creado en Bretton Woods es necesario ampliar la mirada, y considerar que la “Globalización” no surgió exclusiva y solamente de la crisis del capitalismo avanzado. Según Samir Amin (1998, p.65), el “ciclo de posguerra” representó un sistema-mundo conformado por tres pilares:

- a) en Occidente, la acumulación fordista y la socialdemocracia (...) abiertas obviamente a la economía mundial pero preservando una coherencia entre la acumulación y el compromiso histórico capital/trabajo;
- b) modernización e industrialización en las periferias recién llegadas a la independencia, (...)
- c) el proyecto soviético, que intentaba alcanzar a Occidente mediante una estrategia de acumulación muy parecida a la del capitalismo histórico.

En las casi tres décadas de vigencia de estos tres pilares, explica el mismo Amin (1998, p. 76), desaparecen dos características fundamentales que se habían heredado del capitalismo anterior. En primer lugar, hubo una fuerte erosión de la simbiosis entre los capitalismoes nacionales y los Estados-nación; y, en segundo lugar, se eliminó el “contraste casi absoluto entre la industrialización de los centros y la ausencia de industria en las periferias”. En resumen, en la fase de posguerra el primer elemento viene suprimido por la increíble “interpenetración del capital” que se ha descrito anteriormente; por otro lado, la independencia de algunos países del Asia y de África había dado lugar a aquella modernización capitalista de la periferia pactada con los intereses del centro.

⁴⁸ El caso de China merece una amplia y profunda reflexión que realizaremos en el próximo capítulo.

La dinámica del cambio que conformó el capitalismo contemporáneo consolidó y profundizó el proceso de erosión de estos dos factores. La globalización ha acentuado, por un lado, la desintegración del vínculo entre las estructuras del Estado-Nación y el capitalismo y, por el otro, la industrialización en los países del Sur. Para comprender por qué se profundizaron estos dos fenómenos, ocurre estudiar brevemente las estrategias que subyacieron a la mundialización del capitalismo.

Hemos definido la fase de crecimiento económico de la posguerra (1945-1970) como la segunda etapa imperialista de dominio de la burguesía, en la cual los Estados Unidos construyen un sistema multilateral pero unipolar para administrar el desarrollo internacional del capitalismo. De la misma manera, podríamos decir que, así como la reestructuración neoliberal, también la mundialización del capitalismo constituyó una estrategia de ese sistema de poder para enfrentar a la crisis del imperialismo (sin revolucionar los equilibrios internacionales de poder)⁴⁹. Una de las repuestas fue precisamente la intensificación del proceso de transnacionalización del capital. Las empresas transnacionales, que ya se habían convertido en un actor importante en las décadas anteriores, a partir de los años 80 cobran una relevancia todavía mayor en el sistema económico internacional. Se deslocalizaron importantes segmentos de la producción industrial global; las diferencias de salario entre áreas mundiales y la libre movilidad del capital permitían ahora a las empresas beneficiarse de la mano de obra barata en la periferia del sistema. “En este proceso, emergió una nueva división internacional del trabajo, caracterizada por el crecimiento de otro sistema global de producción basado en las actividades de las multinacionales y sus filiales” (Petras & Veltmeyer, 2002, p. 19). Por supuesto, las innovaciones tecnológicas para el transporte y para la comunicación informática fueron las condiciones técnicas necesarias para realizar este cambio en la estructura productiva mundial. Además, puesto que la periferia del MPC se extendió enormemente con la liberalización china y la transición soviética, el capitalismo avanzado tenía ahora inmensas áreas periféricas donde deslocalizar.

Esta nueva división internacional del trabajo requirió la fundación de un nuevo marco político, un *Nuevo Orden Mundial* que halló expresión en la reconversión (antes señalada) del BM y del FMI, pero también en la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC). En las etapas anteriores, las oposiciones proteccionistas en Estados Unidos habían impedido la constitución de un imperio basado sobre la total apertura de los comercios (como fue el imperio británico en el siglo XIX), no llegando más allá de una reducción de aranceles bajo las consignas del GATT. En el 1994 la situación cambia radicalmente con la creación de la OMC⁵⁰. Aunque en teoría la

⁴⁹ Describir la “Globalización” no es el objeto de este estudio, en los próximos párrafos solamente ilustraremos los cambios que se realizan en la estructura productiva mundial, y genéricamente en las relaciones económicas internacionales. Para un análisis detallado de la Globalización y de su impacto se vea Petras & Veltmeyer (2002).

⁵⁰ Bajo el paraguas de la OMC, se regulan tres tipos de acuerdos. En primer lugar, el GATT, Acuerdo General sobre Aranceles de Aduanas y Comercio; luego, el AGCS Acuerdo General sobre Comercio de Servicios; por último el ADPIC, Acuerdo sobre Derechos de la Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio.

organización estaría gobernada por mecanismos democráticos, “en la práctica, se trata de un proceso por el que los países con más comercio imponen su consenso sobre los demás” (Bello, 2004, p. 86). En efecto, hasta ahora la OMC ha trabajado para una política comercial que favorece a las multinacionales del Norte y perjudica los intereses de los países del Sur. Se ha construido una estructura arancelaria, y en general una política comercial que protege a los países del Norte de los productos y servicios que exporta mayormente el Sur, y al contrario que liberaliza totalmente el comercio de los productos y servicios exportados por el Norte.

Además de esta internacionalización de las formas productivas del capital, la desregulación y liberalización financiera y monetaria impuestas por el modelo neoliberal -que determinaron una internacionalización de las formas especulativas o improductivas del capital- también influyeron sobre la nueva división internacional del trabajo (Petras & Veltmeyer, 2002). A esto hay que añadir que si bien la globalización favorece y empuja la libre movilidad de los capitales reales y ficticios, no favorece la movilidad de las fuerzas de trabajo, de las trabajadoras y trabajadores (volveremos sobre este aspecto en el próximo capítulo).

Ya se ha explicado el fuerte impacto que tuvo la financiarización en las relaciones económicas internacionales entre los Estados. Pero, la centralización de las vías financieras (sea para la expansión misma del capital improductivo, sea para abrir paso a la del capital productivo) no tiene que confundirse con la instalación de un imperialismo estrictamente rentista, en el cual las relaciones de poder se basan en *las capacidades especulativas* de los países. A tal propósito, como señala Katz (2011, p. 152), hay en las reformulaciones del concepto leninista de imperialismo algunas deformaciones de la realidad internacional:

“La actuación literal de la tesis leninista... incluye la presentación del capital financiero como el nodo central de un sistema internacional de sometimiento de los países deudores a las naciones acreedoras. (...) Pero la alteración de este paisaje salta a la vista. Basta observar el estatus actual de Estados Unidos. La primera potencia es la principal deudora de China y nadie podría afirmar que se ha convertido en país sometido al látigo de los banqueros orientales”⁵¹.

Muy interesante resulta analizar la cuestión iniciando con la tesis propuesta por Arrighi sobre la naturaleza de la hegemonía estadounidense. Según el pensador italiano, con el liderazgo de la economía de EEUU tras la posguerra “la naturaleza autocéntrica de la economía nacional dominante y líder (la estadounidense) se convirtió en el zócalo de un proceso de internalización del mercado mundial en el interior de los dominios organizativos de corporaciones empresariales gigantes, mientras que las actividades económicas desarrolladas en los Estados Unidos siguieron

⁵¹ Volveremos sobre la cuestión del sector financiero en el imperialismo en el próximo capítulo.

estando orgánicamente integradas en una única realidad nacional”⁵² (Arrighi, 1999, p. 338).

Cuando esta situación entró en crisis, la desregulación financiera y la transnacionalización incesante de los procesos de producción y de intercambio vienen a ser las dos estrategias más importantes de Washington para impedir el desplazamiento de las empresas estadounidenses. Las actividades económicas desarrolladas por las fuerzas capitalistas con origen en Estados Unidos desintegran la unidad nacional de su estructura económica, para recomponerla en los diferentes segmentos del capitalismo mundializado, aprovechando así las nuevas condiciones impuestas con la Globalización.

Hoy Estados Unidos no es ya una potencia autocéntrica, pero (puesto que mantiene el control de puntos neurálgicos del sistema económico internacional), puede permitirse el lujo de tener una economía deformada. Así como con el lujo de endeudarse: el gobierno estadounidense puede permitírselo porque el dólar actualmente sigue teniendo el control monetario de la economía mundial.

Por las mismas razones, la industrialización del “Tercer Mundo” no ha puesto fin a la dependencia del Sur, ni ha acabado con las asimetrías y desigualdades en el sistema internacional, sino que “desplazará sus mecanismos y formas hacia otros planos, regidos por los monopolios financieros, tecnológicos, culturales y militares de los que podría beneficiarse el centro” (Amin, 1998, p. 77). Tanto la financiarización como la reorientación de las actividades industriales son, en definitiva, procesos controlados y administrados políticamente, que no afectan de la misma forma a todos los países. Para entender cómo éstos se insertan en la nueva división internacional del trabajo sin que los centros de poder pierdan el control de la economía, se utilizarán dos ejemplos muy explicativos.

En primer lugar, considerado que la deuda y los mercados financieros pueden convertirse en un mecanismo de subyugación y miseria para los países del Sur, también pueden resultar óptimas herramientas para ocultar los fallos de la economía real. Por ejemplo, algunas corrientes señalan que el capital financiero y la deuda son la base del consumo del mundo capitalista avanzado, sustituyendo así la función que tenía el pacto social en el modelo de acumulación keynesiana (Páez, 2014).

Los gráficos en la página siguiente ilustran como a partir de la década de 1980 en los Estados Unidos y en Europa ha caído la parte del PIB que se va hacia los salarios. Al mismo tiempo, pero, hubo un incremento de la porción de PIB destinada a los consumos. En otros términos, “en los dos casos, se acrecienta la distancia entre la parte de los salarios y la parte del consumo (zonas grises), para así compensar la distancia entre beneficio y acumulación”. Todo esto es posible solamente gracias al enorme peso que tienen los mercados financieros, explica Husson (2008, p. 5). El

⁵² Arrighi se refiere al significado de economía autocéntrica expresado en otro contexto por Samir Amin. “En el modelo de Amin, las economías del centro de la economía-mundo son autocéntricas en tanto que sus elementos constitutivos (ramas de producción, productores y consumidores, capital y trabajo, etc.) se hallan integrados orgánicamente en una única realidad nacional” (Arrighi, 1999, p. 338)

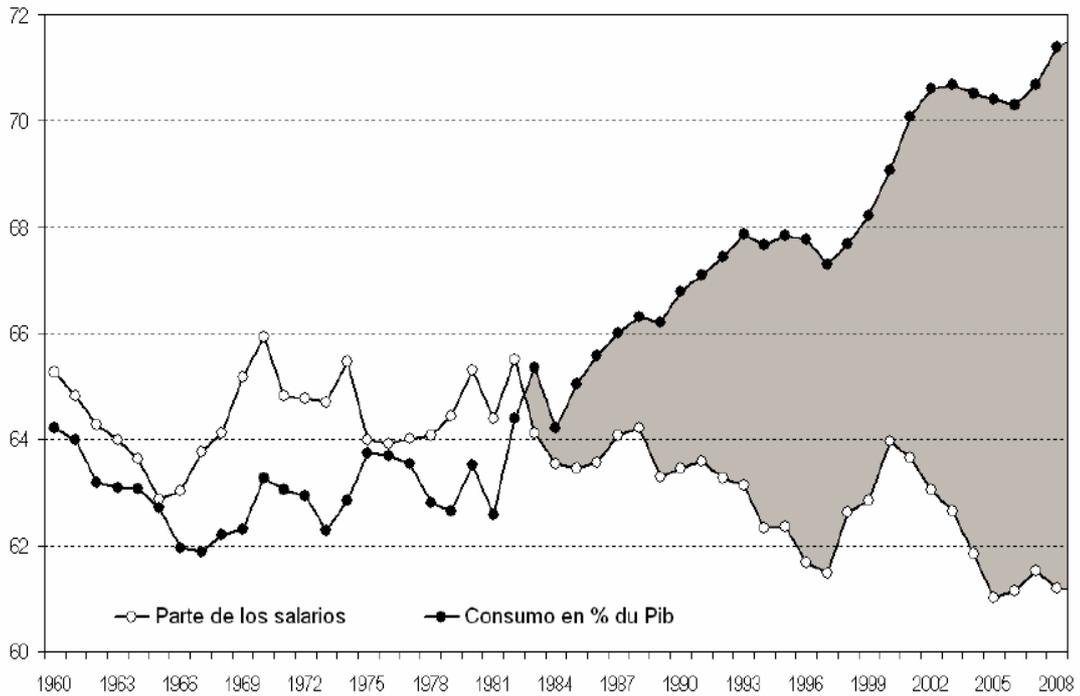
autor resalta en particular tres vías mediante las cuales en los países capitalistas una disminución de los salarios no impide que crezcan los consumos.

“La primera es el consumo de los rentistas: una parte de la plusvalía no acumulada es distribuida a los poseedores de rentas financieras, que la consumen. Es un punto importante: la reproducción no es posible más que si el consumo de los rentistas se apoya sobre el de los asalariados con el fin de proporcionar salidas suficientes; el ascenso de las desigualdades es pues consustancial a este modelo. La segunda intervención de los mercados financieros consiste en introducir una cierta confusión entre salarios y rentas: una parte creciente de la renta de los asalariados toma la forma de remuneraciones financieras que pueden ser analizadas como una distribución de plusvalía, más que como un verdadero salario. En fin, sobre todo en los Estados Unidos, los mercados financieros permiten el desarrollo exponencial del endeudamiento de los hogares cuyo consumo aumenta, no en razón de una progresión de los salarios, sino por la bajada de la tasa de ahorro” (Husson, 2008, p. 5)

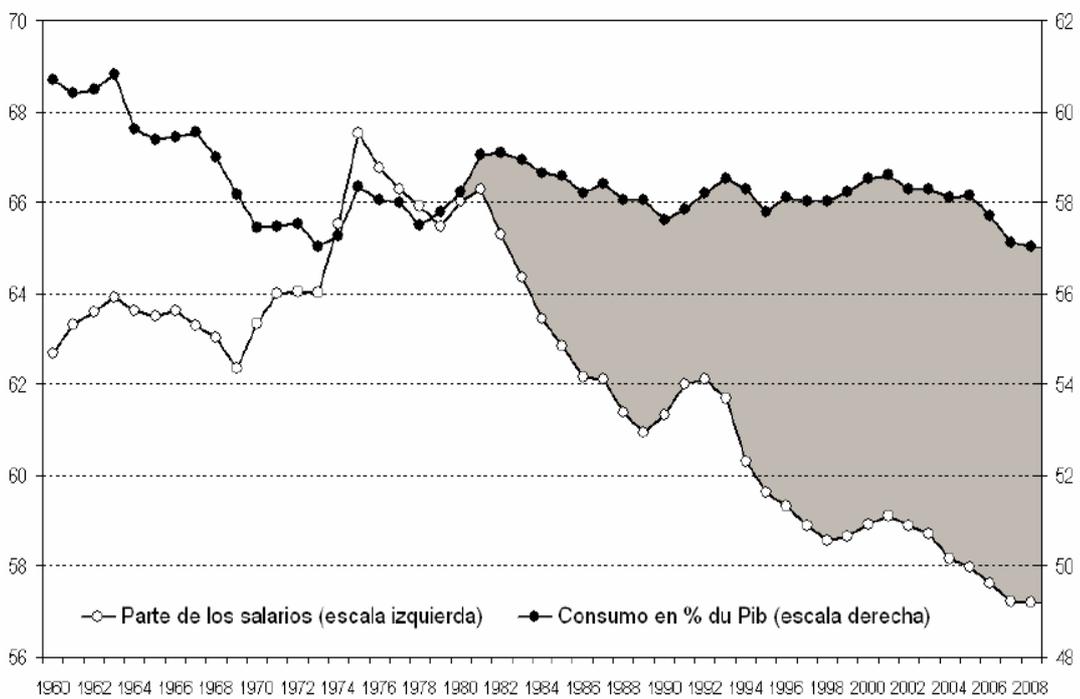
Por lo tanto, su posición dominante permite a los países del Norte usar las burbujas financieras para aumentar el consumo doméstico, también en coyuntura de desempleo y austeridad.

Parte de los salarios y del consumo privado en el Producto Interior Bruto (PIB)

A- Estados Unidos



B- Unión Europea



Fuentes y datos de los gráficos: <http://hussonet.free.fr/toxicape.xls>

FUENTE: Husson (2008, p. 5)

En segundo lugar, hay que considerar que los capitales financieros tienen también una fuerte capacidad de influenciar los mercados de la economía real. Como señala la UNCTAD (2013, p. 55) para el caso de los productos básicos “la evolución de los precios... está determinada por las variables fundamentales de la oferta y la demanda físicas de esos productos, así como por una mayor participación de los inversores financieros en los mercados de productos primarios, debido a que estos productos son considerados cada vez más como un activo financiero”. Este fenómeno hace posibles ataques especulativos de los centros financieros a detrimento de la soberanía de los países. Los Estados del Sur son particularmente vulnerables ya que son los mayores proveedores de productos primarios y los “más alejados” de los centros financieros.

Hay una distorsión generalizada en los precios fundamentales de la economía mundial debido a las burbujas financieras que están rompiendo la relación entre la evolución de los precios internacionales y los costos de producción. Dichas burbujas están desalineando por completo las posiciones de “equilibrio” de los tipos de cambio lo cual hace particularmente grave la posibilidad de que a través del mercado no se logre coherencia, no solamente en las decisiones inmediatas de abastecimiento de los mercados sino también en las decisiones de mediano y largo plazo para inversión, tanto a nivel de las firmas, como de Estados. En las condiciones actuales de transnacionalización y financiarización mundial esto significa que la agricultura de contrato, por ejemplo, donde se utiliza la producción de millones de campesinos en una escala planetaria con una logística tremendamente fragmentada y sofisticada, está siendo puesta en cuestión por las posibilidades de que una información falsa o de una decisión equivocada en torno indicadores de precios internacionales cause serias dificultades a dicho sector (Páez, 2010).

Aunque cambie radicalmente la geografía del capitalismo global, con la financiarización de la economía y la deslocalización de la producción donde ésta es más barata⁵³ no se modifican estructuralmente las relaciones internacionales de poder. Si podría ser correcto hablar de un aumento de interdependencia (como a menudo se señala hablando de “Globalización”), sin embargo éste no altera la situación de dependencia y vulnerabilidad que vincula el modelo económico de la periferia a los centro de poder.

Se podría afirmar, de todas formas, que estas ventajas son de papel, y que las burbujas al final explotan provocando crisis financieras que golpean

⁵³ Además, la mayoría de los países del Sur que se ha industrializado lo hizo en sectores de poco valor añadido, es decir en la producción de productos donde no se realizan altas tasas de ganancia en el proceso de manufacturación. Al contrario, los países del Norte no han cedido terreno en la producción de nuevas tecnologías, y de otros bienes y servicios altamente ventajosos. A tal propósito, merecería un capítulo a parte el tema de los derechos de propiedad intelectual. Una de las funciones más importante de la OMC es precisamente la de proteger y estimular la protección de la propiedad intelectual. Según, muchas y muchos pensadores se puede hablar en este caso de la creación de “Monopolios Artificiales sobre Bienes Intangibles” que benefician las Empresas Transnacionales que se dedican a su producción.

indiscriminadamente los países. Pero la historia más reciente enseña que este tipo de crisis afecta particularmente, y casi exclusivamente, a la periferia del sistema financiero internacional. “Los países del centro no resultan muy afectados porque, cuando son amenazados, las autoridades monetarias emprenden las acciones monetarias para evitar el derrumbamiento del sistema financiero internacional” (Soros, 2002, p. 141). En definitiva, la disparidad de condiciones es de naturaleza política: está relacionada con la soberanía de los Estados.

“Los países del centro del sistema están en posición de aplicar políticas contracíclicas. Por ejemplo, en los *momentos de declive económico*, Estados Unidos ha reducido agresivamente los tipos de interés y ha recortado los impuestos. Pero las condiciones impuestas por el FMI son procíclicas. Empujan a los países a recesiones forzándoles a aumentar los tipos de interés y a recortar los gastos presupuestario –exactamente lo opuesto a lo que Estados Unidos hace en circunstancias similares” (Soros, 2002, p. 149-150).

En conclusión, se ha pasado de la división internacional clásica (con el Sur agrícola y el Norte industrializado) a una nueva división internacional del trabajo en la cual los países del Sur han profundizado el proceso de industrialización, pero sin alterar su posición subalterna frente a la de los países del centro. Muchos de los países del Sur han pasado “al estadio de la industrialización generalizada de exportaciones en competencia con las industrias del centro (el modelo chino de los años 1990). Sin embargo, el modelo sigue siendo periférico en el sentido de que se inscribe en el ajuste unilateral a las exigencias de la mundialización” (Amin, 2011, p. 100).

Otra cuestión es cómo esta nueva estructura global del MPC influye sobre la naturaleza y las lógicas de estas jerarquías en las relaciones internacionales, y sobre el sistema internacional dominado y hegemónico por Estados Unidos. En otros términos, quedan por comprender las dinámicas imperiales en el capitalismo mundializado. Para hacerlo, sin embargo, hay que abordar también su dimensión ideológica.

4.3 El “pensamiento único” y el espíritu de la globalización neoliberal.

“La desaparición de la Unión Soviética, y el final de la guerra fría proporciona a Estados Unidos la oportunidad de construir un sistema internacional justo y pacífico, que basado en los valores occidentales de libertad y democracia, tenga en cuenta la creciente interdependencia económica, tecnológica e informativa del planeta”

George Bush (padre), *Discurso pronunciado ante el Congreso*, el 11 de septiembre 1990.

En 1989, la acuñación del célebre término “Consenso de Washington” (para señalar las políticas económicas que la ortodoxia neoliberal indicaba al mundo en “vía de desarrollo”) marcó el punto final de todos los procesos políticos y económicos convergentes en la globalización neoliberal. “Por entonces, tanto Clinton como Blair pudieron haber dado la vuelta sin problemas a la observación de Nixon y decir de manera sencilla que “ahora todos somos neoliberales” (Harvey, 2007, p. 20)⁵⁴. En efecto, más allá de sus contenidos económicos, el “Consenso de Washington” significó la hegemonía de un nuevo dogmatismo capitalista, que había entrado en las mentes de las clases dominantes de casi todo el mundo. Para entender cómo se consolida este dogmatismo, hay que comenzar hablando de los factores que determinaron su surgimiento, al igual que se hizo para explicar los pilares económicos de la mundialización capitalista).

Se ha visto en el anterior apartado como en las décadas posteriores a Bretton Woods el sistema mundial estaba dividido en tres pilares: el bloque imperialista occidental, la URSS y, por último, el bloque de los movimientos de liberación nacional de Asia y de África. A nivel ideológico, la consecuencia de este tablón geopolítico fue un “conflicto de civilización fundamental que, más allá de las expresiones ideológicas deformantes, supone el conflicto entre el capitalismo y la posibilidad de su superación socialista. La ambición de los pueblos de la periferia, hayan hecho o no una revolución socialista... se inscribía necesariamente en una perspectiva anticapitalista” (Amin, 2005, p. 227).

Ahora bien, hay que recordar cómo el *ciclo de posguerra* fue el producto de, por un lado, la victoria de los frentes de izquierda y democráticos contra los fascismos europeos; y, por el otro, de otra victoria con inmenso alcance histórico: la de los pueblos del Sur contra las viejas potencias coloniales. “Esta doble victoria ha dirigido las formas económicas, sociales y políticas de la gestión de los sistemas tanto en sus niveles nacionales como en su organización internacional. Sirvió de base para los tres “compromisos históricos sociales” fundamentales de la época: el Welfare State en Occidente, (...), el socialismo realmente existentes y... *los populismos nacionales en los países de Asia y de África liberados*” (Amin, 2005, p. 156).

En el marco de las relaciones internacionales, la manifestación más patente de esta “atmosfera” fue la creación de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1945. Si bien los principios democráticos y pacifistas de la Organización nunca fueron totalmente respetados por las potencias imperialistas (basta pensar en la política internacional de Estados Unidos), las Naciones Unidas en las décadas sucesivas a Bretton Woods trabajaron con el fin de gestionar la convivencia entre los tres sistemas. “Gracias a su acción de protección del respeto a las soberanías nacionales y de apoyo al policentrismo... contribuyeron positivamente al permitir el despliegue de estos proyectos de la posguerra” (Amin, 2005, p. 163).

⁵⁴ En referencia a la célebre frase que pronunció Nixon en 1971: “Ahora todos somos keynesianos”.

Dentro de ese escenario, la hegemonía internacional de Estados Unidos también se basó en la capacidad de Washington de convertir el “desarrollismo” en un culto económico para los diferentes actores globales. Sin duda, el desarrollismo desbordó las fronteras del denominado “Primer Mundo”, llegando a ser la ideología dominante también en Estados que se inspiraban en los valores y las teorías socialistas. Prueba irrefutable de eso es la misma orientación económica de la ONU. De hecho, en el sistema jurídico de las Naciones Unidas, “si bien el avance de la democracia hubiera sido considerado como un fin loable, su realización estaba subordinada al desarrollo económico, que era el primer objetivo” (Amin, 2005, p. 159). En definitiva, las ilusiones sobre el Desarrollo fueron el fallo más grande de la ONU para preservar un equilibrio entre los polos, y quizás al mismo tiempo la victoria más decisiva para las fuerzas sistémicas del imperialismo estadounidense y sus aliados (Amin, 2005).

Como se ha visto, junto con el decisivo cambio de las condiciones geopolíticas, las evoluciones tecnológicas y económicas permitieron una expansión rápida y una transformación radical de la estructura productiva: el meollo de la globalización neoliberal. Esta nueva estructura del capitalismo global (que ya hemos ilustrado) provocó inevitablemente la irrupción de una nueva ideología global, que superó (sin solucionarla) la confrontación entre diferentes visiones del mundo que caracterizaba el orden de la Guerra Fría. Si Amin tiene razón en enmarcar el conflicto entre las diferentes posiciones de la posguerra en un choque entre el sistema capitalista y la necesidad de su superación para una efectiva emancipación de la periferia, con la aparición del nuevo régimen neoliberal (que alcanza todas las regiones del mundo) parece desaparecer el choque ideológico, pero no sus raíces materiales, ni el conflicto estructural entre el centro y la periferia del capitalismo global.

Se puede afirmar que la globalización neoliberal se manifiesta en toda su potencia transformadora precisamente por su alcance ideológico. A tal propósito, la expresión “pensamiento único” ideada por Ignacio Ramonet resulta muy útil para comprender la “traducción a términos ideológicos de los intereses del capital internacional” (Ramonet, 2002a). El autor llama *pensamiento único* precisamente al conjunto de valores políticos, culturales, económicos y sociales, a fin de cuentas humanos, que se vuelve global en estos años. Y que, además de global, se convierte también en una especie de dogmatismo debido a la ausencia de una alternativa radical, consecuencia del “fracaso del socialismo real”. Según el autor, ese dogmatismo representaría la proyección ideológica del capitalismo contemporáneo, que surge ya en la posguerra, pero que se hace realmente global y dominante en la década de 1990. Además de la mundialización del capitalismo, la financiarización representaría un salto cualitativo del MPC con importantes consecuencias en su superestructura.

“El mundo de las finanzas... reúne las cuatro características que hacen de él un modelo perfectamente adaptado al nuevo orden tecnológico: es inmaterial, inmediato, permanente y planetario. Atributos, por así decirlo, divinos, y que, lógicamente, dan lugar a un nuevo culto, una nueva religión: la del mercado” (Ramonet, 2002a, p. 57).

Ahora bien, hay que separar dos ámbitos: por un lado, la imposición del régimen neoliberal dentro de las sociedades nacionales y, por el otro, la misma imposición en el marco de la organización y de las relaciones internacionales.

Sobre el primer ámbito, solamente se considera útil hacer hincapié en cómo el neoliberalismo se impuso mediante la captura de las voluntades populares. D. Harvey (reutilizando el método gramsciano) habla en términos de “construcción del consentimiento” a fin de explicar la consolidación del neoliberalismo como régimen dominante en las sociedades nacionales del mundo capitalista avanzado. El autor explica detalladamente el cambio cultural y político que acompañó la reestructuración neoliberal de las economías en Estados Unidos y Gran Bretaña. “Poderosas influencias tecnológicas circularon a través de las corporaciones, de los medios de comunicación y de las numerosas instituciones que constituyen la sociedad civil (...). Se creó un clima de opinión que apoyaba el neoliberalismo como el exclusivo garante de la libertad. Estos movimientos se consolidaron con posterioridad mediante la captura de partidos políticos, y, por fin, del poder estatal” (Harvey, 2007, p. 48)⁵⁵.

Es relevante volver a subrayar cómo el pasaje al neoliberalismo fue una mezcla de imposición violenta (sobre todo en el Sur) y creación del consentimiento popular alrededor del nuevo régimen, que se identificaba como una ampliación de las libertades individuales, supuestamente fomentada por el desmantelamiento del Estado keynesiano y la liberación de las iniciativas empresariales de la sociedad.

“La revolución neoliberal que suele atribuirse a Thatcher y Reagan tuvo que consumarse a través de medios democráticos. Para que se produjera un giro de tal magnitud fue necesaria la previa construcción del consentimiento político. (...) Un proyecto manifiesto sobre la restauración del poder económico en beneficio de una pequeña élite probablemente no cosecharía un gran apoyo popular. Pero una tentativa programática para hacer avanzar la causa de las libertades individuales podría atraer a una base muy amplia de la población y de este modo encubrir la ofensiva encaminada a restaurar el poder de clase” (Harvey, 2007, p. 48-49).

Otras autoras y autores, juntos con Harvey, enfatizan el carácter creador (además de represivo) del régimen neoliberal. Es decir, subrayan cómo el capitalismo contemporáneo realiza una dominación social también mediante la creación de nuevos valores o espacios para la explotación. Así, el neoliberalismo afrontó la crisis de la tasa de beneficio no solamente rompiendo el pacto social, sino que extendiendo el campo de la producción, apoderándose de espacios materiales e inmateriales previamente libres de la lógica mercantil.

Aunque no se comparte en esta investigación la postura posmoderna de Antonio Negri y Michael Hardt, su obra “Imperio” (2002) tiene el mérito de haber abierto nuevos escenarios de reflexión anticapitalista, precisamente mediante la ilustración del

⁵⁵ Véase el cap. 2 de Harvey (2007)

carácter creador del capitalismo contemporáneo. Los autores plantean la aparición de un nuevo paradigma socioeconómico creado por las necesidades del MPC: una sociedad en la cual el control “se extiende mucho más allá de los lugares estructurados de las instituciones sociales, a través de redes flexibles y fluctuantes” (Hardt & Negri, 2002, p. 38). Una sociedad que además está basada en la expansión de las prácticas de producción real dentro las mismas relaciones humanas y afectivas. Una forma de (bio)poder: “que regula la vida social desde su interior, siguiéndola, interpretándola, absorbiéndola e rearticulándola” (Hardt & Negri, 2002, p. 38). Así, en el capitalismo contemporáneo la acumulación económica se realizaría también en espacios inmateriales, como la comunicación y las redes de información⁵⁶.

Pasando al ámbito internacional, gracias a la increíble potencia de los aparatos ideológicos, de las redes de comunicación e información manejadas por el poder económico transnacional, el pensamiento neoliberal es dotado de una ingente potencia comunicativa y propagandística, que le ha permitido conquistar la opinión pública internacional. Puesto que el poder mediático es generalmente propiedad del poder económico, el *pensamiento único* ha alcanzado una capacidad enorme de influencia con la actual tecnología comunicacional. “Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias (...) que mediante su financiación vinculan al servicio de sus ideas, a través de todo el planeta, numerosos centros de investigación, universidades, fundaciones...las cuáles perfilan y expanden la buena nueva en sus ámbitos. Este discurso anónimo es retomado y reproducido por los principales órganos de información económica, y particularmente por las ‘Biblias’ de los inversores y bolsistas (...) propiedad, con frecuencia, de grandes grupos industriales o financieros. Un poco por todas partes, las facultades de ciencias económicas, periodistas, ensayistas, personalidades de la política... retoman las principales consignas de éstas nuevas tablas de la ley y, a través de su reflejo en los grandes medios de comunicación de masas, las repiten hasta la saciedad. Sabiendo con certeza que, en nuestras sociedades mediáticas, repetición equivale a demostración” (Ramonet, 2002a, p. 58-59).

El pensamiento único, espíritu de la globalización neoliberal, refleja los pilares del capitalismo contemporáneo, profesa en general la primacía absoluta de lo económico sobre lo político. Y, más específicamente, promueve algunos conceptos claves que constituyen la esencia de la ideología neoliberal: 1) la capacidad del mercado de corregir los fallos del capitalismo y de los mercados financieros para

⁵⁶ Más allá de sus tesis y conclusiones netamente políticas, la cuestión abierta por las intuiciones de los autores sobre el “biopoder en la sociedad del control” merece una profunda reflexión de todo el mundo marxista. Ya que permite afrentar muchas de las problemáticas vinculadas a la marginación de la izquierda en el mundo del capitalismo avanzado. El problema esencial es que, muy a menudo, este esfuerzo para comprender los nuevos mecanismos de poder del sistema dominante ha llevado a confundir la expansión hacia nuevos espacios con la sustitución de los viejos espacios, además que el rechazo de toda la teoría del valor marxiana. Al contrario, no hay ninguna científicidad en las intuiciones posmodernas: actualmente la teoría del valor no parece haber sido superada. De todas formas, volveremos más adelante sobre las teorías de Negri y Hardt, ya que lo que mayormente interesa aquí son sus teorías sobre la constitución del Imperio. Para profundizar sobre las limitaciones de la visión posmoderna del valor, véase Amin (2011, p. 66-67-68-69)

orientar toda la economía; 2) la competencia y competitividad como motor de prosperidad y modernización de las empresas; 3) la identificación del libre comercio con el “desarrollo”; 4) la mundialización de las formas materiales y financieras de los capitales, las cuales se vinculan a una nueva división del trabajo mundial que revoluciona la cuestión social; 5) la moneda fuerte como síntoma de estabilidad y 6) la erradicación del Estado en muchos campos económicos, en nombre de la necesidad de privatizar, liberalizar, desregular (Ramonet, 2002a, p. 60).

Aunque tenga razón Samir Amin en hacer hincapié en la común confusión de la economía capitalista con una economía de mercado⁵⁷, no se puede negar que la expansión del capitalismo en su forma neoliberal fue acompañada por una profunda construcción ideológica basada en supuestas capacidades emancipadoras del mercado. Casi hasta llegar a la identificación misma entre los conceptos de mercado y de libertad individual.

En general, actualmente en las relaciones entre Estados “el sistema dominante se orienta hacia el otorgamiento de un estatus de referencia suprema al derecho internacional de los negocios, considerando que tiene primacía sobre las legislaciones nacionales” (Amin, 2005, p. 171). El “discurso del Desarrollo” parece haber caído en el olvido, por el contrario el “libre comercio” y la idolatría del mercado son los pilares del nuevo régimen internacional.

“En el origen de esta crisis está la creencia ideológica cuasi libertaria según la cual los “mercados” representarían la expresión más evolucionada de la “libertad” (...) por lo que todos los aspectos de la vida humana y social pueden y deben subordinarse a la lógica unilateral impuesta por los mercados” (Amin, 2005, p. 173).

En síntesis, el pensamiento único es el resultado de procesos complementarios y que se retroalimentan. La universalización del capitalismo, su financiarización y el desarrollo de un sistema tecnológico todo-poderoso al servicio de la industria de la comunicación y de la información, propiedad de las grandes corporaciones. Estos fenómenos políticos y económicos han creado las condiciones para una hegemonía ideológica del poder económico internacional con capacidad de alcance universal que consolida el pasaje al nuevo régimen neoliberal.

De todas formas, la potencia y la eficacia demostrada por esta estrategia ideológica no tiene que ofuscar el uso de la fuerza que permitió la imposición interior del modelo por parte de los gobiernos neoliberales (represión sindical, fuerza policial), y la imposición exterior a gobiernos, como el de Allende en Chile, que se rebelaron a las lógicas imperialistas. Precisamente la sociedad chilena se convirtió en el conejillo de Indias para la experimentación del modelo neoliberal bajo la infame imposición de la dictadura de Pinochet.

⁵⁷ Véase las primeras páginas de este mismo apartado.

Para completar esta esquematización de los rasgos culturales esenciales del “nuevo orden mundial”, es oportuno destacar cómo las dinámicas de intervención militar en el extranjero se mueven cada vez más alrededor del paraguas ideológico de la “intervención humanitaria”. Sin duda, “cabe interpretar la intervención humanitaria de nuestros días como una nueva plasmación de la vena o lógica que ha atravesado la historia de Occidente desde el siglo XVI” (Pérez de Armiño, 2005).

Itziar Ruíz-Giménez Arrieta (2002, p. 248) explica cómo, según las corrientes neorrealistas de las relaciones internacionales, en el orden de la posguerra fría:

“la victoria de Occidente ha dado lugar a un cambio en la distribución de poder en el sistema internacional que permitió el resurgimiento lento pero inexorable del antiguo estándar civilizatorio occidental, estándar que reaparece con nuevos ropajes, ya que el grado de civilización en la posguerra fría viene determinado por la democracia, los derechos humanos y la economía de mercado. Trae consigo un nuevo régimen intervencionista por el que se puede intervenir en aquellos países que no cumplan el nuevo estándar o, desde posturas realistas, cuando sean nombrados como Estados canallas (rogue states) por la superpotencia global, Estados Unidos” (Ruiz-Giménez Arrieta, 2005, p. 248).

Pero, en su libro sobre el “imperialismo altruista”, la autora señala también cómo las nuevas intervenciones imperiales tienen también importantes elementos de rupturas, que las distinguen sustancialmente del viejo régimen colonialista y del imperialismo clásico. Por supuesto, uno de los factores más decisivos entre las “novedades” del imperialismo contemporáneo es la cuestión de la soberanía estatal. La soberanía del Estado-nación está viviendo una etapa de profunda mutación en la globalización neoliberal, por otro lado están asumiendo mucha más importancia las instancias multilaterales de las asociaciones interestatales, y nuevas redes tienen mayor incisión política que en el pasado.

A tal propósito, en otro de sus brillantes escritos, Ignacio Ramonet señala cómo los actores más importantes en las relaciones internacionales son actualmente: a) las asociaciones de Estados; b) las empresas globales y los grandes grupos mediáticos o financieros; y por último c) las organizaciones no-gubernamentales (ONG) de estructura mundial. “Estos tres nuevos grandes grupos de actores proyectan su influencia planetaria en un escenario cada vez menos definido por la Organización de Naciones Unidas y más controlado, signo de los tiempos, por la Organización mundial del comercio (OMC), nuevo árbitro del panorama global” (Ramonet, 2002b).

Es en este contexto que la OMC refuerza la “posición monopolística del Norte” imponiendo el libre comercio, y al mismo tiempo (contradictoriamente) los derechos de propiedad intelectual y otras reglas que consolidan la marginación del Sur. Todo legitimado por el *pensamiento único* del neoliberalismo basado en lo que cada vez más se denomina como “fundamentalismo del mercado”.

Para ir culminando, se podría afirmar que el espíritu de la globalización refleja la victoria de Occidente sobre los sistemas políticos a éste antagonistas en la posguerra. Además, se caracteriza por un fuerte énfasis en las potencialidades del mercado como espacio de libertad para el ser humano. En realidad, es una forma de ofuscar el proyecto restaurador de las clases dominantes tras la crisis de la década de 1970. Por último, se ha visto cómo en este nuevo contexto el “humanitarismo” vinculado a los valores occidentales ha venido a ser un decisivo factor a la hora de legitimar políticas intervencionistas. En particular, contra Estados o áreas que no se alinean en la “democracia de mercado” occidental.

Puesto que falta un verdadero equilibrio entre intereses materiales contrastantes, esta superioridad absoluta del modelo neoliberal occidental parece incrementar terriblemente las desigualdades y asimetrías internacionales. Tanto que el modelo se está revelando peligroso hasta por quién recibe por su parte enormes beneficios a corto plazo. Es curioso cómo hasta un señor de la especulación financiera y “ardiente defensor de la globalización” (si bien en su versión de filántropo progresista) como George Soros, haya dedicado una buena parte de su libro (que ya hemos mencionado) “Globalización” (2002) a desmontar el “fundamentalismo de mercado”⁵⁸.

El mismo Soros señala también otro importante aspecto vinculado al papel del humanitarismo en la globalización. Si en la etapa anterior, la “guerra al comunismo” había legitimado la otra cara (belicista) de la *paz americana*, en las últimas décadas el “terrorismo” ha venido a representar el enemigo principal de los Estados Unidos y sus aliados internacionales. En referencia a la política de George W. Bush, el multimillonario precisa cómo “una postura fuerte en lo militar junto a una fe ciega en la disciplina del mercado en la esfera económica es una buena combinación para asegurar la hegemonía global de América. Políticamente, el ataque terrorista proporcionó a la administración Bush el enemigo para justificar su fuerte postura militar” (Soros, 2002, p. 188-189).

Una vez que el capitalismo ha alcanzado dimensiones globales, la identificación de un “enemigo exterior” resultaba mucho más difícil que en el pasado, pero ésta no había terminado de ser imprescindible para justificar el militarismo y el apoyo logístico a la expansión de capitales. Así, el “aparato propagandístico de Washington ha incluido en el orden del día un supuesto conflicto entre “civilizaciones” (en realidad entre religiones) que se habría convertido en inevitable” (Amin, 2005, p. 170). De este supuesto conflicto entre religiones, el gobierno de Estados Unidos habría sacado la oportunidad para conseguir con el terrorismo “el enemigo ideal porque es invisible y, por lo tanto, puede no desaparecer jamás” (Soros, 2002, p. 189).

⁵⁸ “La verdad es que nos ha decepcionado tanto la moralidad que ahora intentamos actuar sin ella. La principal característica del fundamentalismo de mercado y del realismo geopolítico es que ambos son amorales (la moralidad no entra en sus definiciones). Nos ha seducido el hecho de pensar cuántas cosas podríamos conseguir sin consideraciones morales. Hemos idolatrado el éxito. Admiramos a los hombres de negocios adinerados y a los políticos elegidos sin importarnos cómo han llegado hasta allí. Allí es donde nos hemos equivocado” (Soros, 2002, p. 194).

5. IMPERIALISMO Y SISTEMA MULTIPOLAR EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

5.1 Estado e Imperio en el neoliberalismo.

“Las formas de dominación del Estado pueden variar: el capital manifiesta su poder de un modo donde existe una forma y de otro donde existe otra forma, pero el poder está siempre, esencialmente, en manos del capital, ya sea que exista o no el voto restringido u otros derechos, ya sea que se trate de una república democrática o no; en realidad, cuanto más democrática es, más burda y cínica es la dominación del capitalismo.”

Vladimir Lenin, “Sobre el Estado”.
Conferencia pronunciada en la Universidad Sverdlov, el 11 de julio de 1919.

En la primera mitad del siglo XX, en la Italia fascista que observaba con estupor las innovaciones norteamericanas del taylorismo y del fordismo, Antonio Gramsci hablaba de americanismo y fascismo como *revoluciones pasivas*⁵⁹. Ambos procesos socioeconómicos se preparaban para cambiar estructuralmente las dinámicas capitalistas, sin alterar sin embargo las relaciones de poder y las jerarquías vigentes, sino que cristalizándolas y consolidándolas.

Ahora bien, si David Harvey (2007) y otras autoras y autores definen el neoliberalismo como una ofensiva y un proyecto de las clases burguesas contra el trabajo⁶⁰, en este estudio se utiliza el término gramsciano *revolución pasiva* para describir el conjunto de los procesos materiales y culturales que conformaron la globalización neoliberal. Se prefiere la expresión *revolución pasiva* porque, además de señalar la profunda naturaleza política del cambio, indica ante todo que el capitalismo consigue encontrar una vía de salida a las crisis estructurales que atraviesan su existencia, alejándose de la visión catastrofista y determinista sobre el fin del capitalismo. A tal propósito, el fundador del partido comunista afirmaba que en las fases de crisis el capitalismo siempre puede encontrar una forma de supervivencia, aunque ésta sea a largo plazo y a pasos lentos. “Siempre hay una vía de salida: la dirección corporativa nacida de una situación tan delicada donde se debe mantener el equilibrio esencial a toda costa para evitar una catástrofe podría proceder a etapas muy lentas, casi insensibles, que modifiquen la estructura social sin sacudidas repentinas” (Gramsci, cit. en Di Benedetto, 2015).

⁵⁹ Ya se ha dado una explicación de revolución pasiva en el concepto gramsciano en el tercer apartado del capítulo 3.

⁶⁰ Se ha tratado este tema en el anterior capítulo.

La *revolución pasiva* neoliberal, que se inicia en la décadas de 1970, continua en 1980 y quizás se culmina en su totalidad en el escenario de la posguerra fría, ha modificado profundamente las relaciones internacionales y, sin duda, permitido al sistema capitalista afrontar y superar la crisis surgida en la segunda mitad de los años '60.

Ante este telón de fondo, muchas y muchos autores comparten la idea de que la actual etapa del sistema internacional es una fase de transición: ha determinado el final del orden creado en Bretton Woods, pero sin todavía haber inaugurado un nuevo paradigma de dominación internacional. Sin embargo, se puede notar cómo la realidad política mundial parece estar actualmente sacudida por una doble fuerza. Por un lado, el mismo proceso de expansión capitalista, alterado por la revolución tecnológica, está determinando una nueva geografía del capitalismo postfordista que revoluciona el sentido de los espacios y las distancias; por el otro, los actores dominantes que han empujado y maniobrado estos cambios tecnológicos están trabajando para seguir teniendo el mando de la máquina en las nuevas condiciones. Todo esto conlleva un reajuste de la estructura económica mundial, que se vive actualmente como una turbulencia global y un desorden caótico en las relaciones entre los Estados. En otros términos, se puede afirmar que

“el orden contemporáneo se enfrenta a dos tipos de amenazas de distinta naturaleza: por un parte, el estadio actual del proceso de globalización está transformando los fundamentos del orden internacional desde el exterior del sistema interestatal y, por otra parte, el nuevo proyecto imperial de los Estados Unidos lo está fragmentando desde dentro” (García & Rodrigo, 2008, p. 31).

A continuación, se analizarán las interpretaciones más importantes sobre los procesos de transformación del primer tipo⁶¹. En particular, se tratarán de comprender los efectos de la globalización neoliberal sobre la forma-Estado⁶². A tal respecto, es preciso señalar que la ya citada obra *Imperio* (2002) de Hardt y Negri representa un importante punto de partida en el debate sobre el imperialismo actual. Por eso, se ha decidido dar un amplio espacio a sus conclusiones más importantes, porque permiten abordar las problemáticas más profundas sobre la actualización del concepto de imperialismo.

En efecto, con la premisa de que el debate sobre el imperialismo nace y crece por la necesidad de explicar la expansión del capitalismo como una forma de afrontar la contradicción del excedente, los autores reflexionan sobre una problemática –ya expuesta en las obras de Rosa Luxemburgo e Hilferding– que a pesar de ser tan obvia podría pasar peligrosamente por inobservada a la hora de explicar el imperialismo

⁶¹ En el próximo apartado, se analizará la situación de Estados Unidos en esta nueva etapa, y los planes de Washington para seguir dominando el sistema interestatal.

⁶² Por otro lado, una reflexión más detallada sobre la lógica de expansión capitalista en el sistema contemporáneo y su relación con el sistema interestatal será el objeto del último capítulo.

contemporáneo. En primer lugar, es oportuno subrayar que tras una primera fase de expansión hacia el espacio exterior (con exportación de capital, explotación de la mano de obra, etc.), el MPC pospone -en su desarrollo internacional- una fase de capitalización del espacio exterior. Es decir, tras una expansión hacia sociedades y espacios no capitalistas, hay una transformación de estos en sociedades o espacios capitalistas.

“El capital se expande, no solo por satisfacer sus propias necesidades de realización y encontrar nuevos mercados, sino también para cumplir con los requerimientos de la etapa siguiente del ciclo de acumulación, es decir el proceso de *capitalización*. (...) Por consiguiente, el capital no sólo debe tener un intercambio abierto con las sociedades no capitalistas o apropiarse únicamente de sus riquezas; también debe transformarlas realmente en sociedades capitalistas” (Hardt y Negri, 2002, p. 212-213).

De este proceso surge entonces otra contradicción fundamental del MPC y de su desarrollo internacional: la *transformación* de sociedades no capitalistas (y por ende su absorción al capitalismo) quita espacios exteriores al sistema, que podrían funcionar como fuente de expansión y de acumulación primitiva. A tal propósito, el pensamiento marxista clásico ya intuyó que el imperialismo era un método para prolongar la vida del capitalismo, pero que al mismo tiempo marcaba inevitablemente su destino a hundirse. Hay que recordar a este respecto la profecía de Rosa Luxemburgo sobre el inevitable destino de crisis del capitalismo: sistema con necesidad de acumulación y expansión infinita en un espacio (la tierra) físicamente finito⁶³. “El hecho de que el capital deba apoyarse en su exterior, en el ámbito no capitalista que satisface su necesidad de realizar su valor excedente, choca contra la incorporación del ámbito no capitalista, que satisface la necesidad de capitalizar ese valor excedente realizado” (Hardt & Negri, 2002, p. 214).

Lenin principalmente trató de vincular esta inevitable necesidad de expansión del capitalismo con la cuestión del poder político, del colonialismo y del papel del Estado-nación. Supo entender que la naturaleza imperialista endógena al capitalismo determinó tanto el contenido y las formas de la soberanía estatal, como la evolución política de los países avanzados y las dinámicas de la lucha de clase en su interior. “Lenin entendió el imperialismo como un estadio estructural de la evolución del Estado moderno. Imaginó una progresión histórica necesaria y lineal desde las primeras formas del Estado europeo moderno, pasando luego por el Estado-nación, hasta llegar al Estado imperialista. En cada etapa de desarrollo, el Estado tenía que inventar nuevos medios de construir el consenso popular” (Hardt & Negri, 2002, p. 219). Pero, junto a estas intuiciones políticas y subjetivas del líder bolchevique, los autores de Imperio hacen hincapié en la tesis leninista acerca de la contradicción a largo plazo entre las necesidades del sistema capitalista y su etapa imperialista. Precisamente por esa relación contradictoria, el imperialismo representaba para Lenin

⁶³ Véase el primer apartado del primer capítulo sobre las teorías clásicas del imperialismo.

la última fase del capitalismo. “Finalmente, Lenin reconoció que, aunque el imperialismo y la fase monopolista fueran en realidad expresiones de la expansión global del capital, las prácticas imperialistas y las administraciones coloniales, a través de las cuales a menudo se concretaban tales prácticas, habían llegado a constituir obstáculos para un mayor desarrollo del capital” (Hardt & Negri, 2002, p. 219).

Ahora bien, según la interpretación de Hardt y Negri (2002) el capitalismo soluciona esta contradicción con el imperialismo mediante su propia superación. Con la extensión mundial del capitalismo, y en consecuencia con la creación de un mercado global, se realizaría un pasaje trascendental en las dinámicas de desarrollo internacional capitalista. El proceso de imperialismo se basó sobre la expansión del Estado-nación, en el capitalismo contemporáneo el imperialismo habría sido superado por la creación de un poder supranacional y supraestatal: el Imperio, que conformaría actualmente la fuerza pujante y una nueva etapa del desarrollo capitalista contemporáneo.

“El orden internacional y el espacio estriado del imperialismo sirvieron realmente para promover el capitalismo, pero en definitiva el imperialismo se convirtió en un impedimento para los flujos desterritorializadores y el espacio uniforme del desarrollo capitalista y, finalmente, tuvo que ser desechado. Rosa Luxemburgo está esencialmente en lo cierto: *si no hubiese sido superado, el imperialismo habría sido la muerte del capital*⁶⁴. La realización plena del mercado mundial es necesariamente el fin del imperialismo” (Hardt & Negri, 2002, p. 305).

En otros términos, Hardt y Negri (2002) consideran que el sistema capitalista ha superado sus contradicciones internacionales con la creación de un Imperio global. Este sistema global de dominación y control se caracterizaría por la abolición de la soberanía del Estado-nación, con el objetivo de consolidar un orden mundial más libre de restricciones al capital y más favorable a la expansión capitalista. Este proceso se concretizaría y manifestaría precisamente con la creación del mercado mundial, en el cual el capital y el trabajo se oponen directamente a nivel global sin ninguna mediación del poder de los Estados.

En el anterior capítulo, se han señalado las conclusiones de Hardt y Negri (2002) sobre la superación de la teoría del valor, provocada hipotéticamente por las transformaciones del trabajo ocurridas con la informatización del mundo capitalista avanzado⁶⁵. Uno de los mensajes más fuertes y provocativos de la obra Imperio consiste precisamente en vincular esta teoría posmoderna del trabajo con la tesis del fin del imperialismo. Según esta visión -en el Imperio global- el proceso de expansión y capitalización -que alcanzó a casi el mundo entero con el imperialismo- se dirigiría actualmente hacia la misma vida humana, capitalizando y mercantilizando la

⁶⁴ Cursiva en el original.

⁶⁵ También, se ha explicado la postulación errónea de esta visión posmoderna. Véase cap. 4.3.

creatividad, los afectos, las relaciones humanas, etc. Lo que en el anterior capítulo hemos denominado bio(poder).

En el ámbito de las relaciones internacionales, la diferencia sustancial, como ya queda apuntado, entre el viejo sistema imperialista y el Imperio actual sería la falta de dominación de unos Estados sobre otros Estados, y la aparición de un nuevo poder supranacional dominante a lo largo y ancho del globo sobre un espacio social uniformizado. “Ante todo, (...) la decadencia del Estado-nación no es meramente el resultado de una posición ideológica que podría revertirse mediante un acto de voluntad política: es un proceso estructural e irreversible. (...) Puede advertirse claramente la menguante efectividad de esta estructura a través de la evolución de toda una serie de cuerpos jurídicos-económicos, tales como el GATT, la Organización de Comercio Mundial, el Banco Mundial y el FMI. La globalización de la producción y la circulación, sostenida por este andamiaje jurídico supranacional, sustituye la efectividad de las estructuras jurídicas nacionales” (Hardt & Negri, 2002, p. 308).

Esta creación de una estructura supranacional alejaría a los Estados-nación de los más imponentes centros de poder, así determinando la formación de un poder de dominación *transnacional*, que no distingue un espacio interior y uno exterior sino que abarca todos los segmentos mundiales, *disciplinándoles* en los flujos económicos y regulatorios del mercado mundial.

El imperialismo es una máquina de demarcación, canalización, codificación y territorialización de los flujos de capital que obstruye ciertas corrientes y facilita otras. El mercado mundial, en cambio, requiere un espacio uniforme de flujos no codificados y desterritorializados (Hardt & Negri, 2002, p. 305).

Después de todo, se puede afirmar que la globalización neoliberal representa para Hardt y Negri una vía de salida del sistema, una *revolución pasiva*, para garantizar la supervivencia del capitalismo. Así, si el imperialismo fue la forma de desplazar al exterior del Estado-nación las contradicciones de los capitalismos nacionales, el Imperio global sería la forma de desplazar las contradicciones del propio sistema imperialista, mediante su abolición y dirigiendo la expansión hacia otros espacios⁶⁶. Según esta visión posmoderna, “la transición desde la edad del imperialismo, basada en una colección de estados belicosos en permanente conflicto entre sí, a la edad del imperio, está signada por el irreversible declinar del fundamento institucional y legal del viejo orden: el estado-nación” (Borón, 2004, p. 93).

Las consecuencias de todos estos procesos de *transnacionalización* del poder imperial y *uniformización del espacio social* se concretizarían en una ruptura no solamente de la vieja división internacional del trabajo, sino de la división internacional del trabajo en todas sus formas. “Mediante la descentralización de la

⁶⁶ La superación del imperialismo y del Estado-nación serían un elemento de diferenciación entre la modernidad y la supuesta era actual posmoderna.

producción y la consolidación del mercado mundial, las divisiones internacionales de las corrientes de mano de obra y de capital llegaron a fracturarse y multiplicarse hasta tal punto que ya no es posible demarcar amplias zonas geográficas como el centro y la periferia, el Norte y el Sur. (...) Con esto no queremos decir que los Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña y la India sean ahora territorios idénticos en cuanto a la producción y circulación capitalista, más bien significa que entre ellos no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado. (...) La geografía de un desarrollo desigual y las líneas de división y jerarquía ya no estarán determinadas por fronteras nacionales o internacionales estables, sino por límites fluidos infra y supranacionales” (Hardt & Negri, 2002, p. 307).

La tesis de una uniformización del espacio global choca no solamente con la versión clásica del imperialismo, sino que también con las corrientes neomarxistas de los años '70, encabezadas por la teoría de la Dependencia y basadas en el modelo centro-periferia. Precisamente por eso, es probable que sea esta última conclusión el mensaje que más oposición ha provocado en los ambientes políticos y académicos de la izquierda marxista.

Negri y Hardt subrayan la ausencia de liderazgo imperial. Presentan un mundo sin centros territoriales o fronteras fijas. Consideran que se han superado las disputas por la hegemonía. Entienden que el capital opera con el respaldo de instituciones mundiales a través de empresas transnacionales que no necesitan auxilios estatal-nacionales. Destacan que el mercado global reúne a los capitalistas norteamericanos, europeos, árabes y asiáticos en un sistema común que ha eliminado las viejas diferenciaciones militares, políticas y culturales (Katz, 2011, p. 220).

De todas formas, se puede afirmar que, por sus profundas implicaciones políticas, la obra entera publicada por Hardt y Negri ha provocado enormes críticas contra sus teorías posmodernas. Sin duda, la increíble resonancia que ha tenido la obra se debe al mérito de haber captado y explicado en profundidad diversas tendencias reales que sacuden el capitalismo contemporáneo. Estas tendencias podrían resumirse en: los efectos de la asociación internacional de capital; de la gestión conjunta de asuntos internacionales entre la triada imperialista (Estados Unidos, Japón y Europa); de la cada vez más influyente actividad de entidades supranacionales, o extraestatales, vinculadas a las actividades de finanzas, al comercio y a la producción internacionalizada (Katz, 2011). En otras palabras, “Negri y Hardt perciben acertadamente que la OMC, el FMI y el G-20 intervienen en la administración de la macroeconomía global estableciendo normas de libre comercio, regulaciones bancarias y políticas de gasto público” (Katz, 2011, p. 222).

No obstante los dos autores presenten su obra como una continuación de la visión leninista⁶⁷, lo cierto es que en la tesis de Imperio hay una fuerte consonancia con las hipótesis planteadas por el revisionismo de Kautsky. “Retomando la previsión del líder

⁶⁷ Véase pág. 218 de Hardt y Negri (2002).

socialdemócrata se estima que los capitalistas de distintos países han alcanzado un alto grado de asociación, forjando de hecho oligopolios ultraimperiales. La principal similitud radica en observar este proceso como un desenvolvimiento acabado. Lo que a principio del siglo XX se discutía como tendencia eventual del sistema, es visto ahora como una realidad consumada” (Katz, 2011, p. 222).

Comenzando por la cuestión del Estado-nación en la globalización, la obra de Hardt y Negri, o mejor su crítica, parece haber favorecido un debate teórico, útil para algunos importantes replanteamientos del marxismo⁶⁸. Para empezar, la cuestión del Estado-nación parece interesar también a George Soros -por poner el ejemplo de alguien que ya hemos presentado como defensor de la globalización neoliberal-. A tal propósito, el multimillonario explica cómo el Estado ha perdido alguna de las capacidades económicas que tenía con el modelo keynesiano:

“La capacidad de movimiento del capital debilita la capacidad del Estado para ejercer control sobre la economía. La globalización de los mercados financieros ha hecho que el Estado del bienestar surgido después de la Segunda Guerra Mundial quede obsoleto porque la gente que necesita seguridad social no puede dejar el país, pero el capital en que se basa el Estado del bienestar sí puede” (Soros, 2002, p. 21).

Pero habría que reflexionar más profundamente sobre la relación de estos procesos globalizadores, (que seguramente debilitan la capacidad económica del Estado), con el concepto de soberanía. Sin lugar a duda, la capacidad de circulación y movimiento del *capital mariposa* (así lo define D. Harvey) hace en cierta medida que la soberanía de los Estados sea un elemento anacrónico de la economía internacional. Por otro lado, sin embargo, el mismo Soros precisa: “es posible que sea anacrónico, pero en el concepto de soberanía descansa la fundación de las relaciones internacionales. Para ser realistas, tenemos que aceptar ese concepto” (Soros, 2002, p. 202). Para averiguar la afirmación de Soros, basta con contestar a la pregunta si (en las condiciones actuales) podría existir el capitalismo sin el poder estatal. La respuesta a día de hoy parece ser negativa.

Usando una metáfora expresiva, Borón (2004, p. 105) explica que “en el apartheid social del capitalismo contemporáneo el estado sigue desempeñando un papel crucial: “es el Leviatán hobbesiano en los ghettos y los barrios marginales mientras garantiza las bondades del contrato social lockeano para quienes habitan los opulentos suburbios. *Si analizamos más en profundidad la cuestión, notamos cómo hoy en día más que haber perdido soberanía el Estado parece haber cambiado notablemente las funciones desempeñadas. De hecho, el estado no es una entidad metafísica sino una criatura histórica, continuamente formada y reformada por las*

⁶⁸ Quizás se pueda afirmar que las potencialidades y la eficacia de la obra de Hardt y Negri no vayan más allá de la posibilidad de interrogar y cuestionar algunos elementos del pensamiento marxista sobre el imperialismo, para fomentar una necesaria reflexión sobre las novedades de la realidad internacional.

luchas de clases, sus formas difícilmente puedan ser interpretadas como esencias inmanentes flotando por encima del proceso histórico” (Borón, 2004, p. 103).

Entonces, se trata de estudiar el Estado en su forma neoliberal con el objetivo de comprender las actuales tareas que desempeña para el funcionamiento actual del MPC. En la actual etapa de la globalización neoliberal, la soberanía estatal parece ser utilizada por las fuerzas políticas y económicas dominantes para ejercer, por un lado, el papel de la represión de las clases trabajadoras y, por el otro, moldear la estructura económica sobre las necesidades de los capitales internacionales. Este cambio trascendental del papel estatal, responde a las transformaciones ocurridas con la globalización.

“Los mercados globales potencian la competencia entre las gigantescas corporaciones que dominan la economía mundial. Dado que estas firmas son transnacionales por su alcance y el rango de sus operaciones pero siempre poseen una base nacional, para tener éxito en esta lucha sin cuartel requieren del apoyo de “sus gobiernos” para mantener a sus rivales comerciales en raya. Conscientes de esta realidad, los estados nacionales ofrecen a “sus empresas” un menú de posibilidades” (Borón, 2004, p. 106).

Si tomamos el caso específico del ámbito financiero, en primer lugar, salta a la vista la importancia trascendental que reviste el Estado en la esfera económica; y en segundo lugar, se puede notar la diferencia sustancial entre la soberanía de los países del centro y de la periferia. Sintetizando, se podría decir que los Estados neoliberales trabajan para “facilitar la propagación de la influencia de las instituciones financieras a través de la desregulación pero, asimismo con demasiada frecuencia también garantizan la integridad y la solvencia de las instituciones financieras sin importar en absoluto las consecuencias. (...) El Estado tiene que intervenir y sustituir el dinero “malo” por su propio dinero supuestamente “bueno”, lo que explica la presión sobre los bancos centrales para mantener la confianza en la solidez de la moneda” (Harvey, 2007, p. 82).

Al mismo tiempo, las condiciones de los países de la periferia son radicalmente distintas a las de los países capitalistas avanzados. Ya se han explicado en el anterior capítulo las causas de los efectos opuestos de la financiarización en el centro y en la periferia. Harvey (2007, p. 83) pone otro significativo ejemplo para confirmar esta tesis. “Cuando los empresarios de los países en vías de desarrollo solicitan préstamos en el exterior, la exigencia de que su propio Estado debe tener una reserva suficiente de divisas extranjeras para cubrir sus créditos se traduce en que el Estado tenga que invertir, pongamos por caso, en bonos del Tesoro estadounidense. La diferencia entre el tipo de interés que se aplica al dinero prestado (por ejemplo el 12 por 100) y al dinero depositado como fianza en las arcas estadounidenses en Washington (por ejemplo, el 4 por 100) genera un importante flujo financiero neto al centro imperial a expensas del país en vías de desarrollo”.

Un detallado y completo abordaje del tema sobre las relaciones entre el Estado y el capitalismo contemporáneo requeriría un estudio tan amplio como necesario para comprender la actual situación política. En esta investigación, solamente se sacarán algunas conclusiones trascendentales que nos permiten avanzar con rigor en el análisis de la cuestión imperial actual.

En primer lugar, si es cierto que el Estado ha perdido cierta capacidad de control sobre el capital, también es verdad que el capital sigue necesitando el control de la estructura estatal para su supervivencia. Así, la mundialización del capitalismo no ha determinado la superación del concepto de soberanía-nacional, sino que está manifestando en toda su crudeza la contradicción (ya señalada) entre las necesidades expansivas del capital y los límites estáticos del Estado-nación. A tal propósito, también H. Arendt (lo hemos visto en el primer capítulo) había señalado una contradicción ideológica entre imperialismo y nación. Pero, el hecho de que el Estado-Nación y el capital transnacional estén en cierta medida en contradicción, no quiere decir que el capitalismo se beneficiase de la destrucción del primero. Los capitales transnacionales “necesitan utilizar la antigua estructura estatal para viabilizar políticas favorables a su inserción global. Sólo desde esta plataforma pueden impulsar leyes que liberalicen la entrada y salida de los fondos financieros, medidas favorables a la reducción de los aranceles y políticas de promoción de las inversiones foráneas. No existe ningún otro mecanismo para instrumentar esas iniciativas. Únicamente las burocracias nacionales pueden promover o bloquear esos procesos” (Katz, 2011, p. 81)

Una de las más grandes contradicciones del capitalismo es la que se da entre el capital y el trabajo; ¿acaso, entonces, el capitalismo ha eliminado el trabajo? No, porque lo necesita (por lo menos hasta hora) para sobrevivir, pero, sí que ha cambiado constantemente su forma e intensidad en el proceso productivo.

“El capitalismo depende de una estructura legal sostenida en la coerción y provista por los Estados. Estas instituciones se desarrollaron en cierto entorno territorial y en una variedad de estructuras que aseguran la reproducción global.(...) Lo que ha permitido la existencia del capitalismo es una variedad de Estados nacionales que continúan operando como pilar de una nueva acumulación a escala global” (Katz, 2011, p. 230).

En segundo lugar, a pesar de que esta menor capacidad económica podría significar (a largo plazo) una pérdida de soberanía estatal, hasta ahora está significando más bien una transformación de las tareas relacionadas con esta soberanía de los Estados todavía vigente. Hasta ahora, lo que la globalización neoliberal está realmente destruyendo son las sociedades nacionales construidas con el modelo keynesiano. “La globalización no plantea la cuestión general de la supervivencia del Estado-nación, como se nos quiere hacer creer, sino mucho más específicamente la continuidad sociocultural de las sociedades nacionales relativamente exitosas estructuradas en el período de posguerra sobre la base de formas diversas de economía mixta y ensayos más o menos logrados de Estados de Bienestar y desarrollistas. Esa

experiencia se caracterizó por la búsqueda de una complementación sinérgica del accionar del Estado y el mercado, en contraste con las alternativas neoliberal o socialista” (Sunkel, 2007, p. 477).

La última cuestión que se quiere subrayar es que la soberanía estatal no es algo pasivo, determinado mecánicamente por el régimen de acumulación internacional, no es una simple proyección de los procesos de expansión capitalista y sus lógicas. Ocurre rechazar un enfoque economicista y reductivo de la cuestión del Estado. “El EI (*Estado Imperial*) representa pero no se identifica con los intereses económicos dominantes. El presupuesto habitual o tácito es que el EI es sencillamente un reflejo pasivo, un molde vacío que ha de llenar el capital imperialista: el supuesto de que el EI puede reducirse a un simple instrumento de los intereses y fuerzas colectiva del capital imperial” (Petras, 2009, p. 81). Al contrario, dentro de un Estado se dan múltiples tensiones sociales y políticas que impiden hacer de su actividad un simple reflejo de procesos moleculares, como son los de la acumulación capitalista. Esto supone que si es verdad (como notan los posmodernos transnacionalistas) que centros paraestatales están asumiendo un inmenso poder en la actualidad, también es verdad que las relaciones de estas fuerzas transnacionales con los Estados-nación varían según la composición política y económica de cada país.

Las clases dominantes que han manejado el mundo no se disuelven súbitamente en conglomerados conjuntos con sus pares de la periferia. Existe una mayor presencia global de los grupos capitalistas de países subdesarrollados, pero esta injerencia no los convierte en partícipes de la dominación mundial. La internacionalización se procesa en un marco jerarquizado (Katz, 2011, p. 227).

Un proceso de transnacionalización está en curso, y las empresas transnacionales son hoy en día el actor dominante de la mundialización capitalista, pero esta transformación no afecta de la misma forma a todos los países y Estados. Ni siquiera las reglas impuestas por la superestructura jurídica del capital transnacional valen para todos. EEUU, por ejemplo, se niega a tratar la “Convención de los derechos del Niño”, precisamente por una “Cuestión de soberanía” (aunque no sea precisamente la soberanía estatal)⁶⁹. La soberanía nacional de los países de la periferia es constantemente atacada y pisada por el proyecto neoliberal, que sin embargo necesita al mismo tiempo que los Estados del capitalismo avanzado sigan con el ejercicio de su poder. Basta pensar en la crisis de los inmigrantes y de los refugiados que sacude las actuales sociedades europeas. Cuando los Estados europeos rechazan la entrada de personas que escapan de la guerra están ejerciendo su soberanía. Más allá de su vertiente humanitaria, limitando la entrada en la economía nacional, los gobiernos

⁶⁹ Así como lo explica en un artículo para la BBC Thomas Sparrow. “Por qué EE.UU. se niega a ratificar la Convención de los Derechos del Niño” 20 noviembre 2013
http://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/11/131108_internacional_eeuu_tratado_ninos_ratificacion_tsb

están controlando una componente esencial de la producción capitalista: la fuerza de trabajo.

El núcleo del neoliberalismo contemporáneo, que ha destruido derechos, recursos y asociatividad social en el mundo entero, no es la sustitución de la soberanía nacional por un tipo de mundialización desterritorializada del poder. Basta ver las murallas de cemento y acero que los supuestos Estados desarrollados levantan día a día ante el flujo de fuerza de trabajo, para comprender que la soberanía nacional de todos los países intenta ser reemplazada por la soberanía nacional de unos pocos, que pretenden decidir sobre el destino de otros (García Linera, 2015).

Una vez aclaradas estas cuestiones sobre la relación entre el Estado-nación y las tendencias del capitalismo de cara a constituir un Imperio global (así como lo señalan Hardt y Negri), se puede deducir que la globalización neoliberal no ha hecho del mundo un espacio liso, uniforme, sin diferencia de estructuras. “Ciertamente el grado de integración del mercado mundial contemporáneo supera los parámetros del pasado. Pero esta internacionalización no se procesa a través de equiparaciones, sino mediante crecientes fracturas” (Katz, 2011, p. 223). Para avanzar hacia una investigación de estas fracturas y nuevas divisiones, en definitiva hacia una definición del imperialismo en el capitalismo contemporáneo, se antoja necesario reflexionar previamente sobre las tensiones que se están dando en el sistema interestatal.

5.2 Estados Unidos, China y el sistema en movimiento.

“China es una gran amenaza en el mismo sentido en que es un gran problema cuando una gran potencia se niega a obedecer órdenes. Este es el desafío que enfrentan los Estados Unidos”.

Noam Chomsky. Entrevista al Southern Metropolitan Daily, (27 de agosto 2010).

En el anterior apartado, se ha visto cómo la globalización neoliberal ha transformado radicalmente la forma-Estado. Así mismo, el profundo proceso de transformación que está viviendo el MPC tiene un enorme impacto sobre las relaciones que vinculan los Estados. Como hace notar Wallerstein (2004, p. 248), “el sistema interestatal no es una variable exógena, creada por Dios, que limite o interactúe misteriosamente con la acumulación incesante de capital, sino simplemente su expresión en el terreno de la política”. Es oportuno, pues, vincular el análisis del

sistema económico actual con un estudio acerca de las tensiones que influyen las relaciones entre los Estados. Si bien éste podría ser el tema de toda una investigación, aquí sólo se abordará la posición de Estados Unidos en el sistema interestatal, junto a la cuestión de China, como otro actor determinante en el tablero geopolítico.

Iniciado en la década de 1990, el proyecto estadounidense de expandir su hegemonía a todo el capitalismo mundializado parece estar viviendo una fase particularmente turbulenta. En este sentido, lo que se plantea en este trabajo no es un declive de la dominación Estadounidense inaugurada en Bretton Woods, sino más bien una crisis de su hegemonía, debida principalmente a la peculiar forma de supremacía que ha asumido EEUU en la actual etapa neoliberal.

En primer lugar, es oportuno recordar que en esta investigación se considera la hegemonía internacional como un poder adicional, que no sustituye a la supremacía. Un poder relacionado a la capacidad de elaborar y liderar un proyecto económico, en el cual el interés particular del actor dominante viene a ser percibido como una parte integrante (y no contrastante) del interés general en el sistema interestatal. En definitiva, la hegemonía internacional está principalmente relacionada con la función política y social de las relaciones económicas internacionales. Si el Estado dominante consigue construir un sistema de relaciones económicas internacionales favorables a su liderazgo, y al mismo tiempo percibido como favorable por un grupo de actores subordinados, puede considerarse hegemónico. Por el contrario, si la dominación de un Estado es percibida como una amenaza por las fuerzas subalternas, no hay una hegemonía sino una supremacía⁷⁰. También Katz (2011, p. 243) subraya la importancia de asumir el significado auténtico de hegemonía. “Este razonamiento puede enriquecer el análisis del imperialismo, siempre y cuando se recuerde que la persuasión no sustituye el uso de las armas en la dominación que imponen las grandes potencias”.

Así, en la etapa dorada del capitalismo keynesiano y de la descolonización, la hegemonía de EEUU se debía al hecho de que “la estructura específica y el peso mundial del capitalismo estadounidense le dio la capacidad de dominar y conducir a los principales Estados capitalistas sin construir un imperio territorial tradicional” (Callinicos, 2006, p. 115). Como se ha visto en el tercer capítulo, las dos décadas sucesivas a Bretton Woods fueron caracterizadas por un desarrollo dinámico de las fuerzas productivas liderado y conducido por Estados Unidos. La demostración de la hegemonía de Washington fue confirmada por su capacidad de suministrar *bienes públicos* al sistema internacional, como un sistema monetario estable, otorgando así “a otros Estados un incentivo para obedecer y cooperar” (Callinicos, 2006, p. 126-127).

La expresión de “imperialismo colectivo”, usada por autores como Samir Amin (2007) o Claudio Katz (2011), quiere señalar precisamente la existencia de espacios de coordinación entre diferentes Estados con finalidades imperialistas. Espacios que surgieron en esta etapa histórica y se consolidaron, transformándose, en las décadas

⁷⁰ Esta conceptualización del concepto de hegemonía es parecida pero no idéntica a la de autores como Wallerstein (2004) o Arrighi (1999). Ya se ha analizado la cuestión en el apartado 3.3.

sucesivas. Por el contrario, la expresión no quiere decir que estos espacios de coordinación eliminen relaciones jerárquicas y de dominación en el sistema interestatal.

“El concepto de imperialismo colectivo no implica una administración equitativa de los asuntos mundiales. La denominación puede brindar esa errónea imagen, pero constituye una categoría destinada a clarificar otros problemas. (...)En la actualidad rige una modalidad colectiva que sustituye los viejos conflictos plurales por una administración conjunta. Las viejas potencias que guerreaban entre sí hasta la primera mitad del siglo XX, actúan ahora en forma concertada. No dirimen sus diferencias en el terreno bélico, sino en un marco acotado de rivalidades económicas y políticas” (Katz, 2011, p. 72-73).

La forma con la cual la Casa Blanca ha planificado la reavivación del desarrollo internacional capitalista en la posguerra ha sido el inicio de este proceso de coordinación interimperialista. Sucesivamente, la etapa neoliberal ha consolidado esta dirección del MPC global. Los capitales estadounidenses, japoneses y de los países europeos se mueven hoy en día en un espacio económico compartido y fuertemente entrelazado. La consecuencia de este proceso ha sido precisamente el surgimiento de un Imperialismo colectivo de la *Triada* (Estados Unidos, Japón, Unión Europea) (Amin, 2005), (Katz, 2011). En otros términos, “la solidaridad militar entre las potencias y la acción geopolítica coordinada que impera bajo el imperialismo actual también obedecen a la existencia de nuevas asociaciones económicas entre capitales de distinto origen nacional” (Katz, 2011, p. 77).

Las ETN son la expresión material de este fuerte entrelazamiento económico acentuado por el neoliberalismo. “Unas 200 compañías de este tipo controlan un tercio de la producción y el 70% del comercio mundial. Gestionan el 75% de las principales inversiones y casi todas las transacciones de productos básicos. Se ha estimado que un hipotético país conformado por estas compañías ocuparía el octavo lugar en un ranking del poder económico y contaría con un PIB superior al vigente en 150 países. La “fábrica mundial” y el “producto mundial” no son la norma actual, pero constituyen una tendencia del capitalismo contemporáneo” (Katz, 2011, p. 78).

Del mismo modo, la propiedad de estas ETN y el origen de sus capitales ponen de manifiesto las jerarquías vigentes en la gestión colectiva del imperialismo. “EEUU sigue siendo el poder dominante en términos absolutos y relativos: entre las 500 EMN (*empresas multinacionales*) más importantes, cuenta con 227 (45%), seguido por Europa Occidental, con 141 (28%), y Asia, con 92 (18%). Estos tres bloques regionales controlan el 91 % de las principales EMN del mundo” (Petras, 2009, p. 62). La dominación de Estados Unidos en el sistema internacional no parece estar mínimamente en cuestión. Por otro lado, sin embargo, parece haber entrado en crisis la posibilidad de que Washington continúe siendo el centro de un proyecto que permita expansión y estabilidad en todo el mundo capitalista avanzado. Del mismo modo, y en

parte por esa razón, el tentativo de Washington de consolidar y expandir su hegemonía más allá de la *Triada* no parece poder contar con bases sólidas.

Ante este telón de fondo, se analizará, en primer lugar, el por qué la hegemonía de Estados Unidos ha entrado en crisis también en las relaciones con los aliados históricos. Con el sistema fordista keynesiano, la economía norteamericana era el motor del éxito de los pactos socialdemócratas en los países del Viejo Continente, y de la democracia industrial de Japón. En la actual etapa neoliberal la situación ha cambiado radicalmente.

“La economía norteamericana vive parasitando a sus socios en el sistema mundial. El mundo produce y los Estados Unidos (cuya tasa de ahorro nacional casi no existe) consumen. La “superioridad” de los Estados Unidos es la de un depredador cuyo déficit se cubre con la aportación, consentida o forzada, de los demás” (Amin, 2005, p. 24).

Lo anterior no significa que haya un nuevo contraste interimperialista entre las potencias, sino más bien que existe un contraste entre diferentes intereses nacionales, una tensión que no obstante “no opone en lo fundamental los intereses de los segmentos dominantes del capital de ambos socios” (Amin, 2005, p. 26). Esto quiere decir que las exigencias imperiales de Estados Unidos no amenazan las fracciones aliadas del capital internacional, que sigue aprovechándose y expandiéndose con las reglas neoliberales, pero sí pone en duda la viabilidad de los proyectos políticos de los Estados-nación europeos.

¿Cómo puede ocurrir esto? En el caso de Europa, el capital transnacional se aprovecha del atlantismo pero no tiene la posibilidad de invertir los beneficios extraídos en las economías europeas; puesto que la superioridad estadounidense les obliga “a colocar el excedente de sus capitales (“de ahorro”) del que disponen para financiar el déficit de los Estados Unidos (consumo, inversiones, gastos militares)” (Amin, 2005, p. 25)⁷¹. Esta situación desemboca en una crisis de los Estados del Viejo Continente que deslegitima sus clases dominantes y amenaza con provocar cambios políticos. El caso de Japón, explica todavía Amin (2005), es análogo. El excedente del potente aparato industrial del país es colocado en los Estados Unidos para remediar las insuficiencias del *amo*. “Excedentes en Japón y Europa y déficit en Estados Unidos son las dos caras de una moneda en la que está grabado: liderazgo de los Estados Unidos/ajuste dependiente de sus socios” (Amin, 2005, p. 39).

Todo esto es el resultado de la *revolución pasiva* con la cual los Estados Unidos han conseguido salir de la crisis estructural de la década de 1970. La ofensiva neoliberal ha consolidado su supremacía internacional, pero alterado también la integridad de su economía. La desregulación y la liberalización total de la economía con el modelo neoliberal están vinculadas a la decisión de Estados Unidos de acabar

⁷¹ Para un análisis detallado del caso europeo dentro en las relaciones económicas con Estados Unidos, se señala el primer capítulo de Amin (2005).

con el sistema monetario *gold standard*, con la producción manufacturera y con buena parte de la denominada economía real. Los países europeos y Japón, como toda la economía internacional, tienen que colocar su excedente en la economía norteamericana, porque sobre la absorción de los capitales foráneos se basa el sostenimiento del país dominante. La internacionalización de su economía ha dado lugar a una “creciente segmentación de la industria norteamericana. Las compañías que operan a escala globalizada se han expandido y las firmas que actúan sólo a nivel nacional sufrieron sucesivos retrocesos. La ampliación del primer sector genera desequilibrio comercial y la regresión del segundo acentúa la pobreza y el desempleo” (Katz, 2011, p. 195). Estados Unidos ha mantenido sólo la producción doméstica en sectores y productos de alto valor añadido, apostando por deslocalizar todas las demás industrias.

Pero, la creciente desigualdad social (producto también de la disfunción imperial de su economía) en Estados Unidos no parece tener el mismo efecto político que en los países europeos. Dado que “la cultura política de los Estados Unidos ha producido un sistema conceptual muy diferente del europeo. Definiendo el concepto de libertad, poniendo el acento en algo específico como la libertad de empresa. Devaluando el concepto de igualdad, en comparación con su valor en Europa. (...) En este plano, los Estados Unidos inventaron un sistema político que se adecuaba perfectamente a esa dominación incontestada e interiorizada. El sistema presidencial, el “partido único” con dos fracciones (demócratas y republicanos) que anula así el alcance potencialmente peligroso en otros lares de la práctica democrática electoral” (Amin, 2005, p. 35).

En definitiva, el pensador egipcio concluye así la reflexión sobre la cohesión entre las potencias del imperialismo colectivo: “la tendencia económica dominante opera a favor de la unidad de la Tríada, la política inspira su ruptura debido a la diversidad de los intereses nacionales y de las culturas políticas⁷²” (Amin, 2005, p. 26). En otros términos, parece ser que el interés particular de la potencia dominante no sea visto ya cómo un factor positivo del interés general de sus aliados. Hay evidentemente una fuerte crisis de la hegemonía internacional de Estados Unidos, que sin embargo sigue teniendo la superioridad militar e ideológica⁷³. También sigue siendo la potencia económicamente dominante, pero precisamente su dominación se está convirtiendo en una amenaza para el orden sistémico. Otra vez, dialogar con un defensor del orden imperial como Soros resulta útil para comprobar esta tesis.

⁷² Samir Amin (2005, p. 32-33) entiende por interés nacional, aquellos intereses que “se expresan a través de estrategias y de las reivindicaciones del conjunto del sistema productivo “nacional”. La defensa de esos intereses afecta a importantes fracciones de las clases medias y por ello pesa en los cálculos electorales. Pero también están los intereses de las clases populares- de los trabajadores”. Por otro lado, la cultura política es “el producto complejo, fruto a la vez del despliegue histórico de las luchas sociales internas propias de un país en concreto y de la articulación de esas luchas en los conflictos internacionales, definiendo como resultado el lugar de dicho país en el orden mundial”.

⁷³ De la superioridad militar de Estados Unidos en la posguerra fría, ya se ha hablado en el apartado 4.2, aunque se volverá a tratar en el último (el próximo) apartado. Por otro lado, la dimensión ideológica de la globalización neoliberal ha sido tema de amplia reflexión en el apartado 4.3.

“Estados Unidos debería prestar mucha más atención al funcionamiento global del sistema y al destino del conjunto de la humanidad. (...) En cuanto a lo militar se necesitarían décadas antes de que cualquier Estado pudiera retornos. (...) En la esfera económica, el dominio de Estados Unidos está menos asegurado, pero las amenazas proceden más del sistema que de la posición de Estados Unidos del sistema” (Soros, 2002, p.191-192).

La relación de dependencia que vincula los Estados Unidos a la economía internacional no conlleva su vulnerabilidad a la competencia internacional, porque su supremacía financiera les permite absorber capital desde el exterior. Las raíces de su dominación económica están bien plantadas en la arquitectura del sistema financiero internacional. Las pruebas son contundentes. El hecho de que Washington ocupe hoy en día el papel del gran deudor no tiene que confundir sobre este asunto. Esto, “puede ser interpretado como un signo de decadencia y subordinación a los rivales ascendentes, pero es, en realidad, otro indicio del papel central que ocupa la primera potencia en el ciclo mundial de los negocios” (Katz, 2011, p. 193).

Alrededor del endeudamiento de los Estados Unidos gira la posibilidad que tienen los países de vender a este país -el principal mercado mundial- sus productos. “Mediante la importación masiva de bienes, la economía norteamericana mantuvo aceitado el ritmo de actividad mundial, durante la última década. Todos los exportadores intentan sostener su cuota de ventas en Estados Unidos, y esa tarea exige mantener la gravitación del dólar” (Katz, 2011, p. 193).

Esta posición neurálgica de Washington en los equilibrios económicos mundiales está confirmada por el papel decisivo de Wall Street y de la Reserva Federal en la gestión del sistema bancario internacional. Inicialmente la mundialización financiera se basó en un “manejo autónomo de la liquidez mundial” por parte de los bancos del mundo capitalista avanzado, pero a principios de los 90 se realizó una “fuerte centralización de las operaciones”. Dentro de la restauración neoliberal, Washington aumentó las tasas de interés y asumió un fuerte control de las transacciones financieras. “Lo ocurrido en la crisis reciente ha sido muy ilustrativo de este poderío. Toda la política de socorro estatal a los bancos implementada a nivel internacional fue primero definida por los banqueros estadounidenses, luego asumida por el gobierno de ese país y, finalmente, adoptada por el resto de las potencias” (Katz, 2011, p. 191).

Evidentemente, esta forma de dominación provoca fuertes desequilibrios y tensiones dentro del mismo sistema de alianzas de Washington. Si bien no parece poner en peligro su dominación, a diferencia del keynesiano, el modelo neoliberal no garantiza a Estados Unidos la hegemonía en un sistema interestatal estable y armonioso. Pero, los problemas de Washington parecen llegar más bien de países que están emergiendo en la posguerra fría. Cómo se ha visto en el apartado 4.2, la gestión imperial de la caída de la URSS y la mundialización del capitalismo apuntó a la incorporación de nuevas áreas a la periferia del sistema imperialista occidental. Esto,

además de un proyecto económico, conlleva la restructuración política del sistema internacional tal y como fue diseñado en 1945.

La pretensión norteamericana de convertirse en la hegemonía global en la posguerra fría está cuestionando el orden internacional de Bretton Woods, basado en la modernización autónoma (no independiente) de las viejas colonias de Asia y de África, y en la independencia del sistema soviético⁷⁴. La manifestación de esta tensión serían las decisiones asumidas unilateralmente por Washington en el nuevo siglo, sin respetar las instituciones internacionales (como la ONU) que garantizaban el equilibrio internacional en la posguerra. “El proyecto imperial cuestiona en unos casos la eficacia y en otros la propia existencia de algunas instituciones internacionales multilaterales, en especial, la de aquellas que han sido creadas para defender los intereses comunitarios y que pudieran suponer alguna restricción a la libertad de acción de los Estados Unidos. Las Naciones Unidas y en especial el Consejo de Seguridad han sido el objeto central de esta estrategia de erosión” (García & Rodrigo, 2008, p. 39).

Así como el surgir del imperialismo respondía a transformaciones estructurales del MPC, más que a políticas voluntarias de pequeñas élites europeas, también el proyecto imperial de un Nuevo Orden Mundial en la actualidad tiene que ser interpretado como una manifestación política y militar de la globalización económica. Describiendo la política exterior de Estados Unidos, y citando un documento oficial sobre los proyectos en el ámbito militar espacial, Noam Chomsky comenta: “los ejércitos eran necesarios “durante la expansión hacia occidente de los Estados Unidos Continentales”, en defensa propia. El siguiente paso lógico son las fuerzas espaciales para proteger “los intereses nacionales (militares y comerciales) estadounidenses y sus inversiones. (...) La necesidad de un dominio total del entorno aumentará como resultado de la “globalización económica” (Chomsky, 2004, p. 333-334).

Dentro de esta atmosfera de tensión provocada por el proyecto imperial estadounidense hay que considerar la problemática cuestión de China en el orden capitalista contemporáneo. En un artículo para *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet (2015) precisa como el Dragón “sigue siendo un Estado ‘emergente’, con gigantescas bolsas de pobreza en diversas zonas del interior (...). Pero su masa demográfica es tan enorme (casi mil quinientos millones de habitantes) que su peso económico global está alcanzando niveles inauditos. De hecho, desde diciembre de 2014, en términos de poder adquisitivo global de su población, China es ya la primera potencia económica del planeta. Su economía representa el 16,5% de la economía mundial, frente al 16,3% de Estados Unidos que ocupaba ese puesto de “primera potencia económica” desde 1872. Poco a poco, y a pesar de sus considerables flaquezas, Pekín va configurándose efectivamente como la única potencia capaz de establecer, a medio plazo, una verdadera ‘rivalidad estratégica’ con Washington”.

Del espectacular crecimiento económico de China, y de su peculiar proyecto político, deriva la preocupación del gobierno norteamericano sobre el gigante asiático. Obama considera que China puede realísticamente desafiar la hegemonía mundial a

⁷⁴ Véase el capítulo 4.3, y la división del mundo en tres sistemas en la etapa de Bretton Woods.

Estados Unidos en la segunda mitad de este siglo (Ramonet, 2015). En el 2018 habrán pasado ya cuarenta años desde la apertura de la economía china al sistema económico capitalista. En los años de la Revolución cultural, Mao había afirmado que Deng Xiaping (el liberalizador) fue desde siempre un “seguidor del camino capitalista” (Harvey, 2007). La verdad es que Pekín adoptó medidas de socialismo con mercado basándose en las experiencias como la yugoslava. Sólo posteriormente, con el paso de los años y de las transformaciones del sistema-mundo capitalista, ha llegado a lo que hoy se define como socialismo, o capitalismo (según las interpretaciones), con características chinas.

Por supuesto, no es éste el espacio para investigar en profundidad acerca de la naturaleza del Estado chino y de su gigantesca economía. Pero, tampoco se puede reflexionar sobre China en el mundo sin reflexionar sobre lo que pasa en su interior. Harvey (2007, p. 131) considera que, a día de hoy, el resultado del proceso de liberalización de la economía en China “ha sido la construcción de un tipo particular de economía de mercado que incorpora de manera progresiva elementos del neoliberalismo imbricados con un control autoritario y centralizado”. Lo que es realmente importante precisar es que la liberalización de la economía china es un elemento esencial dentro del proceso de mundialización del capitalismo, tal y como lo fue la incorporación de los países de la URSS al sistema. Pero, como ya queda apuntado, los dos procesos representan dos ejemplos radicalmente distintos. En el caso de las economías soviéticas, la gestión colectiva del imperialismo consiguió realizar una “terapia de choque” que amplió enormemente la periferia sumisa al centro metropolitano⁷⁵. Por el contrario, el Dragón asiático “al tomar su propio y peculiar camino... consiguió construir un modelo de economía de mercado manipulada por el Estado que proporcionó un espectacular crecimiento económico (arrojando una tasa media de crecimiento cercana al 10 por 100 anual) y que ha aumentado de manera más progresiva el nivel de vida de una significativa porción de la población durante más de 20 años” (Harvey, 2007, p. 133).

Por eso, China ha entrado en la globalización económica y en la división internacional del trabajo de una forma muy original e independiente. Además, no hay que olvidar que la economía nacional no inició su increíble crecimiento con la apertura al capitalismo. Ya en la etapa maoísta (de 1950 a 1980), el país “había registrado un crecimiento excepcional con tasas que duplicaban las de la India o las de cualquier otra gran región del Tercer Mundo (...).En el periodo maoísta la prioridad era la construcción a largo plazo de una sólida base, la nueva política económica ha puesto el acento en una mejora inmediata del consumo, posible gracias a esfuerzos previos” (Amin, 2005, p. 45).

Si bien la entrada de China en la globalización ha significado la elección del capitalismo por parte de la clase dirigente y del Partido Comunista, sería demasiado superficial afirmar que este pasaje ha eliminado en la sociedad china cualquier huella de la revolución, y de la legitimidad de sus valores. “La revolución china es, como la

⁷⁵ Se ha tratado este tema en el apartado 4.2.

francesa, el acontecimiento mayor, el corte decisivo en la historia de esos dos pueblos. (...) La clase dirigente china sabe... que su pueblo está unido a “los valores del socialismo” (la igualdad en primer lugar) y a los avances reales con los que se ha asociado (el derecho de acceso equitativo a la tierra para todos los campesinos en primer lugar)” (Amin, 2005, p. 48-49).

Si la transición al capitalismo por parte de la dirigencia soviética fue una rápida y dolorosa traición a los valores de la revolución, la china ha elegido un camino muy diferente. El discurso del actual presidente Xi Jinping (con ocasión del aniversario número setenta de la victoria del país contra la agresión japonesa en la II Guerra Mundial) es una prueba de las múltiples tensiones que atraviesan China en esta etapa histórica: “En el camino de avance, el pueblo de todas las etnias del país ha de atenerse, bajo el liderazgo del Partido Comunista de China, a la orientación del marxismo-leninismo, el pensamiento Mao Zedong, la teoría de Deng Xiaoping, el importante pensamiento de la triple representatividad y la concepción científica del desarrollo”⁷⁶. En particular, la teoría de la “triple representatividad” expresa la apuesta del Partido Comunista para el crecimiento y la modernización capitalista, abandonando la lucha de clases y al mismo tiempo manteniendo el horizonte de una sociedad igualitaria⁷⁷. Ésta es la base teórica política de lo que hoy la clase dirigente denomina el “socialismo con peculiaridades chinas”. Un modelo económico que diferentes autores y autoras de distintas corrientes definen una “combinación entre un sistema de asignación de los recursos de mercado y una propiedad mayoritariamente estatal de las unidades productivas” (Ceccotti, 2015).

Es evidente que hoy China es un país capitalista con niveles inhumanos de explotación laboral. Pero también es evidente que la inserción del país en el capitalismo mundial está influenciada por su historia política, y por la voluntad política de su sociedad. “Los chinos tienen una fuerte conciencia del lugar que su nación ocupa en la historia. El nombre del país –Chong Kuo- no hace referencia a ninguna etnia específica; significa “imperio del Centro” (Amin, 2005, p. 67). El pasado revolucionario se mezcla con la aspiración de potencia de la sociedad china. Éstas son las premisas para comprender el papel del Dragón asiático en el orden capitalista contemporáneo.

“China domina la totalidad del este y el sureste de Asia como una potencia hegemónica regional con una enorme influencia global. Tiene capacidad

⁷⁶ Texto íntegro del discurso del presidente chino en conmemoración del 70º aniversario del fin de Guerra Antifascista Mundial, 3 de septiembre de 2015

(<http://www.politica-china.org/nova.php?id=5887&clase=8&lg=gal>)

⁷⁷ La expresión se debe al discurso Jiang Zemin el XVI Congreso Nacional del Partido Comunista de China "Al observar el difícil curso y las experiencias de los pasados 80 años, mirando hacia adelante a las arduas tareas y el brillante futuro del nuevo siglo, nuestro Partido debe continuar en la vanguardia de los nuevos tiempos y dirigiendo al pueblo en la marcha hacia la victoria. En una palabra, el Partido debe siempre representar las inquietudes del desarrollo de las fuerzas productivas avanzadas de China, representar la orientación del desarrollo de la cultura avanzada de China, y representar los intereses fundamentales de la mayor parte de la población de China"

para reafirmar sus tradiciones imperiales tanto en la región como más allá de la misma” (Harvey, 2007, p. 153).

Su espectacular y peculiar crecimiento económico le ha convertido en el principal consumidor de las fuentes extranjeras de materias primas, lo que determina la necesidad de activar una diplomacia exterior capaz de responder a los intereses geoestratégicos. Además, “tal y como invariablemente sucede con las dinámicas exitosas de acumulación de capital, llega un punto en el que los excedentes internos acumulados por una economía requieren una válvula de escape hacia el exterior. Una vía ha consistido en financiar la deuda estadounidense y, por lo tanto, mantener boyante su mercado para los productos chinos, aunque manteniendo el tipo de cambio del yuan convenientemente vinculado al valor del dólar” (Harvey, 2007, p. 154).

En la política económica interior el país tiene inevitablemente que basar su desarrollo capitalista también en ciertas medidas keynesianas: para mantener la estabilidad social necesita que el Estado financie infraestructuras y en general cree puestos de trabajo para absorber la enorme cantidad de mano de obra que existe en el país (Harvey, 2007). Por otro lado, sin embargo, sin la globalización neoliberal, China no hubiera podido desarrollar tanto sus fuerzas productivas en tan poco tiempo. Por un lado, la increíble absorción de inversión extranjera directa que inundó el país fue el ingrediente explosivo que encendió la sólida estructura construida en la etapa maoísta (Harvey, 2007). Por el otro, la liberalización de las economías nacionales permite a la potencia ampliar su poder geoestratégico y geopolítico, dando nueva linfa al proyecto nacional. El papel del país en África es un perfecto ejemplo. “El volumen de los intercambios comerciales de Pekín con los países africanos alcanzó, en 2014, unos 200.000 millones de dólares, o sea más del doble de los intercambios de África con Estados Unidos” (Ramonet, 2015). Hay que precisar que la llegada de China no es nueva en el continente, pero en los últimos años ha adquirido mucha mayor importancia que en el pasado. La dependencia de las materias primas y la fiebre para encontrar salidas rentables a capitales, que todavía no se pueden orientar al consumo interior, son las causas de esta situación. En este contexto, la potencia asiática está aumentando su participación militar en el área, y todos los indicios parecen señalar que pronto tendrá su primera base militar en Yibuti (Richiello, 2015)⁷⁸.

A nivel general, las previsiones de expertos y expertas afirman que “la República Popular China (...) desplegará una política exterior aún más activa. Al mismo tiempo, (...) mantendrá una expansión activa con créditos e inversiones en África, en el espacio postsoviético y en América Latina y el Caribe, lo que la convertirá en un actor económico clave en casi todo el mundo subdesarrollado” (Guerra, Arkonada, Suárez Salazar, & González, 2015). En el 2014, los préstamos chinos en América Latina han superado por cantidad aquellos procedentes del Banco Mundial. Tal y como ha sucedido en África, los Estados del continente latino se

⁷⁸ Para una sintética pero completa análisis de China en África, se aconseja la lectura de D. Brautigam (2011).

aprovechan de las mejores condiciones y de la mayor facilidad de las instituciones financieras de China⁷⁹.

Todas estas relaciones comerciales, financieras y productivas que el Estado chino va tejiendo por el mundo suponen obviamente una nueva dependencia de los países periféricos frente al gigante asiático. Pero, al mismo tiempo, el peso de China se está convirtiendo cada día más en una fuerza económica y un sostén financiero para muchos países que necesitan de capitales y de socios económicos para desarrollar proyectos que chocan con los planes norteamericanos. La creación de mecanismos de coordinación, y la gradual institucionalización de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) evidencian las afinidades que hay entre China y otros países que están emergiendo como potencias productivas, y cuyos planes no entran en el orden mundial dibujado por Estados Unidos.

Este creciente peso de China en las relaciones internacionales se manifiesta, y se despliega, sobre todo en los puntos neurálgicos de la dominación estadounidense: el ámbito financiero y monetario. En el primer caso, con la creación del “Banco Asiático de Inversión en Infraestructura” (AIIB), el país “quiere rivalizar nada menos que con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (...) El AIIB competirá además con el Banco Asiático de Desarrollo (BASD, por sus siglas en inglés), creado en 1966, y muy controlado por Japón. Por eso, ni Tokio, ni Washington se han adherido –por ahora– al AIIB aunque han fracasado rotundamente en su intento por disuadir a sus principales aliados de hacerlo” (Ramonet, 2015). Como se puede apreciar por el gráfico, ya han adherido al banco más de 50 países, señal que el Estado chino tiene mucho para ofrecer al mundo capitalista.

⁷⁹ “America Latina, i prestiti cinesi superano quelli della Banca Mondiale”, 2 marzo de 2015. <http://contropiano.org/articoli/item/29432>



FUENTE: ChinaUS Focus, 16 de abril 2015

(<http://www.chinausfocus.com/foreign-policy/aiib-is-not-to-challenge-the-u-s-dominance/>)

Por otro lado, en el plano monetario, la fuerza de China en las relaciones con países periféricos, externos a la *Triada* imperialista, se manifiesta en el uso cada vez más frecuente de la moneda nacional, el yuan, en las transacciones económicas. “Las fluctuaciones del ‘billete verde’ estadounidense y las flaquezas del euro hacen que China desee disponer de su propia divisa, y quiera imponerla como divisa internacional. Más de un millar de bancos en unos 85 países utilizan ya el yuan en sus transferencias. En África, el yuan es, desde hace tiempo, un instrumento fundamental de la política china de inversiones. Nigeria, Ghana, Zimbabue y Sudáfrica, por ejemplo, son algunos de los países que han adoptado el “billete rojo” como moneda de pago internacional y de reserva” (Ramonet, 2015). Además, China y Rusia están incrementando cada vez más el uso del yuan y del rublo para los intercambios comerciales⁸⁰.

Por tanto, no es difícil concluir que el sistema interestatal vive una etapa de profundas tensiones. La ascensión de China como líder económico de un grupo de países de la periferia se inserta en una fase de restructuración de la dominación estadounidense, que si bien parece haber perdido la capacidad económica de funcionar como motor de un proyecto político global, no ha perdido la supremacía en los

⁸⁰ “Devastador amanecer para el dólar: China lanza el comercio bilateral en yuanes y rublos.” 29 de diciembre de 2014. (<http://actualidad.rt.com/economia/161785-china-devastador-dolar-rublo-yuanes>).

sectores estratégicos. “Probablemente es el principal icono de los Estados Unidos, el dólar, el que mejor simboliza esta nueva fase. Un dólar en declive como principal moneda internacional que a pesar de seguir siendo la referencia, va perdiendo peso e influencia frente al yuan y el rublo, que ya han comenzado a ser utilizados por China y Rusia en sus transacciones comerciales, sobre todo en la venta y compra de petróleo y gas” (Arkonada, 2015). Mucho más compleja parece ser la definición de la competencia capitalista que esta nueva situación provoca, sus dinámicas, sus actores y sus ámbitos neurálgicos. Para hacerlo, se considera útil volver a la definición de imperialismo que se ha explicado y analizado en la primera parte de esta investigación.

5.3 Relaciones imperiales y sistema multipolar.

“Generalmente, los sistemas mundiales antiguos casi siempre han sido multipolares, incluso si esta multipolaridad, hasta ahora, nunca ha sido siempre verdaderamente general e igual. Por ello la hegemonía ha sido siempre más un objetivo buscado por las potencias que una realidad. Las hegemonías, cuando han existido, siempre han sido relativas y provisionales.

Samir Amin, “Por un mundo multipolar”.

Las mutaciones del esquema de reproducción sistémica del capital son la base para el estudio de las nuevas formas de imperialismo que están surgiendo en la actual etapa del capitalismo histórico. A tal respecto, hay que recordar, en primer lugar, que en esta investigación el tema del imperialismo es abordado en los términos de una compleja interrelación entre las dinámicas de reproducción del capital y la lógica de expansión territorial de las entidades políticas, como los Estados; en segundo lugar, que uno de los mensajes más importantes de la corriente clásica del marxismo es haber analizado y explicado que la causa del expansionismo imperialista son los factores económicos. Por lo tanto, es necesario resumir brevemente lo anterior expuesto sobre la actual lógica de la reproducción capitalista, para posteriormente definir tanto los actores como las lógicas del imperialismo contemporáneo.

Hay múltiples evidencias de que “la internacionalización económica durante este período de neoliberalismo ha sido marcada tanto por la rivalidad competitiva entre los principales poderes capitalistas como por la creciente interpenetración económica de las empresas capitalistas y la interdependencia política de los estados capitalistas” (Albo, 2004, p. 131-132). Competencia e interpenetración conviven en el capitalismo contemporáneo. Por un lado, la globalización neoliberal ha agigantado las entidades económicas y creado monopolios de enorme tamaño que no eliminan, sino acentúan, la competición internacional. La consecuencia de ello es la perdurabilidad de la

competencia económica en nuevas condiciones (Katz, 2011), como subrayan diversas corrientes internacionalistas del marxismo contemporáneo, por ejemplo Vasapollo (2005). Por otro lado, las condiciones económicas de la globalización (desregulación y centralización internacional del capital) han acentuado el entrelazamiento y la interdependencia de los actores económicos que compiten. El resultado de estos dos procesos simultáneos es la presencia de fuerzas centrípetas y centrifugas que inciden contemporáneamente en el desarrollo internacional capitalista. Hay lógicas cooperativas y competitivas, tensiones “entre rivalidad económica competitiva e interdependencia en el mercado mundial” (Albo, 2004, p. 134) que determinan simultáneamente la reproducción internacional del capital.

El problema de sobreacumulación que el capitalismo tiene que enfrentar constantemente perdura en estas nuevas condiciones. El sistema ha solucionado históricamente el problema mediante la expansión geográfica, a través de la absorción y capitalización de espacios exteriores para dar salidas rentables a los capitales excedentes. Obviamente, la relación entre interior y exterior del MPC ha cambiado radicalmente con la mundialización del capitalismo. Pero, antes de analizar cómo se presenta esta relación en el capitalismo contemporáneo, es necesario señalar que el capitalismo enfrenta las crisis de sobreacumulación también a través de soluciones temporales. Es decir, a través de “desplazamientos temporales mediante la inversión en proyectos a largo plazo o gastos sociales (enseñanza y educación) que demoran la reentrada del capital en la circulación” (Harvey, 2004, p. 93). Estas soluciones temporales se combinan continuamente con las soluciones del primer tipo, que definimos espaciales (expansión geográfica, apertura de nuevos mercados), conformando conjuntamente la forma con la cual se mantiene posible la reproducción ampliada del capital. Es lo que Harvey (2004, p. 97) define “solución espacio temporal”: “una metáfora de tipo particular de resolución de las crisis capitalistas mediante la demora temporal y la expansión geográfica”.

Siguiendo el razonamiento del geógrafo estadounidense, el *exceso de capacidad generalizado* (una especie de crisis de sobreacumulación difusa y permanente) en la globalización neoliberal se debe al hecho de que países que han servido para absorber capitales excedentes en las décadas anteriores, han pasado rápidamente a tener la misma necesidad de encontrar salidas a sus propios capitales. (Harvey, 2004, p. 100). “La rapidez con que algunos de ellos, como Corea del Sur, Singapur y Taiwán, pasaron de ser importadores a exportadores netos de capital ha sido sorprendente comparada con los ritmos más lentos característicos de periodos anteriores. Pero por la misma razón estos territorios exitosos tienen que ajustarse más rápidamente al efecto búmeran de sus propias soluciones espacios-temporales” (Harvey, 2004, p. 101).

Entonces ¿Cómo soluciona el capitalismo este problema de sobreacumulación constante?

Para Harvey, (2004, p. 101-103) “este proceso tiene dos posibles salidas globales. De acuerdo con la primera, se renuevan una y otra vez las soluciones espacios-temporales, y los capitales excedentes se absorben de

forma episódica. (...) El sistema capitalista permanece en conjunto relativamente estable, aunque las partes sufren dificultades periódicas. (...) Pero otra segunda posibilidad abierta es la de una exacerbación de la competencia internacional, con múltiples centros dinámicos de acumulación de capital enfrentados en la escena mundial, buscando cada uno de ellos su propia solución a los importantes problemas de sobreacumulación. (...) Esto último puede convertirse, a través de la lógica territorial de poder en pugnas entre Estados en forma de guerras comerciales y monetarias, con el peligro siempre al acecho de confrontaciones militares.

En la fase actual, estas dos “vías de salida” parecen presentarse simultáneamente, provocando periodos de tensión internacional alternados con espacios y momentos de cooperación transnacional. Las políticas económicas de China representan la prueba más contundente de ello. La potencia asiática puede funcionar como un inmenso contenedor del excedente de capital, absorbiendo productos y capitales extranjeros y recurriendo a soluciones temporales que inmovilizan el capital en su economía doméstica (proyectos infraestructurales y otras inversiones a largo plazo) (Harvey, 2004). Sin embargo, al mismo tiempo, el país puede elegir la opción de desarrollar una política económica independiente que favorezca su papel de exportador, a detrimento de su función importadora. De las líneas que adoptará el Partido Comunista depende la estabilidad y el futuro del capitalismo internacional. Lo ocurrido en agosto del 2015, tras la decisión del gobierno chino de devaluar la moneda nacional, lo confirma. Devaluando el yuan, Pekín ha actuado para favorecer las exportaciones del país (abaratando sus productos), amenazando así todos los actores que ven en el país una fuente de demanda para la economía internacional. La preocupación del sistema internacional no tardó en manifestarse; las bolsas de todo el mundo registraron caídas impresionantes durante aquellos días⁸¹. En otros términos, si bien los intereses de las economías más potentes están fuertemente entrelazados en el mercado mundial, hay importantes y delicados espacios y márgenes de conflicto y competencia. En este sentido, hay que contextualizar la devaluación del yuan dentro de la guerra monetaria y comercial que parece sacudir las relaciones complejas, y a veces contradictorias, entre las grandes economías capitalistas⁸².

La fuerte interdependencia, y los estrechos vínculos que atan los capitales transnacionales en el mercado mundial, no están impidiendo –en el contexto de una crisis de hegemonía de EEUU- la creación de lo que diversos estudiosos y estudiosas de la geopolítica definen como un nuevo *sistema multipolar*. La idea de un sistema multipolar no es algo nuevo en absoluto, por el contrario la excepción histórica fue la conformación de un orden (casi) bipolar en la posguerra. Sin embargo, el sistema multipolar que se está consolidando tiene la peculiaridad histórica de convivir con un sistema-mundo caracterizado por la extensión mundial del capitalismo, y por la fuerte

⁸¹ Cina, una svalutazione che aiuta l'export ma segna uno stop al «sogno cinese», Il Manifesto, 12 de agosto de 2015. ([Http://ilmanifesto.info/cina-una-svalutazione-che-aiuta-lexport-ma-segna-uno-stop-al-sogno-cinese/](http://ilmanifesto.info/cina-una-svalutazione-che-aiuta-lexport-ma-segna-uno-stop-al-sogno-cinese/))

⁸² Se analizará el tema más adelante.

interdependencia entre todos los segmentos de la economía global. Estos bloques de poder pueden ser definidos como polos diferentes, en competición entre ellos, pero pertenecientes al mismo sistema capitalista global.

La competencia internacional entre distintos bloques de poder económico tiene ciertamente sus raíces en la propia lógica de acumulación de capital. El punto es que “de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo surge necesaria e inevitablemente cierta lógica territorial de “poder” –“regionalidad”- informal, porosa, pero así y todo identificable; y que la competencia interregional y la especialización en y entre esas economías regionales se convierten, por consiguiente, en un rasgo fundamental del funcionamiento del capitalismo” (Harvey, 2004, p. 88-89). Pero no hay que infravalorar los factores políticos. Más allá de la tendencia multipolar intrínseca al mercado mundial, en la fase actual la conformación de bloques de poder regional no se podría entender sin salir de la visión economicista. Entre estos polos regionales interconectados por la economía mundial, no hay un espacio liso y horizontal; dentro de ellos actúa el “nuevo imperialismo”: “la reproducción sistémica del desarrollo desigual y de la configuración organizacional jerárquica del mercado mundial mediante intercambios económicos formalmente iguales y relaciones políticas entre estados” (Albo, 2004, p. 134).

Los Estados no actúan de forma pasiva en la conformación de estos bloques regionales, no son meros contenedores de los flujos capitalistas. Así mismo, la dirección que tomará un bloque regional u otro en la globalización no será el resultado de la mano invisible del mercado, o de las leyes naturales de la competencia. Puesto que “no hay “leyes de expansión capitalista” que se impongan como una fuerza sobrenatural. Ni tampoco hay un determinismo histórico anterior a la historia. Las tendencias inherentes a la lógica del capital chocan con la resistencia de las fuerzas que no aceptan sus efectos. La historia real es por lo tanto el producto de este conflicto entre la lógica de la expansión capitalista y las que se derivan de la resistencia de las fuerzas sociales víctimas de su expansión (Amin, 2005, p. 206). Esto quiere decir que la expresión de sistema multipolar no se reduce a la existencia de múltiples polos de acumulación capitalista, sino que la crisis de hegemonía estadounidense se manifiesta también en el surgimiento de fuerzas políticas contrahegemónicas, bloques de poder que tienen capacidad de incidencia en el sistema internacional.

Tras la perturbación creada por la devaluación del yuan se esconde un problema real, estructural, para los actuales equilibrios económicos globales. La verdadera cuestión es que el crecimiento de China está manifestando sus límites dentro del modelo económico elegido por el gobierno. Las tasas de crecimiento económico están bajando, han disminuido las exportaciones y también la producción industrial. Pero los límites del proyecto capitalista chino son en realidad límites de todo el capitalismo globalizado, y se convierten en conflicto político en el momento en el cual la solución a estos límites es interpretada de forma diferente por las potencias (Casadio, 2015). Si la Triada imperialista presiona para ahondar en la privatización de la economía china - aumentando así el espacio de valorización del capital y la sumisión de China al capital transnacional- no está claro si el gobierno está dispuesto a perder el control público de

importantes sectores de la economía (Casadio, 2015). Por ende, las contradicciones a las que se enfrenta hoy la potencia asiática tienen que ver también con la situación específica del país.

En este contexto, la creciente institucionalización de los BRICS como bloque de poder político señala que estos países de la “periferia productiva” del sistema quieren desarrollar un proyecto alternativo dentro de la globalización, pero fuera de la dominación estadounidense. El mismo Putin ha afirmado: “No consideramos a los BRICS como un competidor geopolítico de los países de Occidente o sus organizaciones. Al contrario, estamos abiertos al diálogo con quienes estén interesados en él dentro de un modelo general multipolar”⁸³. En un contexto de crisis política de la Triada la cada vez mayor cohesión entre las potencias emergentes es una fuerte señal del posible surgimiento de un bloque alternativo. Tal y como lo señalan un grupo de intelectuales de la izquierda latinoamericana:

“Los gobiernos de los cinco estados que actualmente conforman el Grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, República Popular China y Sudáfrica), continuarán emprendiendo diversas acciones orientadas a incrementar su cohesión interna y profundizar en su institucionalidad flexible; fortalecer diversos foros de gobernabilidad global; modificar la actual arquitectura financiera internacional; menoscabar la supremacía del dólar estadounidense en las transacciones internacionales, al igual que fortalecer sus concertaciones políticas frente a los diversos problemas que actualmente perturban las relaciones políticas y económicas. Igualmente, a ampliar sus interacciones con otros países u organismos regionales que agrupan a los estados del Sur político del mundo. Sin proponérselo, esto generará mayores espacios de confrontación con los intereses hegemónicos de EEUU y sus aliados. Todo eso –y los serios problemas que seguirán aquejando a la economía y la sociedad estadounidense, al igual que a la japonesa y la de varios estados europeos— contribuirá a incrementar la influencia de los integrantes del BRICS, tanto a escala mundial como en regiones específicas, así como a la institucionalización de un sistema internacional cada vez más multipolar” (Guerra, Arkonada, Suárez Salazar, & González, 2015).

Ante este telón de fondo, otra reflexión merece la cuestión de los países latinoamericanos del ALBA. La “Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América” representa un proceso de regionalización que se basa en principios radicalmente distintos (por no decir opuestos) al modelo neoliberal. Si bien las estructuras económicas de la mayoría de los Estados del ALBA son dependientes de la economía estadounidense, los países conforman un bloque político contrahegemónico a la supremacía estadounidense. En efecto, algunos de ellos están renegociando la posición y las condiciones de la región en la globalización neoliberal. Los gobiernos

⁸³ “Los BRICS son uno de los elementos claves del mundo multipolar”, 22 de marzo de 2013. (<http://actualidad.rt.com/economia/view/89690-putin-brics-mundo-multipolar-rusia>)

que están liderando estos diferentes procesos en Bolivia, Venezuela, Ecuador o Nicaragua, han llegado al poder tras el trágico fracaso del modelo neoliberal impuesto por Washington. Algunos de estos gobiernos están llevando a cabo políticas socialistas (por ejemplo, el de Venezuela) o keynesianas (como en Ecuador) que chocan con los actuales planes del capital transnacional (Angelilli, 2014). Así pues, junto con Cuba, representan hoy un bloque político importante dentro de las tensiones hacia un mundo multipolar; no tanto por su capacidad económica sino por su fuerza política en el continente latino. La creación de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericano y del Caribe): una instancia regional de la cual queda excluida Washington, es una manifestación de esta tensión renegociadora que vive la región.⁸⁴ Las divergencias entre BRICS y la Triada parecen reflejar las contradicciones entre un centro, que domina financieramente el sistema, y su periferia productiva; por otro lado, el proyecto bolivariano parecería representar una “tercera vía”, debido a la crítica más o menos radical del sistema capitalista que acompaña su posición antimperialista. Como hace notar Arkonada (2015, p. 21-22), “la transición post-hegemónica ha parido un mundo multipolar en el que uno de los posibles escenarios hacia los que nos encaminamos es el de varios centros hegemónicos que compiten entre sí en un equilibrio precario”.

Ahora bien, a pesar de que las tendencias económicas parecen señalar su conformación, el sistema multipolar sólo se realizaría realmente si se diese “la apertura de verdaderas negociaciones en la perspectiva de una globalización alternativa” (Amin, 2005, p. 2005). Esto en buena parte dependería de cómo actúa el bloque imperialista dominante y las fuerzas subalternas. El bloque dominante -el imperio de Estados Unidos y sus aliados- puede contar con el control de potentes monopolios. En las condiciones de apertura de los mercados a los capitales y al comercio que caracteriza la globalización neoliberal, las formas de construcción y consolidación de los monopolios han cambiado. “En el pasado, los elevados costes de transporte y otras barreras al movimiento (tarifas aduaneras, peajes, cuotas...) amparaban la existencia de muchos monopolios locales. (...) *En el capitalismo contemporáneo las clases capitalistas recurren a nuevas vías.* Las dos iniciativas principales que han adoptado son la centralización masiva de capital, que pretende el dominio mediante el poder financiero, las economías de escala, el control del mercado y la celosa protección de las ventajas tecnológicas (...) mediante derechos de patente, licencias y derechos de propiedad intelectual” (Harvey, 2004, p.86).

Aunque la teoría abstracta del capitalismo (incluida su variante neoliberal) invoca continuamente los ideales de la competencia, los capitalistas procuran afianzar ventajas monopolistas porque estas confieren seguridad, calculabilidad y una existencia en general más pacífica. Así pues, el resultado final de la competencia es el monopolio o el oligopolio, y cuanto más feroz sea la competencia, más rápidamente tiende el sistema a tal estado, como demuestra el increíble ascenso de las situaciones de oligopolio y monopolio en muchos sectores de la economía (desde las líneas aéreas y la

⁸⁴ Para un análisis detallado del ALBA, véase Angelilli (2014).

energía hasta los medios de comunicación y entretenimiento) durante los últimos treinta años de hegemonía neoliberal en la política económica de los principales Estados capitalistas (Harvey, 2004, p. 85).

A tal respecto, la liberalización de la economía y la creciente competencia entre los actores económicos no debe confundir. “La tendencia al dinamismo espacial impulsada por la búsqueda competitiva de beneficio se ve contrarrestada por el establecimiento de poderes monopolistas en el espacio. Es exactamente de tales centros de donde emanan típicamente las prácticas imperialistas y la pretensión de una presencia imperial en el mundo” (Harvey, 2004, p. 85). Por lo tanto, la competitividad que se da en el mercado mundial es el resultado de una lucha desigual donde influyen diversos factores económicos y políticos, y dentro de la cual el centro usa los monopolios para consolidar las relaciones jerárquicas (Amin, 1998). S. Amin (1998, p.18-19) ha individuado cinco monopolios mediante los cuales las economías más potentes se aprovechan del control económico⁸⁵: 1. Monopolio tecnológico; 2. Control de los mercados financieros mundiales; 3. Acceso monopolista a los recursos naturales del planeta; 4. Monopolios de los medios de comunicación; 5 Monopolios de las armas de destrucción masiva.

Más allá de los discursos ideológicos sobre la globalización como evolución natural de las fuerzas de mercado, todos estos factores influyen sobre el nudo de relaciones globales, condicionando profundamente la valorización del capital en la economía mundializada. “La ley del valor es la expresión abreviada de todas estas condiciones y no la expresión de una racionalidad económica “pura”, objetiva” (Amin, 1998, p. 19). En este sentido, hay que analizar la competencia interimperialista y las lógicas de actuación de los Estados en el marco de las relaciones interestatales. Ya que el imperialismo es precisamente el sistema que influye y jerarquiza las relaciones que se dan en el mercado global y que determinan al desarrollo desigual geográfico (Amin, 2005).

En primer lugar, es preciso señalar el papel trascendental que juegan las ETN como actores principales en el mercado mundial. A este respecto, y en línea con cuanto se ha descrito anteriormente sobre la tendencia a la regionalización, es preciso señalar cómo una investigación realizada por Rugman (2005 p. 270-284), citada en Callinicos (2006, p. 131), demuestra el fuerte enraizamiento regional de las ETN.

Rugman distingue cuatro tipos de empresas transnacionales (sus cifras datan de 2001): 1) Región de origen: más del 50% de las ventas en la región de origen de la corporación, por ejemplo: General Motors, Volkswagen, NEC, Ford, Total Fina Elf, Siemens, Philip Morris, Hitachi. 2) Bi-regionales: al menos el 20% de las ventas en dos regiones de la tríada y más del 50% de las ventas totales realizadas fuera de la región de origen, por

⁸⁵ Para el pensador egipcio, tanto por la especificidad y peculiaridad de su proceso de construcción cuanto por su efectivo funcionamiento, los monopolios “constituyen un desafío a la totalidad de la teoría social” (Amin, 1998, p. 17).

ejemplo: Toyota, BP, Nissan, Motorola, Unilever, Glaxo-SmithKline, Bayer, Ericsson. 3) Región huésped: empresas transnacionales bi-regionales con más del 50% de las ventas en una región distinta a la de origen, por ejemplo: Honda, DaimlerChrysler, AstraZeneca. 4) Global: empresas transnacionales con al menos el 20% de las ventas en cada una de las regiones de la tríada, pero menos del 50% en una sola región. Son nueve: IBM, Sony, Philips, Nokia, Intel, Canon, Coca-Cola, Flextronics, Christian Dior. Siete de las nueve [...] se concentran en computación y equipos eléctricos.

La conclusión es que la hiper movilidad de los flujos de capitales en la globalización no tiene como efecto una ruptura de cualquier vínculo geográfico de las empresas multinacionales.

Como hace notar Callinicos (2006), el imperialismo estadounidense se caracteriza por la creación de un orden internacional institucionalizado –un reflejo político de la asociación internacional de los capitales-. Sin embargo, este proceso no provoca una redistribución del poder a nivel internacional, y a menudo es precisamente en el marco de este orden internacional que actúan las fuerzas imperialistas. Se ha señalado como la propiedad de la ETN está bien controlada por la economía estadounidense, japonesa y la de los países europeos. Esta situación se complementa con un orden jurídico internacional que refleja una desigualdad de las relaciones de poder a favor de las grandes corporaciones. En las disputas internacionales entre Estados y ETN, a menudo estas últimas gozan de una “arquitectura jurídica de la impunidad” que les permite poner sus intereses económicos por delante de las legislaciones estatales (Hernández Zubizarreta, 2013). Por un lado, los Estados están sometidos al poder de las corporaciones, y por el otro, tampoco hay ninguna legislación internacionalmente deliberada que pueda contrastar el poder de las ETN.

Las empresas transnacionales actúan con un alto grado de impunidad, ya que sus derechos se protegen por un conjunto de contratos, normas de comercio e inversiones de carácter estatal, multilateral, regional y bilateral, y de decisiones de los tribunales arbitrales; todas ellas hay que cumplirlas, ya que llevan aparejadas severas sanciones. (...) *Por otro lado*, los sistemas universales y sus jurisdicciones competentes son incapaces de neutralizar el conjunto de disposiciones y “sentencias” que sustentan la arquitectura de la impunidad formada por los contratos firmados por las empresas transnacionales; las normas, políticas de ajuste, préstamos condicionados y disposiciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), Fondo Monetario Internacional (FMI) y Banco Mundial; los acuerdos y tratados de comercio e inversiones; y los tribunales arbitrales internacionales, como el Centro Internacional para el Arreglo de Diferencias sobre Inversiones (CIADI), dependiente del Banco Mundial (Hernández Zubizarreta, 2013).

Es decir, en un contexto en el que las reglas impuestas por los organismos internacionales otorgan a las ETN la posibilidad de establecer sus propias condiciones, estas siguen actuando a favor de los intereses económicos del centro dominante. El resultado es que la superestructura jurídica de la globalización neoliberal constituye una fortaleza, y no una amenaza, para las asimetrías de las relaciones de poder. En definitiva, la creación de un orden mundial institucionalizado no obstaculiza las relaciones imperiales que se irradian desde los centros de poder.

En el capitalismo neoliberal, los Estados actúan de una forma muy distinta a las etapas históricas anteriores. En la vieja economía del imperialismo, las contradicciones en las relaciones inter-imperiales se habían concentrado en conflictos territoriales para satisfacer las necesidades expansionistas de mercados para mercancías o capitales. En la nueva economía del imperialismo, la interdependencia y las rivalidades competitivas entre los centros imperialistas están concentradas en el desarrollo desigual de las condiciones para la circulación internacional de capital” (Albo, 2004, p. 157). Continuando con en el ámbito jurídico, las clases dominantes han sometido las legislaciones nacionales “a políticas neoliberales de desregulación, privatización y reducción de las políticas públicas. Es decir, se construyen legislaciones ad hoc para la defensa de los intereses de las transnacionales” (Hernández Zubizarreta, 2013). Pero la sumisión de los Estados al capital transnacional, no significa que no sigan ejerciendo también otras importantes funciones a la hora de influenciar su desarrollo global. La transformación de los Estados, en un sentido imperial renovado por el modelo neoliberal, no tiene que ser interpretada como una pérdida de poder de las clases dominantes en cada país, a favor del capitalismo estadounidense. Al contrario, hay que enmarcarla en una fuerte alianza de las burguesías nacionales contra los intereses de las mayorías sociales. Una alianza tan fuerte y tan antisocial que, como se ha señalado, está provocando crisis políticas, sobretodo en Europa, y que además tiene una necesidad vital de mantener el control sobre el Estado-nación. En el neoliberalismo, el “modelo norteamericano” “no debe ser visto como una importación o imposición externa que socava a una “burguesía nacional” indefensa sino como una matriz política que, en esta fase del imperialismo, satisface los intereses internos de clase del bloque en el poder dentro de cada estado” (Albo, 2004, p. 155-156).

El imperialismo estadounidense ya se había caracterizado en la posguerra por una *desterritorialización* de la dominación económica. En la era de la globalización neoliberal, el imperialismo se ha transformado en una dominación del mercado mundial a través del control de la arquitectura financiera, de los flujos de capital, en definitiva de la ley de valor mundializada. “El nuevo imperialismo asigna la incorporación de todas las zonas del mercado mundial en un sistema económico universalizado –las reglas formalmente “iguales” de intercambio del mercado capitalista mundial y las normas del sistema del estado-nación. En el bloque imperialista, la internacionalización de capital ha solidificado un interés material por sostener las formas de desarrollo desigual y los acuerdos organizacionales jerárquicos del mercado mundial actual” (Albo, 2004, p.160). Sometiendo a las periferias a los intereses del mercado mundial, el sistema imperialista sigue garantizando la primacía

de las clases dominantes en el centro metropolitano. Esto es cierto, a pesar de que – dentro de una terrible crisis sistémica- la dominación de la economía mundial no permite a las burguesías centrales generar prosperidad en sus países, tal y como lo hacía en el pasado.

En este escenario, el control de las finanzas por parte del bloque imperialista occidental no ha impedido una reorientación del capitalismo global que favorezca el polo asiático liderado por la potencia china. Además, China y Rusia siguen incrementando la desdolarización del comercio internacional, a través del uso cada vez más intenso de sus monedas nacionales en las transacciones económicas bilaterales⁸⁶. Sin duda, el objetivo es desafiar el proyecto estadounidense de un liderazgo unipolar y consolidar un sistema multipolar, sin alterar la naturaleza capitalista del orden mundial. El ámbito de la competición es precisamente el sistema monetario internacional, a través del cual Estados Unidos mantiene el control del orden internacional desde la reestructuración neoliberal. Cómo hace notar el estratega militar chino Qiao Liang (2015), el imperio financiero dominado por Washington puede controlar las economías gracias al papel que tiene el dólar en el mercado mundial. En efecto, las crisis de la deuda en América Latina y la crisis asiática sucesiva han demostrado como Washington puede absorber capitales enormes simplemente a través del control de las tasas de cambio y de la dinámica dólar fuerte/débil⁸⁷. Como hace notar Dante Barontini (2015), dentro de la Unión Europea la dinámica no es muy diferente, aunque –como demuestra el caso del “rescate” de Grecia ocurrido este verano (2015)- la función del dólar es sustituida por el mecanismo de la deuda. “A una etapa de condiciones favorables para los préstamos, se pospone una época de austeridad, en la cual la reestructuración de la deuda debe realizarse también a costa de destruir la capacidad productiva del país endeudado. La deflación salarial que se provoca crea las condiciones favorables para el retorno de los capitales transnacionales”⁸⁸.

El imperio financiero del capitalismo neoliberal no necesita más el apoyo de la expansión territorial de los Estados, pero sí la continua y permanente guerra imperialista. En efecto, la dominación monetaria y financiera tiene que basarse inevitablemente en la dominación militar del “gendarme estadounidense”. Los Estados Unidos atacan los países productores de petróleo no para apoderarse del oro negro, sino para garantizar que éste sea comercializado en dólares y, por otro lado, con el fin de demostrar al mercado mundial que teniendo todo bajo su control, su moneda es estable y fuerte (Qiao Liang, 2015). La guerra permanente del sistema internacional contemporáneo es la condición necesaria para que siga funcionando el imperio financiero. La dimensión militar del imperialismo ha cambiado radicalmente y seguirá evolucionando; en este sentido, el Pentágono está desarrollando unos sistemas de ataque global que permiten al ejército de Estados Unidos realizar operaciones militares

⁸⁶ “Rusia y China expulsan al dólar del comercio global”, 7 de septiembre de 2015, Rusia Today RT en <http://actualidad.rt.com/economia/185188-rusia-china-expulsar-dolar-comercio>

⁸⁷ Véase Qiao Liang (2015).

⁸⁸ La traducción es la mía.

tan rápidamente como se mueven los capitales en la globalización. Puesto que un ataque militar provoca inmediatamente una fuga de capitales, poder contar con un sistema de misiles de este tipo quiere decir controlar el movimiento de capitales cuando éste huye de la dominación financiera (Quiao Liang).

Otro pilar del imperio financiero es el control de los monopolios mediáticos. El caso de Grecia ha evidenciado también cómo a través de los medios de comunicación los centros de poder pueden mover los capitales. El objetivo último de la manipulación mediática no parece ser la influencia de la opinión pública, sino el control mediático de los capitales. La salida de depósitos sufrida por los bancos griegos contemporáneamente a las negociaciones turbulentas entre el gobierno y la Unión Europea⁸⁹, no tenía ninguna causa realmente estructural. Cómo explica Soros (2002), la percepción tiene un papel fundamental en determinar el movimiento del capital financiero; y la percepción del mundo hoy es creada y controlada por los monopolios mediáticos, que la usan por sus fines económicos.

Para ir culminando, en el imperio financiero, basado en el control mediático y militar de los capitales, si bien hay una creciente competencia y conflictividad, las potencias capitalistas siguen teniendo fuertes intereses en común, que impiden hablar de simples y puras contraposiciones interimperialistas. China y Estados Unidos comparten la necesidad imprescindible de que el capitalismo globalizado siga funcionando. En efecto, “el espectacular avance de China se ha consumado en asociación (y no en oposición) al esquema global que lidera Estados Unidos. (...) Este matrimonio canalizó el *boom* simultáneo de exportaciones asiáticas y consumos norteamericanos que prevaleció durante la década pasada. China ha buscado preservar esta megarelación con el gigante estadounidense, a pesar del serio deterioro que introdujo en ese vínculo la crisis económica reciente” (Katz, 2011, p. 236).

Dentro de la guerra monetaria y financiera que provoca tensión entre potencias, las burguesías de todo el mundo siguen teniendo una misión histórica compartida. Marx creía que la burguesía tenía la misión histórica de disolver las sociedades no capitalistas y crear un mercado mundial gobernado por el capital. También señaló que este proceso provocaría fricciones y contradicciones entre las propias fuerzas capitalistas: las confrontaciones inter-imperiales entre los Estados-nación (Albo, 2004). En la era de la globalización neoliberal, la burguesía (a menudo unida por vínculos transnacionales) tiene otra misión histórica. Una vez construido el mercado mundial tiene que seguir expandiendo el capitalismo, privatizando y mercantilizando el mundo, mediante la absorción de sectores donde hasta ahora no reina la ley del mercado, para afrontar la crisis de sobreacumulación permanente.

El “nuevo imperialismo” comparte con el viejo la constante acumulación primitiva que promueve mediante el poder estatal, el resultado son las privatizaciones, el acaparamiento de tierra en la periferia capitalista, la privación de los derechos de los hombres y mujeres más débiles en favor del beneficio del capital. Es lo

⁸⁹ “El BCE da un apoyo vital a la banca griega en plena fuga de depósitos” El País, 19 de junio de 2015
http://internacional.elpais.com/internacional/2015/06/19/actualidad/1434707267_357974.html

que Harvey (2004) denomina el “imperialismo por desposesión”, una nueva oleada de expansión capitalista hacia nuevos lugares geográficos y sociales, una acumulación primitiva mediante el uso de la violencia, o de más sutiles métodos financieros. Pero también una expansión del capitalismo a través de la capitalización de la vida misma, como hacen notar los estudios sobre el biopoder.

Para conseguir esta misión histórica, el sistema capitalista necesita de un Estado, de un imperio y por ende del imperialismo. Actualmente, Estados Unidos constituye la potencia dominante en este proceso de privatización del mundo y de constante acumulación primitiva a detrimento de los pueblos. Pero, en el imperialismo neoliberal continúan las competencias y los conflictos entre potencias, ya que el desarrollo del capitalismo es contradictorio, tal y como el propio sistema. “El mundo en el siglo XXI es poco probable que se caracterice por un acuerdo consensual de las potencias disfrutando de la prosperidad neoliberal. Por otra parte, esto no es debido a un proceso cíclico atemporal en el cual los imperios emergen y sucumben. Por el contrario, refleja la impronta específica que el capitalismo dio a la geopolítica moderna. El remedio, por lo tanto, no es *más* capitalismo (como los apologistas liberales clamarían), sino el reemplazo del capitalismo por una alternativa democrática y progresiva (Callinicos, 2006, p. 160)

No se sabe si, como muchas y muchos estudiosos afirman, las tendencias del mercado mundial determinarán un remplazamiento de la supremacía mundial a favor de China o de un sistema multipolar. Lo cierto es que la humanidad entera tiene la misión histórica de construir un proyecto antimperialista, más allá del capitalismo –sea este chino o estadounidense- y de su lógica de muerte y alienación, porque no hay más alternativa para que ésta caduque.

6. CONCLUSIONES

La guerra permanente, la cada vez mayor desigualdad entre áreas y regiones del mundo, la situación de miseria en la cual todavía vive una parte importante de la población mundial obligan, quizás hoy más que nunca, a las ciencias sociales a llevar a cabo una crítica radical y transformadora de la modernidad capitalista. El punto de partida para realizar esta crítica es analizar el *capitalismo real*, esto es, el sistema económico global en el que realmente vive el ser humano, y no el régimen abstracto promulgado por los fundamentalistas de mercado y la hegemónica doctrina neoliberal.

Realizar una crítica a la modernidad capitalista también quiere decir tratar la cuestión del imperialismo, de las relaciones entre el centro y la periferia, de las guerras como manifestaciones de intereses contrastantes que no encuentran otra solución en este sistema. En el 1902, fue el liberal inglés J. Hobson el primero en usar la palabra imperialismo en su sentido contemporáneo, motivado por la necesidad de analizar y explicar las razones del hambre de expansión territorial de los Estados-nación europeos. El pensamiento marxista recogió su labor y tuvo el gran mérito político y científico de demostrar la naturaleza sistémica de aquellas guerras de expansión, de vincular los proyectos de conquista de los Estados con el orden económico que representaban. La obra de Lenin fue principalmente un texto político orientado a descalificar la posición de quien, entre la socialdemocracia europea, no se oponía firmemente a la I Guerra Mundial, al mismo tiempo el líder bolchevique no renunció a denunciar en lo que se había convertido el capitalismo en su desarrollo internacional. Por otro lado, R. Luxemburgo, motivada por encontrar una explicación a la barbarie del colonialismo, emprendió su estudio riguroso y científico del movimiento de acumulación del capital. Las conclusiones de la revolucionaria polaca señalaban con firmeza que la acumulación primitiva nunca se había acabado en el desarrollo histórico del capitalismo, víctima de sus insolubles contradicciones internas.

Tanto Luxemburgo como Lenin, si bien por caminos y modalidades diferentes, rechazaron las tesis de quien preveía un desarrollo armonioso en la extensión del capitalismo, y se opusieron a quien identificaba en el pensamiento de una pequeña élite el culpable de las guerras coloniales. Por el contrario, sentenciaron las mismas estructuras del sistema capitalistas culpables del imperialismo. Evidentemente, como líderes políticos fueron increíbles protagonistas de la vivacidad de aquellos tiempos convulsos y beligerantes. Tiempos que H. Arendt estudió con tanta precisión, consiguiendo hacer del concepto de imperialismo la base para una reflexión profunda sobre la relación entre la idea y la estructura del Estado-Nación y la ideología progresista de los colonizadores. La filósofa pudo ver y enseñar cómo tras el progresismo europeo, vestido con ropa de filántropos, la expansión se convirtió en un carácter determinante de la modernidad capitalista, producto de la necesidad del capitalismo de extenderse geográficamente y absorber nuevas áreas para no morir.

Evidentemente, desde aquella época, el sistema capitalista se ha mutado una y otra vez, y así sus manifestaciones culturales e ideológicas. Los Estados Unidos tuvieron en el siglo XX un papel trascendental en el dinamismo capitalista, que revolucionó hasta los espacios y los tiempos de la vida humana. Tras la II Guerra Mundial, como potencia dominante, impusieron su modelo socio-económico al mundo capitalista occidental, ofreciendo a las viejas potencias europeas la prosperidad de un nuevo imperio que construyeron sobre la idea de “desarrollo” y el modelo consumista. La naturaleza de su economía y las condiciones históricas, hicieron de los Estados Unidos los constructores de un nuevo orden mundial. En Bretton Woods se establecieron las reglas del nuevo equilibrio entre potencias y se cristalizó la dominación económica, militar e ideológica de Washington. En las décadas sucesivas, la potencia norteamericana añadió a su dominación un poder adicional, gracias a la capacidad de construir un imperio desterritorializado, permitió a los centros económicos vivir una etapa de prosperidad y crecimiento económico, ganándose así el consenso de las clases dominantes de todo el mundo capitalista.

Así, el imperialismo de los años de Lenin fue la primera fase del “dominio político de la burguesía”, más que la última del capitalismo. Las modificaciones del sistema económico internacional, iniciadas en Bretton Woods y guiadas por los centros de poder económico y político norteamericano, modificaron radicalmente sus formas pero no erradicaron la naturaleza imperialista del orden global. La “asociación internacional de los capitales” y la “descolonización” de la periferia fueron seguramente las pruebas más contundentes de que la visión leninista del imperialismo ya no podía reflejar totalmente la realidad internacional.

Cuando por múltiples factores se agotó esta nueva etapa imperialista, y el modelo keynesiano y fordista ya no podía dinamizar la expansión capitalista, los Estados Unidos y sus aliados internacionales llevaron a cabo la revolución neoliberal, profundizando algunos rasgos del anterior sistema -cómo la internacionalización de los capitales- y erradicando otros (el papel del Estado como actor económico, por ejemplo). Así, el neoliberalismo marcó el inicio de una redefinición de la geografía capitalista y convirtió la dominación financiera en la principal arma imperialista. En este contexto, la globalización representó la gestión del sistema imperialista de la extensión mundial del MPC, con el objetivo de ampliar la periferia de los mismos centros de poder. Esta occidentalización del mundo se ve reflejada con toda su potencia en el surgimiento de un “pensamiento único” funcional al capitalismo neoliberal, proyectado desde los países de capitalismo avanzado a lo largo y ancho de todo el mundo.

Sin duda, uno de los resultados del “pensamiento único” neoliberal fue el de enmascarar la globalización como la evolución natural del capitalismo, y no como la extensión de las lógicas imperialistas en todo el mundo. Al mismo tiempo, los cambios radicales que el neoliberalismo imprimió en la forma de los Estados-nación y en el conjunto de relaciones interestatales, hicieron que algunos autores y autoras proclamaran el inicio de una nueva etapa en el desarrollo internacional del capitalismo, una etapa que ya no se podría identificar con el concepto de imperialismo.

La humilde finalidad de este trabajo es participar al vivaz debate que el “nuevo imperialismo” ha encendido en los ambientes académicos y políticos. Con la expresión de “transformación neoliberal del imperialismo” se quiere afirmar que la globalización neoliberal no ha convertido el sistema internacional, por lo menos hasta ahora, en liso y horizontal. Al contrario, lo que se denomina como mercado mundial está influenciado por las asimetrías y la desigualdad de las relaciones que interconectan entre ellos los Estados y los pueblos del mundo. La persistente necesidad de expandirse lleva la lógica de acumulación del capital a ser causa de conflictos, que a menudo se convierten en guerra por la intervención directa del Estado.

Por supuesto, la cuestión del Estado es central en la actualización del concepto de imperialismo. La globalización ha cambiado su forma y sus funciones, pero como se ha intentado demostrar en este trabajo, el Estado continúa ejerciendo un papel esencial para la supervivencia del capitalismo, de hecho sin Estados no podría existir el sistema capitalista. Aunque su función ya no es aquella de expandirse territorialmente, los Estados continúan actuando a favor de las clases capitalistas, y juegan un papel esencial a la hora de impedir que la sobreacumulación permanente del capital se convierta en una crisis terminal para el sistema. A diferencia del modelo keynesiano, en el actual paradigma neoliberal los Estados no participan activamente en el desarrollo monopolista del capitalismo, pero siguen conformando su armadura y su apoyo político. La idea de progreso, que legitimaba la expansión estatal en la etapa clásica del imperialismo, ha sido remplazada primeramente por la ideología del desarrollo económico como medio infalible e incuestionable para alcanzar la libertad, y después por la identificación neoliberal del mercado como espacio de libertad y emancipación humana. Así, hoy en día el brazo represivo del Estado defiende la expansión de la mano invisible del mercado hacia nuevos espacios de dominación capitalista. Al mismo tiempo, los Estados también son determinantes para la jerarquización del mercado, a la hora de influenciar las relaciones que se dan en la economía global y para dibujar su geografía de la desigualdad. El papel del Estado ha cambiado y cambiará con los ritmos acelerados del capitalismo contemporáneo.

En cualquier caso, la revolución neoliberal tuvo sus efectos también en las relaciones interestatales, es decir, en las que vinculan a los Estados entre sí. Hay que considerar la hegemonía internacional como un concepto multidimensional, que aun así tiene raíces económicas. Evidentemente, el modelo neoliberal ya no permite a Estados Unidos hacer de su dominación económica una fuente de estabilidad para el desarrollo internacional del capitalismo. Al contrario, como muchas y muchos otros autores consideran, el orden internacional vive una etapa de turbulencia que lleva a una fuerte redistribución del poder internacional y a un nuevo sistema multipolar. La emergencia del polo capitalista asiático liderado por China es un ejemplo de este movimiento de las placas tectónicas del sistema-mundo. Ya comienza a percibirse la crisis de hegemonía estadounidense y la agudización de la competencia entre diferentes bloques regionales y políticos. Pero la transición post-hegemónica no es un proceso mecánico ni sobrenatural que se realizará automáticamente; sobre los equilibrios interestatales pesan las acciones de las sociedades. Por otro lado, la lucha

contra el Estado dominante no siempre es una lucha contra el imperialismo, y la transición hacia un mundo multipolar no necesariamente conlleva la transición hacia un mundo más igual. Las consecuencias de la crisis de hegemonía estadounidense se pueden prever a través de las ciencias sociales, pero más bien se pueden influenciar hacia una u otra dirección mediante la lucha política.

Hoy más que nunca, hay que considerar el imperialismo como algo sistémico, que se compone pero no se acaba con la política exterior de algunos países imperialistas. En efecto, el imperialismo neoliberal sigue siendo sustancialmente el elemento polarizador del MPC a nivel global, la forma con la cual el centro gestiona las relaciones comerciales, productivas y financieras para que la ley del valor continúe favoreciendo a unas regiones y no a otras. Este proceso de nivelación del capitalismo mundial no está libre de conflictos, al contrario se compone inevitablemente de contradicciones inter-imperiales, que enfrentan a polos del mismo sistema. Pero tampoco se puede reducir a este plano conflictivo el imperialismo. Así, al mismo tiempo que parece agudizarse el conflicto entre el proyecto de China y las pretensiones unipolares de Estados Unidos, no se puede olvidar que la economía norteamericana y la del Dragón asiático son hoy en día los dos motores económicos que dinamizan el capitalismo global.

A pesar de sus conflictos inter-imperiales, las clases capitalistas de todos los polos del sistema multipolar comparten la misión de continuar expandiendo el sistema capitalista, a través de una constante y permanente acumulación primitiva a detrimento de los derechos y de las condiciones de vida de las mujeres y hombres más débiles. Ofensivas neoliberales y patronales como el Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (TTIP) son un ejemplo de este proyecto de privatización de la tierra entera y de la vida. Así como lo fue la creación del mercado mundial, este es un proceso que provoca y provocará contradicciones y tensiones entre las mismas fuerzas capitalistas, pero es vital para el sistema. La realización de una infinita expansión es la condición necesaria para que el capitalismo sobreviva, pero al mismo tiempo la amenaza más grande para la sostenibilidad de la vida humana.

Bibliografía

- VV. AA. (2013). *El atlas geopolítico de China*. Madrid: Le Monde Diplomatique.
- Albo, G. (2004). La vieja y la nueva economía del imperialismo. *Socialist Register*, 131-161.
- Amin, S. (1970). *La acumulación a escala mundial*. Paris: Anthropos.
- Amin, S. (1998). *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Amin, S. (1999). *Alto a la OTAN. El proyecto imperialista neoliberal de la hegemonía de Estados Unidos*. Consultado en Archivo Chile:
http://www.archivochile.com/Imperialismo/doc_poli_imperial/USdocimperial0001.pdf
- Amin, S. (2001). ¿Globalización o apartheid a escala global? *Texto presentado en la Conferencia Mundial Contra el Racismo de Durban*. Consultado en:
<http://www.nodo50.org/csca>.
- Amin, S. (2005). *Por un mundo multipolar*. Madrid: El Viejo Topo.
- Amin, S. (2011). *La ley del valor mundializada*. Madrid: El Viejo Topo.
- Amin, S. (2012). *El capitalismo contemporáneo*. Madrid: El Viejo Topo.
- Angelilli, D. (2014). *Tra Cooperazione e Sviluppo: ALBA-TCP. Storia e origini di un cammino alternativo*. Roma: Edizioni Accademiche Italiane.
- Angelilli, D., Embaló Sokhna, N. K., & Duran Placencia, N. (2015). *Modernidad y Desarrollo. Apuntes para el debate*. Consultado en: Academia.edu
- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Santillana.
- Arkonada, K. (2015). *EE.UU: la hegemonía no termina de morir, la fase de dominación ya ha comenzado*. 6 de mayo 2015 Consultado en ALAINET.org:
<http://www.alainet.org/es/articulo/169418>
- Arribas, S. (2010). Arendt y el nuevo imperialismo. *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura*. núm. 742, 265-275.
- Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal.
- Baran, P. A., & Sweezy, P. M. (1985). *El capital monopolista*. Madrid: Siglo XXI.
- Barontini, D. (2015). *In questa guerra la finanza conta più delle portaerei*. 13 agosto 2015. Consultado en Contropiano: <http://contropiano.org/articoli/item/32339>
- Bello, W. (2004). *Desglobalización*. Barcelona: Icaria-Oxfam.

- Benedetto, D. (2015). *Crisis Orgánica y Revolución Pasiva. Americanismo y corporativismo*. 1 de agosto 2015 Consultado en FACSOS Chile:
<http://www2.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/10/benedetto.htm>
- Berberoglu, B. (1995). *L'eredità dell'impero. Declino economico e polarizzazione di classe negli Stati Uniti*. Milano: Vangelista.
- Bijarin, N. (1974). *Teoria del materialismo storico*. Madrid: Siglo XXI.
- Boron, A. (2004). Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional. En *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales* (p. 71-83). Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Borón, A. (2004). *Imperio & imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires: CLACSO.
- Boron, A. (2013). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Hondarribia: Hiru.
- Brautigam, D. (2011). *China in Africa: Seven Myths*. 2 de febrero 2011. Consultado en Real Instituto Elcano.
- Brenner, R. (2009). *La economía de la turbulencia global*. Madrid: AKAL.
- Bujarin, N. (1977). *La economía mundial y el imperialismo*. Cuadernos de Pasado y Presente 21.
- Burgio, A. (2014). *Gramsci. Il Sistema in Movimento*. Roma: Derive Approdi.
- Callinicos, A. (2006). El imperialismo y la economía política mundial hoy. *Crítica y Emancipación* (5), 111-166.
- Casadio, M. (2015). *Le borse cinesi e le scelte da fare per il PCC*. 3 de septiembre de 2015. Consultado en Contropiano.org: <http://contropiano.org/articoli/item/32618>
- Ceccotti, W. (2015). *Cina. Il socialismo di mercato nel confronto tra tre economisti*. 5 de agosto 2015. Consultado en Contropiano.org:
<http://contropiano.org/articoli/item/32225>
- Chingo, J., & Dunga, G. (2001). Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Hardt. *Estrategia Internacional* 17.
- Chingo, J., & Santos, A. (2003). *Imperialismo, Ultraimperialismo y Hegemonía al comienzo del siglo XXI*. 18 de enero 2003. Consultado en Rebellion.org:
<http://www.rebellion.org/hemeroteca/izquierda/chingo180103.htm>
- Chomsky, N. (2004). *Hegemonía o supervivencia. La estrategia imperialista de Estados Unidos*. Barcelona: Ediciones B.
- Cueva, A. (1974). *Problema y perspectiva de la teoría de la dependencia*. Consultado en CLACSO:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/critico/cueva/05problemas.pdf>

- García Linera, A. (2015). *Bolivia. Respuesta del vicepresidente Álvaro García Linera a la carta enviada a su persona sobre las ONG*. 18 de agosto 2015 Consultado en Resumen Latinoamericano:
<http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/08/22/bolivia-respuesta-del-vicepresidente-alvaro-garcia-linera-a-la-carta-enviada-a-su-persona-sobre-las-ong/>
- García, C., & Rodrigo, A. J. (2008). *Los límites del proyecto imperial. Estados Unidos y el orden internacionales en el siglo XXI*. Madrid: Catarata.
- García-Mauriño, J. M. (2006). *La OTAN mata*. Consultado en Nodo50.org:
www.nodo50.org/cps/OTAN.doc
- Goldsmith, E. (1996). Development as Colonialism”, En J. Mander, & E. G. (Eds), *The Case Against the Global Economy and for a Turn Toward the Local* (p. 253-266). San Francisco: Sierra Club Books.
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni dal Carcere*. Torino: Einaudi.
- Guerra, Á., Arkonada, K., Suárez Salazar, L., & González, O. (2015). *La multifacética crisis del sistema mundo. Una mirada crítico-prospectiva a su impacto en Nuestra América*. 2 de Junio 2015 en Ciudad de México. Consultado en Telesur.
- Guillén, A. (2013). *La teoría de las ondas largas en la explicación de las crisis económicas*. 19 de marzo 2013. Consultado en kmarx.wordpress.com:
<https://kmarx.wordpress.com/2013/03/19/la-teoria-de-las-ondas-largas-en-la-explicacion-de-las-crisis-economicas/>
- Hardt, M., & Negri, A. (2002). *Imperio*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2012). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- Hegel, G. W. (1999). *Principios de la filosofía del Derecho*. Barcelona: Edhasa.
- Hernández Zubizarreta, J. (2013). *La arquitectura jurídica de la impunidad*. 22 de noviembre 2013 en *Periódico Diagonal*.
- Hilferding, R. (1985). *El Capital Financiero*. Madrid: Tecnos.
- Hobsbawm, E. (2009). *La Era del Imperio: 1875-1914*. Buenos Aires: Critica.
- Hobsbawm, E. J. (1971). *Las Revoluciones Burguesas*. Madrid: Guadarrama.
- Hobsbawm, E. J. (2005). *Del Feudalismo al capitalismo*. 5 de marzo 2013. Consultado en www.afoiceemartelo.com.br.
- Hobson, J. A. (1902). *Imperialism: a study*.

- Husson, M. (2008). El capitalismo toxico. *Viento Sur* núm. 101.
- Katz, C. (2011). *Bajo el imperio del capital*. Bogotá: Espacio crítico Ediciones.
- Katz, C. (2014). *Ascendentes, intermedios y periferia. Mutaciones del capitalismo en la etapa neoliberal (II)*. Consultado en Rebelión.org
- Katz, C. (2014). *Controversias. Mutaciones del capitalismo en la etapa neoliberal (III)*. Consultado en Rebelión.org
- Katz, C. (2014,). *Economías centrales. Mutaciones del capitalismo en la etapa neoliberal (I)*. Consultado en Rebelión.org
- Lenin, V. (2001). *Sobre el Estado*. Consultado en Marxist Internet Archive: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/11071919.htm>
- Lenin, V. I. (2001). *El Estado y la Revolución*. Barcelona: De Barris.
- Lenin, V. I. (2012). *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Liang, Q. (2015). *La congiuntura geopolitica cinese e la crisi del dollaro*. Consultado en Contropiano.org : <http://contropiano.org/articoli/item/32339>
- Luxemburg, R. (1912). *La acumulación del capital*. Edicions Internacionals Sedov.
- Mandel, E. (1974). *El dólar y la crisis del imperialismo*. México D. F.: Era.
- Mandel, E., & Jaber, S. (1976). *Capital financiero y petrodólares: acerca de la última fase del imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Martens, P. (2011). *La clase obrera en la era de las multinacionales*. Oviedo: Jaime Lago.
- Marx, K. (2014). *El Capital, Tomo I*. E-FOCUS.
- N'krumah, K. (1966). *Neo-colonialismo. Ultima etapa del imperialismo*. Mexico D.F.: Siglo XXI.
- Nye, J. S. (2015). *American Hegemony or American Primacy?* 9 de marzo 2015. Consultado en Project-syndicate.org: <http://www.project-syndicate.org/commentary/american-hegemony-military-superiority-by-joseph-s-nye-2015-03/spanish>
- Páez, P. (2010). *La importancia y potencial del Banco del Sur en el contexto internacional actual*. 16 de noviembre 2010 *Entrevista de D. Munevar*. Consultado en CADTM: <http://cadtm.org/Entrevista-con-Pedro-Paez-La>
- Páez, P. (2014). El poder de mercado y la nueva arquitectura financiera para América Latina. Ponencia: *Los límites del Capitalismo Global en la crisis civilizatoria*. 17-20 noviembre, IX curso OMAL. Bilbao.
- Pérez de Armiño, K. (2005). La intervención humanitaria, entre la ética global y la gestión imperial del caos. Prólogo. En I. R.-G. Arrieta, *La historia de la intervención humanitaria. El imperialismo altruista* (p. 11-26). Madrid: La Catarata.

- Petras, J., & Veltmeyer, H. (2002). *El imperialismo en el siglo XXI. La globalización desenmascarada*. Madrid: Editorial popular.
- Petras, J. (2009). *Economía política del imperialismo contemporáneo*. Madrid: Maia Ediciones.
- Ramonet, I. (2002a). Pensamiento único y nuevos amos del mundo. En N. Chomsky, & I. Ramonet, *Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de medios*. (p. 55-99). Barcelona: Icaria.
- Ramonet, I. (2002b). *La nueva cara del mundo*. Consultado en Rebellion.org: <http://www.rebellion.org/hemeroteca/sociales/ramonet161002.htm>
- Ramonet, I. (2015). China, megapotencia financiera. *Le Monde Diplomatique*. Mayo, 1-2.
- Reinhard, W. (2002). *Storia del colonialismo*. Torino: Einaudi.
- Richiello, A. (2015). *Perché alla Cina interessa l'Africa (1)*. 27 de febrero 2015. Consultado en Limes: <http://www.limesonline.com/perche-alla-cina-interessa-lafrica-1/76224>
- Rugman, A. (2005). Globalization and regional international production”. En J. Ravenill, *Global political economy*. Oxford: Oxford University Press.
- Ruiz García, E. (1978). *Las transnacionales, fase superior del imperialismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ruiz-Giménez Arrieta, I. (2005). *La historia de la intervención humanitaria. El imperialismo altruista*. Madrid: La Catarata.
- Silva, J. d. (2009). *La Farsa del “Desarrollo”*. *Del colonialismo imperial al imperialismo sin colonias*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Soros, G. (2002). *Globalización*. Barcelona: Planeta.
- Stiglitz, J. (2010). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- Strangio, D. (2011). *Da colonie a Paesi in via di sviluppo*. Roma: Mondadori Università.
- Sunkel, O. (2007). En busca del desarrollo perdido. En A. G. Gregorio Vidal, *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*. (p. 469-488). Buenos Aires: CLACSO.
- Sweezy, P. M. (1962). Una concezione marxista dell'imperialismo. En P. M. Sweezy, *Il presente come storia*. (p. 89-103). Torino: Einaudi.
- Sweezy, P. M. (1982). *Teoria del Desarrollo Capitalista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Rete Noi Saremo Tutto (2014). *Exit Strategy. Come rompere la gabbia dell'Unione Europea*. Roma: Bordeaux.
- Unceta, K., & Zabalo, F. (1994). 50 AÑOS DE BRETTON WOODS: Problemas e interrogantes de la economía mundial. *Cuaderno de Trabajo de Hegoa*.

- UNCTAD. (2013). *Informe sobre el comercio y el desarrollo*. Nueva York y Ginebra: Naciones Unidas.
- Vasapollo, L. (2005). Imperialismo y competencia global. *Laberinto No. 18, segundo cuatrimestre*.
- Vasapollo, L., Hosea, J., & Galarza, H. (2005). *Introducción a la historia y la lógica del imperialismo*. Editorial El Viejo Topo.
- Vasapollo, L., Martufi, R., & Arriola, J. (2012). *Il risveglio dei maiali*. Milano: Jaca Book.
- Vidal Villa, J. M. (1980). *Teorías del imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Wallerstein, I. (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal.
- Williams, W. A. (1980). *Empire as a Way of Life*. Nueva York: Oxford University Press.
- Wood, E. M. (2003). *Empire of Capital*. Verso.
- Zinn, H. (1999). *La otra historia de los Estados Unidos (desde 1492 hasta hoy)*. Hiru: Hondarribia.

Hegoa. Trabajos Fin de Máster

Nº 1

Título: Distribución agroalimentaria: impactos de las grandes empresas de comercialización y construcción de circuitos cortos como redes alimentarias alternativas

Autor: Pepe Ruiz Osorio

Tutor: Roberto Bermejo Gómez de Segura

Nº 2

Título: Cartografía participativa: herramienta de empoderamiento y participación por el derecho al territorio

Autora: Iratxe Braceras

Tutor: Gregorio Etxebarria

Nº 3

Título: La desigualdad social por los organismos internacionales: un análisis del discurso

Autor: Conrado Arias

Tutor: Alfonso Dubois

Nº 4

Título: Metodologías participativas en proyectos de cooperación internacional al desarrollo de base tecnológica. Estudio de caso: identificación participativa en Elías Piña - República Dominicana.

Autora: Anastasia Domínguez Narváez

Tutor: Zesar Martínez García

Nº 5

Título: Pobreza y exclusión infantil: el caso de los menores que viven en las calles de Calabar (Nigeria).

Autor: José Fernando Sánchez Carrillo

Tutora: M^a Luz De La Cal Barredo

Nº 6

Título: Cuando formular una política de equidad de género no es suficiente

Autora: Arantzazu Urzelai

Tutora: Clara Murguialday

Nº 7

Título: El enfoque de género en una cooperación al desarrollo en continua adaptación

Autor: Fernando San Eustaquio Sánchez

Tutora: Clara Murguialday

Nº 8

Título: Investigación sobre el diagnóstico de la Educación Intercultural Bilingüe en la Provincia de Pastaza

Autora: Itziar Aldave Velasco

Tutor: Juan José Celorio Díez

Nº 9

Título: Encuentros y desencuentros entre el Desarrollo Humano y el Desarrollo Sostenible. ¿Qué tan sostenible es el Desarrollo Humano Sostenible?: Los ineludibles límites que se plantean desde la Economía Ecológica

Autor: André Fernando Herrera

Tutor: Koldo Unceta Satrústegui

Nº10

Título: El Buen Vivir: Del Sumak Kawsay y Suma Qamaña a las constituciones del Buen Vivir. Contradicciones y desafío entre la teoría y la práctica.

Autor: Juan Manuel Crespo Barrera

Tutor: Koldo Unceta Satrústegui

Nº11

Título: Los Bienes Comunes: Caracterización y aproximación empírica a las iniciativas existentes en Euskadi

Autor: Ekhi Atutxa Ordeñana

Tutor: Imanol Zubero Beaskoetxea

Nº12

Título: Empresas transnacionales, Estados nación y democracia: Transformaciones de las relaciones de poder en la globalización neoliberal

Autora: Júlia Martí Comas

Tutor: Juan Hernández Zubizarreta

Nº13

Título: Estrategias de solidaridad ante la precariedad: El caso de la comunidad senegalesa en el Estado Español

Autora: Jone Barandiaran

Tutor: Imanol Zubero Beaskoetxea

Nº14

Título: Las empresas transnacionales y el derecho a la tierra de los pueblos indígenas de Brasil. ¿Colisión de derechos?

Autora: Irene Ortiz de Urbina Freire

Tutor: Juan Hernández Zubizarreta

Nº15

Título: Hacia una agenda alternativa de educación para el desarrollo desde una perspectiva ecofeminista

Autora: Ainara Barrenechea González

Tutora: Yolanda Jubeto

Nº16

Título: La criminalización neoliberal de la pobreza: Un análisis de discurso en el ámbito vasco de las políticas sociales

Autora: Isabel Torres Millán

Tutora: Imanol Zubero Beascoetxea

Nº17

Título: Los Estados-nación en la globalización neoliberal: Las diferentes dimensiones de la crisis del Estado Español-

Autor: Peio Salazar Martínez de Iturrate

Tutor: Mikel de la Fuente

Nº18

Título: España y la Unión Monetaria Europea: Un análisis estructural en el marco de la crisis del euro.

Autor: Alejandro Quesada Solana

Tutor: Joaquín Arriola Palomares

Nº19

Título: Los desafíos del Estado en África Subsahariana: Una aproximación al caso de Mozambique desde la dimensión socio-política del Desarrollo Humano

Autor: Manuel Barroso Sevillano

Tutor: Jokin Alberdi Bidaguren

Nº20

Título: La lucha por la despenalización del aborto en El Salvador: El caso Beatriz

Autora: Jone García Lurgain

Tutora: Clara Murguialday

Nº21

Título: La desigualdad en la agenda de Desarrollo post-2015

Autora: Soraya Gómez

Tutor: Alfonso Dubois

Nº22

Título: La pobreza urbana en el nuevo marco de actuación post-2015

Autora: Cristina Herranz Urbasos

Tutor: Michel Sabalza

Nº23

Título: El arbitraje inversor-estado: El devenir de la nueva Lex Mercatoria

Autora: Omaira Castellanos Cortés

Tutor: Juan Hernandez Zubizarreta

Nº24

Título: La transformación neoliberal del Imperialismo: Hegemonía y sistema multipolar en el siglo XXI

Autor: Davide Angelilli

Tutor: Luis Guridi Aldanondo